



**YO, FRAY LUIS
DE MASAMAGRELL**

AGRIPINO GONZALEZ, TC.

**YO, FRAY LUIS
DE MASAMAGRELL**

**YO, FRAY LUIS
DE MASAMAGRELL**

VALENCIA
1994

© Terciarios Capuchinos

P. Vicepostulador: Agripino González, T.C.

I.S.B.N.: 84-604-9818-2

Depósito legal: V-1291-1994

Martín Impresores, S.L. • Pintor Jover, 1
46013 VALENCIA

PÓRTICO

Amable y caro lector: Paz y bien.

*Permite que te presente el libro **Yo, Fray Luis de Masamagrell**. ¡Ah! ¿que qué es este escrito?*

*En el pórtico de mi anterior biografía del **Venerable Luis Amigó** te decía que era áquel un escrito de corte clásico, sereno y equilibrado, fino y transparente, ordenado y austero. Eso sí, elaborado con suma delicadeza, con profunda ternura y con unción poética.*

Del presente no puedo decir lo mismo, pues he de lamentar –¡ay pecador de mí!– que no sea ni biografía ni autobiografía, sino más bien todo lo contrario. Y tampoco responde a un género literario preciso y concreto. No es un escrito narrativo, ni descriptivo; epistolar o dialogal, si bien me haya servido de estas y otras varias formas de decir. No es, pues, un escrito de corte clásico sino más bien un revuelto en el que he vertido toda clase de ingredientes –eso sí, todos de primera calidad, te lo aseguro– con el fin de dar variedad a la obra.

*¿Que qué he pretendido con este escrito? Pues, mira, presentarte un **Luis Amigó** sencillo y*

amable, a mitad de camino entre la autobiografía y la biografía a las que en buena manera viene a completar y embellecer.

Por una parte he procurado encuadrar el dato frío dentro de un marco vivo y existencial. Que ya decía Ortega y Gasset que un cuadro, sin marco, tiene el aire de un hombre desnudo, expoliado. Su contenido parece derramarse por los cuatro lados del lienzo y deshacerse en la atmósfera.

Por otra parte he procurado imprimirle intensidad y peso descendiendo al hondón del espíritu de mi buen padre fundador. Ese espíritu tan delicadamente bello, hecho de fraternidad y providencia, desapropio y minoridad, gozo espiritual y libertad franciscana.

*También te decía que el libro era fruto de la necesidad, ya que la obrita vio la luz por entregas en la Hoja Informativa del **Venerable Luis Amigó**. Y que había sido escrita con el procedimiento de sketches, y en tonos claros, amables, deliciosos. Sí, también la presente goza de la misma prerrogativa, al menos para que no desdiga su noble origen.*

Finalmente, y concluyo, el presente escrito acaba con un índice cronológico para que tú, amable lector, con mayor facilidad puedas engarzar los hechos dentro de unas coordenadas

de la geografía y de la cronología, que son los ojos de la historia.

¿Que qué es el escrito? Ni yo siquiera lo sé. Pero es algo delicioso, te lo puedo asegurar. Prueba, prueba y lo verás.

*Affmo. hermano en el **Venerable Luis Amigó.***

Fr. Agripino G.

1. Permite que me presente

Al Nani lo encontré yo en mi primer curso de teología. Fue el curso de 1873 a 1874. Y fue en Valencia. No recuerdo con precisión, pero posiblemente fuese en la cárcel de Serranos, o en todo caso en la de Quart, pues la Prisión Provincial creo que aún no se había abierto. Las tres se hallan en la ronda exterior, y las tres se apoyaban en la muralla de la ciudad, que el preso siempre bordea el límite de lo prohibido por la gente de bien, y en caso de un ataque del exterior siempre suele constituir buena carne de cañón.

Por aquellas fechas pertenecía yo a la Escuela de Cristo y me encontraba haciendo mi año de noviciado en la Tercera Orden seglar de San Francisco, y con el deseo de mi pronto ingreso en la misma. En todo caso con mi amigo Manuel Tomás y con don Francisco Pérez Montejano visitábamos asiduamente el hospital y también la cárcel. Nosotros, para enseñar el catecismo a los enfermos y encarcelados. Don Francisco, para confortarlos con los sacramentos y prepararlos a bien morir. ¡Qué curioso, en aquel bendito siglo se preparaba a la gente a bien morir, no tanto a bien vivir!

Y, sí; recuerdo que el Nani se encontraba allí. En una piltra que no pasaba de los tres metros por cuatro. Era una baja y oscura covachuela. Y allí se encontraba, hacinado, con algunos facinerosos más. No contaba aún los 17 años, si bien los mostraba ya doblados. Cuando malamente se levantaban aquellos famélicos inquilinos para estirarse y desperezarse —lo que ocurría de tarde en tarde, pues bien estirados estaban— parecían sombras dantescas; por su vocabulario semejaban arrieros montañeses; por su estampa, lacayuelos de la muerte.

El Nani, supe, procedía de las tierras altas de la meseta. Era de una pobre, pero honrada familia. Eso sí, numerosa, que así lo exigían los cánones de la época. Cierta día su padre lo llamó de mañana pronto, lo vistió con un gabán raído y muy usado, le enrolló al cuello un tapabocas, le cruzó un zurrón de merino en bandolera, y el buen hombre le acomodó en la faltriquera la no despreciable suma de seis reales de vellón. Que en esto de cosas pequeñas él nunca hizo distinción entre hijo e hijo, y de cosas mayores no disponía para poder hacerla. Y a pie, por la antigua vereda, con ribetes de camino, de Teruel, Chelva y Liria, se llegaron a Valencia del Cid.

Durante tres o cuatro días recorrieron a pie la ciudad, buscando trabajo y hogar al rapa-

zuelo. Lo comido por lo servido, proponía el padre. Pero ni por esas. Al quinto día le dijo el padre muy serio y muy decidido: Vámonos a la plaza del mercado. Y aseguró al infeliz gamín que allí siempre se encontraba trabajo. Era día de plaza. De un azul espléndido. Y el sol mediterráneo iluminaba ya terrazas, espadañas y campanarios de la ciudad. En esto el padre levanta la vista al de los santos Juanes, y dice al rapaz: «Mira, mira, hijo». Y, mientras el muchacho con mirada beatífica contemplaba el dorado campanario triangular de la iglesia y el pájaro que lo corona, el padre tomó las de Villadiego o se las piró, que es lo mismo, por entre la abigarrada multitud. Que esta fórmula la empleó más de un gañán para colocar a sus hijos en la Ciudad del Turia. Bueno, lo demás es fácil imaginárselo: lloros, lamentos, desesperación, soledad, pasar las primeras noches a la luna de Valencia —dormir al raso—, robar para sobrevivir y pasar hambre. Claro que en aquel bendito siglo esto era el pan nuestro de cada día.

Y esto es también lo que sucedió al Nani hasta que, primero de puerta en puerta y luego de hurto en hurto, vino a caer en las manos de la justicia, que no siempre dio muestras de serlo. E ignoro si fue por obra de sus hados, o en todo caso de sus pecados, pero allí fue a parar. Dos

guindillas lo condujeron ante el juez y éste le hizo dar con sus huesos en el penal de la ciudad. Y hasta pensó que al muchacho le hacía un gran bien, pues, mientras se lo llevaban, se decía para su capote: «el muchacho no tendrá asegurado con esta medida el pan blanco, pero sí la sopa boba.»

Y en esta triste contextura me encontré al Nani: desnutrido, desarrapado, con gente mayor, en una piltra goyesca, y ya casi sin ganas de vivir, antes de haber tenido tiempo de asomarse al umbral de la vida. Entonces comprendí que los pilletes no son malos. Que roban sólo por sobrevivir en el mundo de la miseria y del hampa. Que no van a la cárcel por placer, sino por necesidad. Que el hambre aguza al ingenio y alarga la mano...

Ya desde entonces se me fijó la idea de que había que hacer algo por los muchachos descarriados. Que no está bien que vayan a la cárcel. Que no es bueno que terminen en las mazmorras de Serranos, con vulgares forajidos.

Durante los años sucesivos fui madurando aún más la idea de que hay que hacer algo por los gamines de la plaza del mercado, y por los de la Punta de Ruzafa también, y por los del barrio de pescadores del Cabañal, y por los pilletes de

todo el mundo, porque todos son buenos ¡cómo no!

Y, andando el tiempo, el 12 de abril de 1889, fundé la congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, a quienes destiné a la noble tarea de moralizar a la juventud extraviada.

¡Ah! ¿que quién soy yo? Perdón por no haberme presentado antes, lo cierto es que tampoco me es fácil hacerlo ahora. De todos modos continúa leyendo, continúa, que por el hilo se saca el ovillo, según el decir del proverbio castellano.

Comenzaré por decirte que nací por casualidad un 17 de octubre de 1854 en el pueblo de Masamagrell, de la diócesis y provincia de Valencia; de ahí mi nombre capuchino de Fray Luis de Masamagrell, que presta título al presente librito, mitad biografía, mitad autobiografía. Fui el cuarto de siete hermanos. Eso sí de una familia muy cristiana. Cristianos viejos se decía entonces. Mi abuela materna, doña Rosa Duset, ya fue amortajada con el hábito de Nuestra Señora, la Virgen del Carmen; mi padre, con el de la Orden de San Francisco; y mi buena madre, con el de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa. Claro

que esto de la fe y piedad es gracia de Dios y no cosa de pedegree. De todos modos, y a pesar de tan buenos ejemplos, he de confesar, con grande rubor, mi mala correspondencia a los innumerables beneficios recibidos del Señor y bendigo su piedad y misericordia para conmigo. ¡Infinitas gracias sean dadas por todos al Señor!

Ya dije que nací en Masamagrell por casualidad. Tampoco es extraño, pues mi buen padre, que ya a los 24 años era abogado, cambiaba de residencia más que un circo pobre, por lo que mis hermanos y yo fuimos naciendo acá y acullá, por la geografía levantina, y sin mayor orden que el que la Divina Providencia en su bondad tuvo a bien depararnos. Lo cierto es que mi familia cambió de casa y de fortuna más de lo que fuera de desear, y todo por causa del excesivo amor que mi padre profesaba a las cartas.

El hecho es que mis padres se casaron un 21 de noviembre de 1846, en la iglesia de San Bartolomé, de Valencia. Y al año nació mi hermana Emilia Rosario, en la plaza de Horno Quemado, 2, de la Ciudad del Turia. Mi hermano Julio vio la luz en el pueblecito levantino de Alfara de Algimia, donde mi padre ejercía de secretario. Pepita y Rosa nacieron en Valencia, en calle Muro de Santa Ana, 4, 2ª y este servidor

vino a la vida en Masamagrell, de cuyo pueblo pasé a Valencia, pues debieron trasladarse allí mis padres a poco de nacer yo, ya que no guardo memoria alguna de mi estancia en el pueblo. Mis otras dos hermanas, Genoveva y Josefa, fallecieron de corta edad, por lo que no conservo memoria de ellas.

Sea como fuere lo cierto es que nací a las ocho de la noche, y ese mismo día fui bautizado en la parroquia de San Juan, según consta en mi partida de bautismo. Que en esto de cumplir con la iglesia fueron siempre mis padres muy cuidados. Por lo demás el paso de la primera noche de vida era en aquel entonces casi tan peligroso como el de las Termópilas, y quien lo conseguía mostraba ya en tan tierna edad unas dotes no comunes de fortaleza y podía darse por dichoso. Yo tuve esa suerte, por voluntad del buen Dios, claro.

En cuanto a mi educación religiosa y literaria he de decir que fue muy esmerada. Por algo tuve la suerte —gracia asimismo de la Divina Providencia que no agradeceré lo suficiente— de haber visto la luz en cuarto lugar y llegar al uso de la razón cuando mi padre ya había sentado la suya, y ejercía pacíficamente su profesión en la Ciudad del Turia.

Y digo que recibí una educación religiosa y literaria esmerada por cuanto mis padres fueron fervientes cristianos, y a mi me llevaron enseguida a la academia de don Sebastián Piedra, la primera academia con ideario católico que se fundaba en la ciudad. Era algo así como el kinder actual, pero en edición de 1860, situado junto al portal de Valldigna. No se mostró tan pródiga la Providencia con el sexo femenino de la familia, pues mis tías nunca frecuentaron escuela alguna, por lo que jamás pudieron aprender las letras suficientes como para unir las y poder firmar. Este privilegio lo reservó mi difunto abuelo para mi padre y mis tíos Mariano y José Tomás, razón por la que el último de ellos fue nombrado mi preceptor, pero sin casi ejercer. Por otra parte mi padre, que era abogado, como dejo dicho, me proporcionó una formación humanística seria y completa. Por algo era hombre de leyes, culto, fino y con dotes para la música.

En 1866, y junto con mi hermano Julio, que era un año mayor que yo, hicimos la primera comunión en la iglesia de San Nicolás, parroquia a la que entonces pertenecíamos. Y desde entonces comencé a comulgar con alguna frecuencia, pero con mayor cuando empecé a ir al seminario, que fue en el curso del 66 al 67.

Para estas fechas mi familia se encontraba ya en una posición desahogada, gracias a los ingresos de abogado de mi buen padre y al producto de algunas fincas que poseíamos en Masamagrell y Puzol. Habitábamos en calle Baja, 54, entonces calle Arbol, de Valencia. Pero en los años siguientes la vida familiar se fue haciendo más sombría, por cuanto en la casa del pobre la dicha nunca puede ser completa y duradera.

Mi padre comenzó a sufrir de hidropesía, enfermedad que le llevaría al sepulcro al atardecer del 7 de noviembre de 1870. Aprovechó su último año de vida en recuperar préstamos concedidos, con que dar mayor seguridad a la familia que dejaba. Y aquí se verá el corazón piadoso que tenía, pues nunca jamás aceptó recibir ni un céntimo más del prestado, contentándose siempre con recibir el equivalente en arroz con cáscara, fijando su precio quien le devolvía el préstamo recibido.

Por otra parte, para estas fechas mi hermano Julio tan sólo pertenecía a la familia de nombre pues, en una retirada de las tropas carlistas en que le requisaron el caballo, dijo: «Donde va mi caballo voy yo», por lo que le dimos por desaparecido. No estará presente a la muerte de mi madre. Todo ello nos obligó a alquilar una

casa más modesta, en calle Serranos 27, 2º, donde fallecerá mi buena madre de una calentura tifoidea a los nueve meses de la muerte de mi padre. Era el 10 de agosto de 1871.

En tan duras circunstancias quedamos huérfanos: mi hermana Emilia Rosario, de 23 años; Josefa, de 11; Rosa, de 8; y este servidor, de 16 años, y sin más ingresos fijos que los de las pocas fincas a que he hecho referencia.

Con la muerte de mis padres quedó mi ánimo tan abatido y en una tan espantosa soledad que me parecía hallarme solo en el mundo, al que de muy buen grado hubiese yo dejado en seguimiento de mis padres. No obstante las circunstancias adversas que me rodeaban, no cesaba el llamamiento interior a la religión, por más que yo juzgase imposible su realización. Y con el apoyo de algunas buenas almas seguí mis estudios, aunque siempre con el pensamiento fijo en el claustro. ¡Bendito sea el Señor en sus misericordias!

2. Ponerse a fraile

Una cosa quisiera decir, antes de que se me pase, y que he omitido inadvertidamente. Se trata de la fechoría que nos hizo Primo de Ribera, Don Rafael. Era el amanecer del 16 de octubre de 1869. Ni corto ni perezoso colocó la flota frente al puerto de Valencia. ¡Dónde la iba a colocar, claro! Y comenzó a bombardear a los revoltosos, barricados en la plaza del Mercado y alrededores. ¡Qué siete horas pasamos, caray, qué siete horas! Mi familia y yo, entre el fragor de la lucha y el fuego de las bombardas, aún pudimos alcanzar la muralla y salir de la ciudad. Y nos refugiamos en Godella, en la calle mayor 68, en una casa que nos prestó tía Vicenta, hermana de mi padre. En ella pasamos el otoño e invierno de aquel año que, no está bien que yo lo diga, pero fue benigno y apañadito en extremo.

Mas he de confesar que aquí pone fin mi vía sacra, que empalma sin pérdida de sucesión con la vía dolorosa, la que algún día culminará en las cimas del Calvario. Pues calvario y no pequeño fue para mí el ver cómo, con el trajín de los cambios, la enfermedad minaba ya la salud de mi padre. No obstante, gracias a Dios, aún

podimos gozar de algunos días de felicidad en Valencia. Mi padre alquiló una casa en C/ Arbol 54, dentro ya de la plazoleta del mismo nombre. Era una casa amplia, espaciosa y con dos balcones. Era de las de 2160 reales de vellón de renta anual.

Y también allí nos acompañó María Benita Pérez, nuestra sirvienta, granadita ya, sí, pues que llevaba veinte años en Valencia y rondaba el medio siglo de existencia.

Pero durante el verano de 1870 empeoró aún más mi buen padre. Y el día de San Alvaro de Córdoba entregó su alma al Creador, como dejo dicho. Nos fuimos a vivir a la c/. Serranos 27, a una casa más modesta, y hasta tuvimos que renunciar a que siguiese nuestro destino María Benita, a quien yo tanto apreciaba. Y el día de San Lorenzo, del siguiente año, falleció también mi madre, que santa gloria haya. Voló la pobre al cielo con buena carga de méritos y de sufrimientos, cosa que, por lo demás, nunca ahorra el Señor a quienes ama. Pero nosotros quedamos en la más espantosa soledad

En tan tristes circunstancias nos faltó, a mis hermanas y a mí, el apoyo necesario de la familia, que no era ni indigente ni pequeña, y que vivía diseminada por los pueblos de la

huerta. Por lo que D. Francisco Pérez Montejano, párroco de San Juan del Hospital, nos acogió en su casa, lo que cumplió hasta su muerte, acaecida en el cólera del 85. ¡Dios habrá recompensado, sin duda, su obra de caridad y nosotros le quedamos eternamente agradecidos!

Con las dificultades que es fácil suponer proseguí yo mis estudios en el seminario diocesano, aunque siempre, eso sí, con el pensamiento puesto en el claustro. Y menos mal que por aquel entonces, precisamente el 21 de octubre de 1871, recibimos un legado de mi prima Leonor Antoni Amigó. Que en esto se echa de ver cómo la Divina Provincial no abandona a los suyos. Pero, dicha sea la verdad, no nos sacó de apuros. Pues, entre lo escaso del legado, los muchos dispuestos a recibirlo y lo que al abogado se le quedó entre las uñas, pienso que, como en la cena del dómine Cabra de Quevedo, se consumió casi todo.

De todos modos yo seguía con mi idea de ponerme a fraile, como entonces se decía. El primero en levantar de casa el ala fue mi hermano Julio, como he dejado dicho. A ciencia cierta no sé si se fue él voluntariamente o se lo llevaron los carlistas. Lo cierto es que un buen día desapareció de casa y, durante largo tiempo, nada más supimos de él. En la familia después

se dijo que llegó a ser un mandamás entre los partidarios de D. Carlos. Y que fue preso por los liberales y recluido en prisión, de donde no salió en varios años. Pero de esto, como del escudo de armas que trajo a su vuelta, vaya usted a saber qué fue de él.

Sea de todo esto lo que fuere lo cierto es que ante tal situación familiar yo cada vez veía más claro lo de ponerme a fraile. Por lo que, con otros cuatro amigos míos y orientados por el jesuita P. Llopart, decidimos el ingreso en religión. Era una salida airosa y, a decir verdad, casi la única para llegar a ser hombres de bien quienes, como en mi caso, no disponíamos de más padres que el Señor, ni de más haberes que cuantos la Divina Providencia tuviera a bien mandar.

Por esto el 27 de noviembre de 1873 mis hermanas y yo nos apresuramos a distribuirnos los bienes paternos. El 25 de marzo del año siguiente me fui a Meliana, hice testamento de todos mis bienes a favor de mis hermanas, por lo que pudiera pasar, y el 28, Sábado de Pasión, con Manuel Tomás me embarqué para Bayona, caminito del convento capuchino de la ciudad. Luego se ha escrito que si ésta fue una de las decisiones más duras de mi vida, que si fui un inconsciente al abandonar a mis hermanas tan pequeñas (Emilia, la mayor, contaba ya sus 26

años bien cumplidos), que si soy un modelo de fortaleza en el seguimiento de la vocación religiosa, y no sé cuantas cosas más. Simplemente, creo que fue una decisión más en la vida, y a la vida no se le puede pedir cuentas ni presentar objeciones. Sencillamente, es como es y basta.

¡Ah! ¿qué como arraigó en mí tan duro la vocación? Las cosas de la gracia no responden a porqués, ni se rigen por las leyes de la lógica humana. Son... eso, gracia. Lo cierto es que mi familia era profundamente religiosa. Distinguióse mi padre por un corazón candoroso y compasivo y por una fe firmísima. Y de mi madre puedo decir que no he conocido señora más sufrida; y tan prudente que jamás se conocía por su semblante los disgustos o pesares que la atormentaban.

Además mi padre siempre tuvo el hobby de cantar en las iglesias, devoción que también heredó mi hermano Julio. Y era de ver la unción religiosa con que cantaba. En casa recitábamos cada día el rosario. Lo conducía mi padre con uno de aquellos rosarios de cuentas gruesas, engarzado de plata sobredorada, de los de a cuatro pesetas, y ante un Cristo de la Agonía, de marfil, que tenía en su habitación entre dos candelabros de hierro fundido. Y mi madre había

adornado la casa con media docena de cuadros de la vida de santa Genoveva, con cuyo nombre se honraba.

Por otra parte mi mejor amigo, el escultor José Guzmán, me había obsequiado con una imagen de santa Rita de Casia, que mis padres colocaron en una campana de cristal y se esmeraron en vestirla, y a quien yo acudía en todas mis necesidades. Guzmán, que me llevaba casi diez años y pertenecía también a la Escuela de Cristo, me insistía en ingresar en religión. Así que, si yo no fui mejor, no fue por falta de ejemplos en casa, ni por carencia de buenos amigos fuera de ella. Y que la vocación me naciera con la pujanza necesaria como para que llegase a maduración juzgo que, aparte de gracia de Dios, fue algo lógico y natural, como la vida misma, en un ambiente cuajado de tanta piedad.

Retomando el hilo de la narración abandonado más arriba diré que, ya en tierra francesa, nos fuimos derechitos Manuel Tomás y yo al convento capuchino de españoles exclaustrados de Bayona. Era aquel un convento franciscano edificado según todos los cánones de la estricta observancia. No le faltaba de nada. Ni el recortado patiecillo con la imagen de la Inmaculada sobre el brocal de su cisterna; ni la cruz desnuda que en la puerta del convento recibe la

plegaria del peregrino; ni la campana colgada de la espadaña de la iglesia; ni siquiera la otra campanilla que, mediante una serie de artilugios de cuerdas y alambres, más de una vez sobresaltaba al soñoliento y anciano portero; ni las ventanitas de las celdas, de 90 x 60 cmtros. y divididas en cuartillos (que mayores no las permitían las constituciones de entonces). Eso sí, muchas de ellas sin cristales, por lo que teníamos que aplicar guarniciones de grasa a ciertos papeles de estraza para colgarlos a guisa de vidrios. Así dejaban colar un poco de luz y resguardaban algo de frío, pero muy poco de ambas cosas.

Por otra parte el conventito se había levantado de limosna a mediados del siglo pasado. Y su fundador, el P. Fidel de Vera, quien se fue a pie a Roma con Fr. Fermín de Ecay para recabar personalmente de Pío IX el permiso de fundación, le dotó de un reglamento tan estricto que de la misma necesidad hubo que hacer virtud.

Pues bien, en hablando del rey de Roma, cátrate aquí que asoma. Precisamente Fray Fermín de Ecay salió a abrirnos la puerta. Lo cierto es que, así a primera vista, de su hábito raído ni se me dio el barruntar cuál fuese su color primero. ¡Tan petacheado estaba, el pobre! Tanto que hasta tuve pensamiento de no

haberme quedado, como escribí luego en los *Apuntes sobre mi vida*.

Y en dicho convento estábamos dispuestos, por nuestra parte, a comenzar el noviciado. El padre guardián no las tenía todas consigo. Y los padres consiliarios tampoco. Tal es así que no quería darnos el santo hábito, juzgando que no seríamos capaces de aguantar la estrechez capuchina. Y es que en aquel convento, en las tardes de invierno, soplaban un aire de las Landas que cortaba. Y la comida la hacíamos de limosna. Por otra parte endosar un reglamento estrecho, en una casa de la Orden de estricta observancia, a jóvenes de veinte años no podía por menos que resultar excesivamente estrecho. A pesar de todo el 12 de abril de 1874, Domínica in Albis, vestí el santo hábito capuchino, trocando mi nombre de José María por el de Luis de Masamagrell, que presta título al presente libro.

Y aquí se echará de ver lo conformado que estaba el Señor con mi elección y viose claramente ser yo llamado por Dios a la Religión, pues, contra el parecer de todos, estuve todo el tiempo del noviciado, y aún luego de profeso, sin novedad alguna en mi salud ni necesitar dispensas del rigor de la observancia religiosa.

Pasó, pues, felizmente y para mí muy veloz, el tiempo del noviciado, y sin experimentar más

tentación que la de si debería haber seguido mi primer pensamiento de entrar en la Cartuja. Porque, la verdad, a mí el hábito monacal, la meditación, el silencio, el retiro, la liturgia y la vida monástica... me atraía. Pero nunca me cuestioné mi vocación hasta subir a Jeremías o al pequeño Samuel. Pues me parece que eso es ganas de viajar e irse lejos. Que para beber no es preciso remontarse hasta las fuentes mismas del paraíso terrenal.

La profesión religiosa tuvo lugar al año siguiente, el 18 de abril del 1875, tercera dominica después de Pascua. Y, acto seguido, escribí de mi propio puño y letra el acta de profesión. Decía textualmente: «Yo, fray Luis de Masamagrell,... habiendo sido requerido de mi libertad para profesar y sabiendo a qué me obligaba y estando en mi sano juicio y razón tal cual Dios me la ha dado y con licencia del Rvdmo. P. General de la Orden de Capuchinos, siendo de edad de veinte años y medio y un día, profesé, ni instado, ni amenazado...». Y luego la firmé. Ignoro si el escalofrío que me recorría toda la espina dorsal fue mayor al pronunciar la fórmula de la profesión o al escribir el acta. Pero, que fue de los que hacen época, lo recuerdo. Pues las razones de ambas ponen espanto. Como para poner carne de gallina en el espíritu mejor templado.

Y es que durante el año de noviciado mi padre maestro, fray Antonio de Tolosa, me había explicado lo de la consagración religiosa como un segundo bautismo, y como un martirio lento. Y de vez en cuando adobaba sus razones con frases latinas extraídas de los Santos Padres, y de libros de color pergamino, lo que parece que hacía para suministrar mayor peso a sus razones. Así que hice la profesión con la preparación y seriedad que entonces requería el acto.

Luego pasé dos años más completando los estudios de teología que había comenzado en el seminario de Valencia. Mientras tanto algunos de los padres de nuestro convento hacían sus incursiones por el Pirineo navarro, predicando en los valles del Baztán y de Salazar. El P. Esteban de Adoáin, hombre ascético donde los hubiere, se llegaba frecuentemente a los caseríos de su pueblo en Urraúl Alto, o se descolgaba por la foz de Lumbier hasta Puente la Reina, e incluso hasta Pamplona. Tanto que el mismo gobernador de la ciudad, contra lo ordenado, le tuvo que permitir predicar.

En el convento, como siempre ocurre, había otros padres más cazurros. Jurarían la constitución hasta en hebreo. Pero de arrastrar los zapatos misionando por sendas y caseríos, nada

de nada. El P. Bernardo de Vera, ese sí que era un tipo bragado. En cierta ocasión en que le asaltó el mayor salteacaminos de las montañas vasconavarras, no sólo no se intimidó, sino que consiguió reducirlo y entregarlo a la justicia para regocijo de propios y extraños. También nos visitó en aquella época el andariego P. Ambrosio de Benaguacil. Era un predicador tan elocuente cuanto ambulante. Tanto que con su labia encandiló al mismísimo P. Guardían, quien poco antes había dado órdenes de no recibir a ninguno de los exclaustrados. Y se quedó, claro. Lo mismo hubiera hecho en cualquier esquina del globo terráqueo, porque aquel era así. Y el P. Pedro de Usún, y Bernabé de Astorga... y un largo etcétera. Todos de los más diversos lugares, y de formación muy distinta, pero agrupados allí por obra y gracia de la Divina Providencia. Y de un corazón grande, abierto, magnánimo, misionero, capaces de grandes empresas... austeros.

Y con ellos tuve la suerte —gracia que no agradeceré lo suficiente al Señor— de convivir durante los tres primeros años que me puse a fraile.

3. Bayona ó... ¡vuelta a empezar!

—¿Que si se me daba bien el francés? Divinamente, cómo no. A mis veinte años la lengua gala me sonaba a música celestial. Y no es por ponerme moños, no; pero, modestia aparte, la aprendía con facilidad.

Lo peor fue que los padres, en su afán por venir a fundar a España, no querían que perdiésemos el tiempo. Y nos prohibieron hasta el estudio del francés, del que yo aprendí algo sólo de viva voz y por la lectura.

Por otra parte interpretar entonces la voluntad de Dios —¡con lo difícil que eso debe ser!— era privilegio exclusivo de superiores y maestros de novicios. ¡Y vete tú a opinar lo contrario! Te la jugabas... Te lo digo yo, fray Luis de Masamagrell.

—Y, ¿cómo fue eso de volver a España?

—Mira, chico. La historia de España casi siempre ha sido un volver a empezar. Sí, sí. Me has oído bien: *un volver a empezar*. Porque, en nuestra patria el «¿de qué se trata, que me opongo?» siempre ha sido moneda de curso legal. Y durante siglos el hacer cada cual, donde quiera y como quiera, su real gana ha pasado por virtud de hidalgos en la patria de Don Quijote.

Lo cierto es que el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, que lo era Romero Robledo, por contentar a su prometida, y ella a los capuchinos de Bayona, agenció el retorno de éstos al viejo convento de Antequera, en Málaga.

Que, ya se sabe y el viejo proverbio así lo dice, tiran más unas faldas que la mejor pareja de bueyes.

¡Uy, perdona! Que me estoy yendo un poquillo de la lengua. Y puede resultar peligroso a quien llevan camino de los altares. De todos modos esa es la verdadera historia del retorno de los exclaustrados a España.

Y, desde luego, lo que sí te puedo decir es que yo fui uno de los nueve primeros capuchinos que, luego de cuarenta años de exclaustración, volvía a España. Y esto siempre lo consideré una gloria para nuestra Orden.

Y también, gracia de fray Félix de Azcoitia, por qué no. ¡Que lo que no sepa un hermano limosnero o el portero de un convento...!

—He oído decir que al volver os jugasteis la piel, ¿es verdad?

—Hombre, tanto tanto, como jugarnos la piel, no. Pero nunca está demás echarse un farol. Lo que sí es cierto es que fuimos bastante incons-

cientes. Al menos por atravesar España vistiendo el hábito capuchino. Y, claro, al llegar a Córdoba sucedió lo que tenía que suceder. Unos mozalbetes, que nos vieron con aquella pinta, comenzaron a reír a mandíbula batiente.

—Que son moros, ¿no lo ves?, afirmaba uno fijando su atención en nuestras barbas ralas.

—Te digo que son judíos, ¿o no ves cómo visten?, perjuraba otro fijándose en los hábitos que llevábamos.

—¡Chico, qué bichos tan raros! ¿Vamos y les damos una puñalada?, se atrevió a insinuar un tercero, a quien apenas apuntaba el bigote.

Y a la insinuación siguió todo un coro de rechiflas, burlas y chirigotas. ¡Y lo mal que eso sienta...!, ¿sabes?

De todas formas llegamos, y llegamos sin novedad, al convento de Antequera para San José del año 1877. Allí nos estaba ya esperando el padre Esteban, el de Adoáin.

—A propósito del P. Esteban, ¿era tanto su prestigio como se dice?

—Sí, sí. Cierto. Su cuerpo alto, sarmentoso, y su larga barba blanca le hacían sumamente venerable. Era una figura ascética y amable.

Además hay que reconocer que el hombre tenía don de gentes.

Fíjate que aquel año 1877, el cinco de abril, inició la novena de la gracia. Pues, ¿querrás creer que el último día tuvo que predicarla en la plaza pública por no caberle los fieles en las naves del templo? Se reunieron unos quince mil. No sé de donde los sacó. ¡Y tan devotos que no se oía una tos!

Claro, luego tomó en sus manos el estandarte de la Divina Pastora, lo enarboló en alto y condujo a tan piadoso auditorio en procesión hasta el convento. Fue una forma práctica de enseñar al pueblo que los capuchinos éramos buena gente. ¡A esto se llama santa audacia! Y hasta les sacó algunas perrillas para restaurar el convento. Que, el pobre, estaba que se caía por los cuatro costados, y más que tuviera.

—Pero, volvamos a tí. ¿Aquella famosa carta a Roma, al General...?

—Mira, mi buen amigo. A los jóvenes de todos los tiempos les sucede lo mismo. Les falta prudencia y les sobra vitalidad. Y en nosotros se dieron ambas cosas, tal vez en exceso. Ni más ni menos.

Por un quítame allá esas pajas acusamos a nuestro Padre Lector ante el General. Pero,

además, convencidos de que aquello redundaba en mayor gloria de Dios y honor de nuestra Orden. Que, bien lo sabe Dios, yo siempre me guíé por esto. Menos mal que no mucho después escribimos nuevamente a Roma—y esta vez a Su Santidad León XIII—proponiendo al P. Bernabé de Astorga para Comisario General de los capuchinos españoles. No nos andábamos con chiquitas, ¿sabes?

De todos modos no sé cual de las dos cartas fue más inoportuna. Pues ahora mismo ignoro—¡y mira que desde aquí arriba se ven las cosas sin pasión!—ignoro, digo, si esto fue para su bien. Pues, a ejemplo de nuestra pobre España política, también entre los capuchinos españoles se dieron dos bandos. Y lo peor de todo fue que ambos pretendían servir a la Orden, pero desde la cúpula de la misma.

Total, que a mi buen padre Lector lo pusieron como no digan dueñas. Sí, ya sé que son batallitas pasadas. Pero, caray, que a quien le toca le toca. Y a mi buen Padre Lector, y a algunos otros, les tocó de lleno y muy duro.

Entonces me convencí de que la fortaleza no está reñida con la prudencia. Y que las cartas importantes es conveniente dejarlas al sereno por lo menos una noche. Que es manjar que se consume en frío.

—Con ello, ¿no se resintieron tus estudios teológicos? Pues dicen que tu formación no fue muy allá.

—¡Caramba con la preguntita! Ni que tuvieras colmillo envenenado...

Sí. Ya sé que se dice eso, pero no es cierto, no. Mira. Mi padre, que santa gloria haya, para que aprendiera las primeras letras, me llevó a la academia de Don Sebastián Piedra. Un kinder —como ya te dije—, pero en edición de 1860. Y también en dicha academia cursé la básica. Luego, durante ocho años en el seminario conciliar de Valencia —los más brillantes, por cierto— hice latín y humanidades, filosofía escolástica y primero de teología, como entonces se decía. En Bayona pasé el noviciado y cursé otros dos de teología. ¡Y con la seriedad que allí se gastaba! Y, sí, el último curso y el año de pastoral, en Antequera y Montehano, fueron ya más flojos.

Así que, en general, considero mi formación buena. Siempre dentro del contexto histórico de entonces, claro.

Más técnica y científica fue en el seminario; más sencilla, cordial y humana con mis hermanos capuchinos.

—Y enseguida a Montehano, Cantabria, donde cantas misa, ¿no?

—Claro, claro.

Nosotros éramos, eso, frailes de fabricación rápida y espuma controlada, como dice la televisión. Quiero decir que, luego de cuarenta años de exclaustración, ni se conocía el hábito religioso. ¡Figúrate la escasez de religiosos que había! ¡Cómo para que vengáis ahora quejándoos de escasez de vocaciones! Así que tuvimos que ordenarnos rápidamente. No se podía perder tiempo. Ni pretender otra cosa, claro. Esto explica también el que, para San José, abriéramos el convento de Antequera. Antes de fin de año, el de Sanlúcar de Barrameda. Y para San Sebastián de 1879, el de Montehano de Escalante, en Cantabria. Y allá que me envían los superiores a abrir brecha.

—Un convento bien lindo y acogedor, ¿verdad?

—Sí, eso sí. Está situado en un lugar delicioso. Frente al mar. Entre hayedos y robledales. Como viejo galeón recostado sobre el promontorio que se adentra en la bahía de Santoña. Lo han definido como mansión de paz, donde todo ruido merece el nombre de irreverencia, a no ser el del mar. Tiene el

encanto agreste de un retiro monacal. A mí me encanta por el silencio que en él se respira. ¡Y mira que de esto ya hace años...! ¡Ché, perdona chico, pero me estoy poniendo sentimental!

—Y tu ministerio pastoral allí...

—Al momento de profesar yo tenía una idea muy clara: que allí donde soy plantado, allí tengo que florecer. Por lo demás a mis veinticinco años no me faltaban arrestos para abrirme camino, aunque fuese entre las breñas montañosas.

Así que inmediatamente di comienzo a la predicación popular por los pueblecillos de la comarca. Y no se me daba mal, ¿sabes? Recorrí los pueblos de Escalante, Montehano, Isla, Soano, Cicero... Mi preocupación era ir esparciendo la semilla de la palabra de Dios. Pues, gracias a Dios, sabía muy bien que la vida siempre brota de una simiente, e inicia su desarrollo desde lo más profundo de sus raíces. Y creo que, con la ayuda del Señor, aquel año hice una buena sementera. Pues muy pronto nacieron las Hijas de María y los Luises. Y, andando el tiempo, numerosas vocaciones de vida consagrada para mis Terciarias Capuchinas.

Desengáñate, las vocaciones religiosas, como los hongos, nacen y se reproducen en lugares donde hay vida y calor.

—Y, ¿el caso del niño expósito?

—También me sucedió allí, sí. Lo recuerdo como si fuese hoy. Fue el día de San Isidro, bien entrada ya la primavera montañesa. Había bajado yo a Escalante para los ejercicios de los Luises cuando me veo entrar a... creo que era Fr. Melquiades. Venía acompañado de don Pantaleón Mier, el párroco, del teniente de alcalde don Ramón Haya, y de una señora de lactancia, doña Josefa del Castillo.

Envuelto y en un canastillo me traían un nuevo Moisés, pero de secano. Lo habían hallado a la puerta del convento. «No está bautizado. Se le pondrá por nombre Jesús, María, José», decía un papelucho. Y los cuatro empeñados en que lo bautizase yo. No pude negarme y así lo hice, dando al acto la mayor solemnidad posible y...

—...y luego seguiría los pasos de Marcelino, Pan y Vino.

—No, no. Nada de eso, pues lo llevaron a Santander, al hospicio. «Pero, con el tiempo, comprendí —y así lo refiero en los *Apuntes sobre mi vida*— ser como un anuncio de la fundación que más tarde hice de la Congregación de la Sagrada Familia, que tiene por uno de sus fines el dedicarse al amparo y educación de las niñas huérfanas y desamparadas».

—Y, ¿la idea de la fundación de los Terciarios Capuchinos no te vino también en estos años?

—En parte sí. Pues las ideas, para que pueden ser operativas, hay que crearlas y recrearlas una y mil veces. Y cuanto primero son plantadas con tanta mayor fuerza arraigan en lo profundo del corazón humano.

Ya de seminarista, y como miembro de la Escuela de Cristo, yo visitaba asiduamente el hospital y la cárcel de Valencia. Se encontraban a dos pasos de donde nosotros vivíamos. Y esto lo acentué aún más en mi año de noviciado en la Tercera Orden. Así que al poco de ordenarme de sacerdote, lo que ocurrió el 29 de marzo de 1879, comencé a visitar el cercano penal de Santoña.

—Ministerio duro el de las cárceles, ¿eh!

—No lo creas. En aquella época las cárceles eran muy deficientes en cuanto a limpieza, alimentación y personal de servicio. Sin embargo—¡y esto es lo curioso!—en los penales se llevaba un horario y reglamento casi monacal. Por otra parte el recluso profesaba un respeto sacro a la religión y al hábito religioso y talar. Además tenían asegurada la comida, que no era poco. Así que había mucho que hacer. Es cierto. Pero también mucha facilidad para poder hacerlo.

Y en este trato frecuente con los reclusos fui madurando la idea, no sólo de visitar, sino también de moralizar al preso, haciendo más tolerable la vida de las cárceles.

—La obra cuajará en tus años de guardián de Masamagrell, Valencia, ¿no?

Por supuesto. En mi tierra cuajó en forma de Congregación religiosa. Nacerá como rama del árbol franciscano. De la Orden Tercera seglar. Poco a poco la fui dotando de estructura. Se modificó en parte su finalidad. Y se fue robusteciendo, por voluntad de Dios y la ley inexorable de los organismos vivos. Pero de todo esto hablaremos otro día más despacio, ¿no te parece?

4. Del Cantábrico al Mediterráneo

—¿Es cierto que enfermaste en Montehano?

—Sí, claro que sí. Certísimo.

Antes de los dos años. Tal vez fue el excesivo trabajo... Tal vez, las muchas preocupaciones... Lo cierto es que el padre Joaquín de Llevaneras me envió, con una familia de bienhechores del convento, a Escalada. En este pueblecito del norte burgalés, pensó, se repondrá prontamente. Luego el Rvdmo. consultó con el médico sobre mi salud, y éste le dijo que juzgaba conveniente me trasladase a mi tierra natal, para ver si aquellos aires y aguas me probaban mejor.

Y, claro, me cambiaron de aires y de aguas. Si bien —permíteme que te sea sincero— yo nunca creí que fuera tanta la diferencia entre los del Cantábrico y los del Mediterráneo. Por lo que sospecho que más bien se debió a conveniencias del Padre Comisario. Sí, a conveniencias suyas y a la insistencia de los religiosos de la Magdalena. Pues yo ni pensaba en un traslado, ni menos hubiera hecho entonces diligencia alguna para provocarlo.

—¿Y te resultó duro el cambio?

—¿Que si me resultó duro? Naturalmente que me costó el cambio. Y mucho.

Además, ni todo lo nuevo es bueno. Ni todo caminar es hacia delante. Ni mucho menos todo cambio es para bien. Esto es poco, pero seguro. Lo sé. Pero no es menos cierto que todo traslado produce desarraigo. Repercute en las fibras más sensibles del propio ser. ¡Que de esto del desamparo, cuidado, sabemos un rato los Menores Capuchinos...!

Así que del Cantábrico al Mediterráneo, al menos para mí, supuso mucho más que un simple cambio de aires y de aguas. ¡Ya lo creo que sí!

El día que me despedí de los Luises y de las Hijas de María conocí lo que aquella buena gente me apreciaba. No pude acabar el sermón. Los ojos se me bañaron de lágrimas. Y se me hizo un nudo en la garganta. Que también los santos somos humanos, no lo olvides. Y tenemos nuestro corazoncito y aficiones.

—Pero luego en Valencia te acomodaste divinamente, ¿no?

—Sí, eso es verdad. Y te voy a decir más. Que los años de mi estancia en Masamagrell fueron los más felices y fecundos de mi vida religiosa y

sacerdotal. Y así se puede apreciar en *Apuntes sobre mi vida*. De todos modos pienso que en cualquier otro punto del globo me hubiera acomodado lo mismo. Que esto es mucho más cuestión de naturalezas que de virtud.

Así que el 1º de agosto del 1881 salí de Escalada, llegando al día siguiente a Valencia. Y con el tiempo suficiente para ganar la indulgencia de la Porciúncula, el también llamado Perdón de Asís

Salió a recibirme algunas estaciones antes mi antiguo amigo José Guzmán, que no tuvo paciencia para esperarme en Valencia, donde encontré a mi hermano Julio y al presbítero Don Francisco Pérez Montejano, con otros muchos parientes y amigos. Fue tiernísima nuestra entrevista...

—¿Y con tus hermanas?

—Muchísimo más. Sin comparación. Todavía habitaban con el sacerdote D. Francisco Pérez Montejano en C/. San Bartolomé, 5-3º; mejor dicho, un piso más abajo, pues cuando yo marché a Bayona habitábamos el piso 4º. Así que la escena que se desarrolló a mi llegada fue indescriptible. De tal manera que a las dos menores no las conocí. Y, entre tantas señoras como allí había, hube de preguntar quiénes eran. Y no era

extraño, pues las dejé muy niñas al marcharme a Francia y las encontraba hechas ya unas mujeres en los ocho años de mi ausencia.

—Y enseguida a Masamagrell, al convento de la Magdalena.

—A los cuatro días escasos, pues la estricta observancia de entonces no daba para más.

—Tu primer cargo, en el convento de la Magdalena, fue el de Maestro de Novicios...

—Eso al menos se ha escrito alguna vez, pero no es cierto, no. A mi llegada al convento, la tarde del 6 de agosto de 1881, el Comisario General de los capuchinos españoles, que a la razón lo era dicho padre Joaquín de Llevaneras, me destinó a Vicemaestro de Novicios. Y antes de finalizar el año, el padre Reus —con muy buen acierto y como muy conforme a mis aficiones— me nombró Comisario de la Venerable Orden Tercera. Eso sí, me otorgó las más amplias facultades.

—Bueno, ¿podías explicar qué es la Orden Tercera?

—Sí, claro. La Orden Tercera franciscana viene a continuación de la Primera y de la Segunda. Lo que no es decir nada original, al menos desde el punto de vista de la matemática.

Sencillamente, nace en tercer lugar... Francisco de Asís en primer lugar funda la Orden de Menores. A ésta sigue la fundación de las Damas Pobres, llamadas Clarisas. Y muchos seculares, deseosos de seguir este camino de perfección, solicitan del Seráfico Padre el ingreso en su Orden.

Por esto Francisco de Asís, ante la necesidad de dotarles de organización, les da una Regla. La hizo escribir en pocas palabras y sencillamente, y el señor papa se la confirmó.

—O sea, constituyen una asociación.

—No exactamente, sino una Orden. Los Terciarios confiesan a Francisco de Asís por padre, profesan su regla, visten su estameña franciscana y desarrollan un ministerio bien concreto. «Para esto han sido llamados los hermanos y las hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados».

Por otra parte su mística es sumamente sencilla. Viven como peregrinos y forasteros en este mundo. Si pecan, confiesan humildemente sus pecados. Ningún hermano provoca a la ira o al escándalo. Y todos, por su misma mansedumbre, son estimulados a la paz, la concordia y la benignidad.

—Vamos, que viven una mística franciscana.

—Así es, sí. Viven en el mundo, pero sin ser del mundo. Son seculares mansos, modestos y pacíficos; apacibles y humildes. No litigan, ni se enzarzan en discusiones, ni juzgan a los hermanos. Viven gozosos en el Señor, alegres y convenientemente agradables. Expían sus pecados con la confesión, ayunan y se esfuerzan por mostrarse siempre sencillos y amables, fraternos y menores.

¡Ay, perdona! Que, sin darme cuenta, se me va el santo al cielo. Y, sin darme cuenta también me estoy poniendo ya trascendente.

—Bien, oye. Tengo una curiosidad.

—Dime .

—¿Por qué aquel formidable desarrollo de la Orden Tercera en tu tiempo?

—¡Eh, be! Mira, nada sólido y duradero se hace sin esfuerzo Y en aquella época se trabajó duro en las órdenes terceras. También es preciso confesar que el viento tiraba fuerte en esta dirección. Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, si mal no recuerdo, eran terciarios. Y asimismo diversos cardenales. Entre ellos el cardenal Rampolla. Y también nuestro Cardenal Vives y Tutó. Él escribió el Ramillete Espiritual

de los devotos imitadores de N.P.S. Francisco o Manual de piedad de la Orden Tercera.

Fíjate, además, que León XIII sobresale por sus encíclicas sobre el rosario y por su impulso a las órdenes terceras. Y su inmediato sucesor, Pío X, se propuso «restaurar todas las cosas en Cristo», pero mediante la catequesis, los sacramentos y el ímpetu renovador de las órdenes terceras. Así que el momento histórico era el más oportuno. En una palabra, eran los signos de los tiempos.

—Y, volviendo a tí, ¿cómo te las arreglaste para instaurar la Orden Tercera en Valencia?

—No fue fácil. Lo cierto es que no fue nada fácil conseguirlo. Y menos todavía luego de cuarenta años de exclaustación de los religiosos. Que ellos fueron siempre sus asistentes espirituales. Pero el pueblo fiel padecía sed de Dios. Tenía necesidad de religión. Así que, no creas, tampoco fue tan difícil.

Por otra parte, y como hijo de abogado, siempre fui un espíritu ordenado y metódico. Y un poco obstinado, por qué negarlo. Vamos que yo, como Napoleón: «un enemigo cada vez». Considero que es la mejor forma de hacer algo seguro y duradero.

Así que inmediatamente comencé por instituir la orden tercera en Masamagrell. Esto fue el año 1881. Luego hice la fundación de las de Ador, a principios de 1883. Rafelbuñol, en junio del mismo año. Manises, en febrero de 1884. Vinalesa, en mayo de 1884. Albalat dels Sorells, a mediados del mismo año. A ésta siguieron las de Meliana y Foyos. Y la de Alfara del Patriarca, en 1888. Y la de la Punta de Ruzafa...

¡Ah! restauré asimismo las de Valencia, Castellón, Alcira, Godella, Benaguacil y Ollería. Y también la de Alboraya. ¡Y qué bellos recuerdos conservo de todas ellas!

—Y así hasta sembrar de ellas la mayor parte del Reino de Valencia.

—Cierto. Así es. En el corto período de ocho años escasos los terciarios dependientes del convento de la Magdalena llegaron a ser 6.375. Para estas fechas ya había sido nombrado guardián del convento.

Y era de ver la devoción con que los terciarios vestían el hábito franciscano, acudían a la Magdalena los cuartos domingos de mes y peregrinaban a los santuarios marianos de la comarca. Especialmente al de Nuestra Señora del Puig.

—¡Ah sí! Que en 1886 —según dicen antiguas crónicas— llevaste cinco mil terciarios al Monasterio del Puig. Y hasta D. Salvador Giner, con más de sesenta profesores de su capilla cantaron la misa por la mañana. Y por la tarde, el rosario.

—Así es. Por cierto que el número no está engordado, no. Las mismas crónicas dicen que, por espacio de más de una hora, cinco sacerdotes estuvieron repartiendo la Comunión. Y aún hubo romeros que, para no privarse del Pan de los Angeles, volvieron a la Magdalena. Lo recibirían de manos del P. Francisco de Orihuela.

—¿Y fue en esta ocasión cuando ocurrió la multiplicación milagrosa del Sacramento?

—Así lo ha venido repitiendo durante su vida Fr. Peregrín de Moncada. Pero, ¡vete tú a saber! Lo que sí es cierto —y no por echarme un pegote— es que en la peregrinación de 1889 conseguí llevar a los pies de la Virgen siete mil peregrinos de la Orden Tercera. La romería fue para pedir a la Señora la libertad del Sumo Pontífice.

—Y, ¿cómo fue posible tanta devoción popular?

—Eso... sólo Dios lo sabe.

Todo es gracia. Todo es don. Yo planté y regué. Pero fue el Señor quien dio el incremento. Y es evidente que allí donde se implantó la Or-

den Tercera, con el tiempo brotaron congregaciones religiosas y las vocaciones necesarias para la vida consagrada. Que no se pueden recoger las aceitunas antes de plantar el olivo, sino después. Que la vida brota pujante de las raíces, y requiere años de paciente espera. Pero, a su tiempo, ofrece al sembrador el fruto seguro.

—Yo sé que los terciarios hacen la corrección fraterna a los hermanos. Pero, ¿qué ocurrió exactamente en Alboraya?

—Sí, se ha hablado mucho del caso de Alboraya. Lo cierto es que el párroco y el alcalde del pueblo se llevaban mal. Vamos, que no se podían ver; simplemente porque sí. Mis terciarios habían intervenido para poner paz en diversas ocasiones. Y nada.

Supliqué, pues, a dichas autoridades para que asistieran al ejercicio vespertino de la tercera orden. Y así lo hicieron.

Aquella tarde subí al púlpito. Y hablé del perdón a los enemigos. Lo que dije no lo sé. Pero sí que debí decir algo gordo. Pues, sea por el tonillo que imprimí a mis palabras, sea por la abundancia de la gracia de Dios, ambos se levantaron de sus sitios respectivos y en medio de la iglesia se dieron el abrazo de paz.

María Pastor, que entró en el templo en el preciso instante en que todo el pueblo se fundía en un abrazo de perdón, es quien lo ha contado después. Esa tarde se derrocharon lágrimas de júbilo. Era una eclosión de gozo espiritual. ¡Bendito sea el Señor en su misericordias!

—¿Y lo de la Punta de Ruzafa? Ni los Clavarios se atrevían a ponerse en tu presencia... ¿Qué pasó?

—Bueno, siempre se exagera un poquito. También fue con motivo de la Orden Tercera, sí. Recuerdo que tal arremetí contra el abuso de mezclar los obsequios a la Virgen con las diversiones profanas, que ni los Clavarios se atrevían a ponerse en mi presencia.

¡Ah! y hasta los comediantes quisieron llevarme a juicio. Pero terminaron por venir a pedirme perdón. No es fácil encadenar la Palabra del Señor cuando el mensajero vive en la libertad de los hijos de Dios.

—¡Caray, qué fortaleza la tuya! ¡Y al final de tus días muestras una serenidad...!

—Mira, el curso de la vida humana suele ser semejante al de los ríos. Por más saltarines que en sus principios se manifiesten, al acercarse a las riberas del Más Allá adquieren placidez y profundidad.

5. La Magdalena

El convento de la Magdalena es uno de esos numerosos conventos capuchinos edificados en la región valenciana por San Juan de Ribera a finales del siglo XVI. Está situado a las afueras de Masamagrell. Y fue edificado para la piedad franciscana. En él se gozaron días de paz hasta que en 1835 el piezazo enorme de la inconsciencia clausuró de él toda vida claustral.

El conventito se reabrió el otoño de 1879, y en él se gozaron días de gloria hasta los años del Concilio. Pero poco después también en él, como en tantos otros conventos, se fue agostando la vida conventual. Finalmente la tenacidad capuchina ha conseguido recuperarlo, y restaurar nuevamente en sus claustros la vida religiosa.

En dicho convento gozó días de paz y deliciosa felicidad el hoy *Venerable Fray Luis de Masamagrell*. Con vuestro permiso, pero con él, deseo comentar recuerdos de su vida religiosa en La Magdalena.

—No recuerdo si te lo he comentado alguna vez, padre Luis, pero el conventito capuchino de Masamagrell a mí me encanta. Tan sencillo, tan sobrio, tan franciscanamente bello... Y mucho

más ahora, luego de la restauración realizada con tanto gusto y acierto.

—Sí, y con tanto mimo y esmero.

—¡Mira que el convento luce lindo, padre, devuelto a esa su primitiva sobriedad y pureza franciscanas...!

—También a mí me encanta, la verdad. Además me trae muy buenos recuerdos. Pues en él transcurrieron los mejores años de mi vida religiosa. Y también los más felices. ¡Qué delicia de convento...! En medio de la huerta levantina, circundado de naranjales. Y La Montañeta tan concurrida los cuartos domingos de mes... ¡Y qué bullicio y algarabía las tardes de los días pascuales!

—Pues ¡si lo vieses en la actualidad, Venerable Padre Luis...! A propósito, ¿no me has dicho cómo te sienta lo de Venerable?

— Ya te lo puedes figurar. Nuestro Padre San Francisco solía decir "quien no tenga letras, no se cure de adquirirlas". Y solía añadir, con un cierto deje natural, "aplíquense, en cambio, a lo que deben anhelar por encima de todo: a tener el espíritu del Señor y su santa operación". Y tú sabes muy bien que yo nunca he deseado estar sobre mis hermanos, sino vivir el espíritu de

fraternidad, hecho de humildad y sencillez, de servicio y desapropropio.

—Entiendo, entiendo. Además de que con el título de *Venerable* (es mi opinión personal) lo único que se hace es violentar la gramática castellana, ¿no te parece?

—Claro, claro. Pero, ¡sea todo por el amor de Dios!

—Yo me imagino, padre, que en las noches de luna llena tu espíritu volverá gozoso al claustro del viejo monasterio. Visitará su antigua celda, con su ventanita abierta al oriente. Volverá al patio del aljibe claustral, el de la enredadera y la herrada en el centro, junto a la imagen de la Inmaculada. Al aljibe que siempre ha suministrado la mejor agua y la más fresca de toda la contornada.

—Cierto que el convento luce sobrio y limpio, como en mis tiempos de guardián. En él aunábamos oración y trabajo, piedad franciscana y espíritu fraterno. ¡Ojalá que mis hermanos capuchinos acierten a imprimir en él ese mismo espíritu seráfico del Hermano Menor que brilló en él durante luengos siglos, que dirían nuestros clásicos. Desde luego ilusión y amor por la Orden no les falta.

—¿A qué espíritu te refieres, Padre? Explicáte más.

—A nuestro espíritu seráfico, hecho de minoridad y fraternidad, de contemplación y penitencia, providencialista y misionero que nos transmitió nuestro Seráfico Padre, y en el que nos quería libres y peregrinos para anunciar la paz y el bien a los hermanos.

—Entiendo, entiendo. Y mi mayor anhelo es que así fuera. Por cierto que no sería difícil, por cuanto el convento goza de las características propias de los conventos capuchinos edificados en el levante español por San Juan de Ribera, el ilustre fundador de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo de Valencia. Edificado a conveniente distancia de la población, es un remanso de paz, lugar de reunión de los Hermanos, realizado con simplicidad y pobreza de medios, en el que la iglesia ocupa el centro y a cuya sombra se cobijan las humildes celdas capuchinas.

De verdad, que me encanta.

Por cierto, Padre, ¿cuántos años pasaste en la fraternidad de La Magdalena?

— De primeros de agosto de 1881 hasta finales de 1889. Y luego, los años de 1903 y 1904 en su mayor parte. ¡Qué años aquellos! ¡Qué años...!

-Y, ¿cuál fue tu primera ocupación en el convento de La Magdalena, en Masamagrell?

-Bueno pues, la de Vicemaestro de Novicios, cargo para el que tuvo a bien nombrarme el entonces Comisario, Padre Joaquín de Llevaneras. Él fue quien me recibió la tarde del cinco de agosto del año del Señor de 1881. Poco después el padre guardián, Estanislao de Reus, con muy buen acierto me nombró ya Comisario de la Venerable Orden Tercera del convento. Cargo tan conforme a mis aficiones lo recibí con satisfacción, pues por experiencia sabía yo el gran bien que la Tercera Orden reportaba a las almas y a los pueblos. Así es que en seguida me di a la restauración de las Órdenes Terceras por todas la región levantina.

-Sí, recuerdo haber leído que reorganizaste las antiguas congregaciones de Valencia, Castellón, Alzira, Benaguacil, La Ollería, Alboraya.

-Cierto. Y fundé de nuevo las de Rafelbuñol, Albalat dels Sorells, Meliana, Vinalesa, Manises, Partida de la Punta de Ruzafa y la de Ador, en Gandía, poblaciones todas que entonces pertenecían al distrito del convento de la Magdalena, por no haber otro convento de nuestra orden en todo el reino. Visité también las de Godella, Casinos, Alcudia de Crespíns... y varias otras.

¡Ah! y con la fundación de las Terceras Órdenes nació asimismo *El Mensajero Seráfico*, revista que influyó notablemente en su conocimiento y progreso, como portavoz que era de las mismas.

—¡Cómo es posible! ¿Y tanta influencia llegó a tener *El Mensajero Seráfico*?

—Sin duda alguna, sin duda. Pues era una revista de periodicidad mensual, muy bien impresa, que ponía de relieve el florecimiento, el entusiasmo y el fervor extraordinario de los nuevos Terciarios. Ellos mismos la escribían y ellos mismos se encargaban también de difundirla.

Y era tal entonces el entusiasmo de los Terciarios que, al celebrar la visita o fundar de nuevo una Congregación, acudían en romería con sus estandartes todas las congregaciones comarcanas. Pudiendo decir que estaban entonces los Terciarios en continuo movimiento y siempre con deseos de hacer más y de nuevas manifestaciones. ¡Y las peregrinaciones...!

—Memorable fue la de la primavera del 84, ¿no, padre Luis?

—En la organizada el 25 de mayo de 1884 los peregrinos se calcularon en cerca de cinco mil. La del 13 de octubre de 1886 ni en solemnidad,

ni por supuesto en número de peregrinos, fue menor. Y la del día de San Miguel de 1889 superó los siete mil romeros. A pesar de ser únicamente de Terciarios. Es verdad que, cual otros macabeos, acudíamos a Nuestra Señora de los Angeles del Puig a reclamar de la Señora la libertad de Pío IX. Pero también es verdad que los Terciarios respondieron entusiásticamente, ávidos como estaban siempre de manifestarse.

—He oído decir, Padre, que en la reorganización de la Orden Tercera y en las peregrinaciones al Puig te ayudó mucho el Siervo de Dios, Padre Francisco de Orihuela.

—Indudablemente que me apoyó. Lo cierto es que las ayudas fueron muchas y de muchas partes. Y el honor siempre se lo lleva uno. Yo tuve la suerte de alzarme con el santo y la peana. ¡Sea todo por el amor de Dios!

—A propósito, padre Luis. Escucha, escucha cómo se manifestaba un grupito de terciarios una tarde de domingo en La Montañeta, junto a uno de los casalicios del vía crucis que tú levantaste. Acabo de rescatarlo de un viejo y pringoso libro de crónicas de la época. Helo aquí:

—¡Mira que el padre Francisco de Orihuela predica con unción. Es un santo. Es un santo!, decía Pepica.

—Claro que ya es algo mayor. Y en sus pláticas siempre mete a la Inmaculada. ¡Lástima que se marche ahora a las Misiones!, afirmaba otro.

—Creo que han dicho que se va a las Américas. A la Goajira, o algo así, aclaraba el hermano Juan de Vinalesa.

—Ya podían enviar a otro, replicaba a su vez Pepica. ¡Es una lástima! ¡Una lástima! (y la buena señora manifestaba un sentimiento como quien está a punto de perder algo que considera muy suyo).

—El P. Luis, en cambio, es más impetuoso, apostillaba un tercero.

—Claro, claro, decía muy convencido Nelet, el pescador de Alboraya. Es que es algo más joven. Pero mira, mira qué porte tan modesto tiene.

—¡Ah!, padre Luis, el antedicho cronicón también trae algunas otras opiniones sobre ti de tus hermanos de hábito. Pero no resultan tan espontáneas y sinceras y, por supuesto, son mucho menos elogiosas. ¿Por qué será que los buenos elogios, como los buenos vinos, suelen producirse siempre a una conveniente distancia? ¿Por qué la cercanía ofusca y obnubila?

A mí, padre Luis, que en la restauración de la Magdalena se haya erigido tu estatua y la del P.

Francisco me parece un gran acierto. Pero, sobre todo, que la tuya mire al oriente, y la del P. Francisco hacia poniente, me resulta sumamente aleccionador. Tu vida discurre junto al Mediterráneo; la del P. Francisco, centinela de occidente, otea hacia el Atlántico, hacia América.

—Tienes razón. Que el P. Francisco y yo hemos hecho mucho camino juntos en estos claustros de La Magdalena. Pero la gloria del P. Francisco indudablemente está en las misiones, con sus guajiros.

Y también en su caritativa entrega y piedad para con los enfermos de la peste bubónica de 1885 y en sus horas de confesionario. ¡Ah! creo un deber de gratitud reconocer el desinteresado apoyo que siempre me prestó en la dirección de las Órdenes Terceras y, por supuesto, en mis fundaciones. En especial en la de mis religiosas Terciarias Capuchinas.

—A propósito, ¿a qué se debió, padre, esa extraordinaria irradiación espiritual de La Magdalena? ¿Ese convertirse en un centro de luz puesto por el Señor en la huerta levantina?

—Mira, ya varias veces te he indicado que todo cuanto sucede tiene una explicación lógica y natural. Cuarenta años de exclaustación produjeron en las gentes sencillas sed de religión y de

piedad. Por otra parte la pobreza capuchina hermanaba entonces bien con la de los labriegos de la huerta.

Además tuvimos la intuición (no sé si por inspiración divina) de reorganizar inmediatamente las Órdenes Terceras. Las gentes acudían confiadamente al convento capuchino donde hallaban paz espiritual y dirección para sus almas. Las gentes llegaban a veces hasta de 16 horas de a pie para confesar con el piadoso P. Francisco de Orihuela. Y tan intenso y continuado era el fluir de las gentes de la Huerta a La Magdalena que, para evitar aglomeraciones, fue necesario establecer turnos para los distintos pueblos.

– He oído decir que de Rafelbuñol era un constante afluir a La Magdalena a confesar, dirección espiritual, llevar limosnas o recoger agua fresca del aljibe de los frailes... Yo mismo he hecho la ruta que hiciste tú y tus primeros Terciarios camino de la Cartuja del Puig el domingo de Las Palmas de 1889.

– Has oído, y has oído bien. Desde luego los frutos de piedad y devoción cosechados fueron muchos. Y el mismo noviciado se cubría de aspirantes a vestir la estameña capuchina, llegando a ser en número más de treinta, e iban saliendo de él profesos muy bien formados en el espíri-

tu seráfico, que sirvieron más tarde de base para otras muchas fundaciones, como escribí en *Apuntes sobre mi vida*.

—Casi sin darnos cuenta, y como quien la cosa no quiere, en ameno diálogo nos llegamos a la puerta principal de la iglesia. En la sencilla fachada resalta la imagen de La Magdalena, y los siete dolores de Nuestra Señora, en cerámicas de Manises. En el centro, una gran cruz de hierro, media docena de cipreses, algunos banquillos rústicos de mampostería, y... la imagen del capuchino que desgrana viejas cuentas de rosario.

Aún a riesgo de ser importuno pregunto: Padre Luis, ¿los siete dolores, en cerámica de Manises, se colocaron ya en tu época?

—Creo que sí. ¡Pero de esto hace ya tanto tiempo...!

Lo cierto es que son de comienzos de la restauración. Y también la imagen de Santa María Magdalena. Asimismo en cerámica de Manises. Me refiero, naturalmente, a los que había con anterioridad a la guerra. Recuerdo que este patiecillo ante la iglesia era el preferido de los religiosos. Especialmente para las recreaciones en tiempo estivo, cuando los días son largos y las noches frescas.

—En los días calurosos este patio invita al peregrino a un sorbo de agua y de silencio antes de acceder al interior de la oscura iglesia monacal, ¿no crees?

—Desde luego, desde luego.

—Pero yo me pregunto, y perdona mi indiscreción, padre Luis ¿por qué esa devoción capuchina a los Dolores?

—También esto es lógico y natural. Si nosotros, los capuchinos, cada día meditábamos la pasión del Señor y frecuentemente teníamos el ejercicio del Vía Crucis, es lógico y natural que contemplásemos también los dolores de la Madre. Vamos, digo yo.

—Claro, claro, me apresuro a contestar. Por otra parte la reforma capuchina, por reforma y por los años en que se hizo, tiene acentuados tintes ascéticos y... dolorosos.

Pero veo que insensiblemente va subiendo el tono de nuestro diálogo, con el riesgo de ponernos transcendentales, por lo que me despido de mi buen padre fundador hasta la próxima.

Adiós.

6. La cosa comenzó en Masamagrell

De verdad. El año del Señor de 1885 fue para mí muy fecundo en acontecimientos. Gratos unos, y muy tristes otros.

Yo preferiría, si te parece, referir los agradables primero. Que el Señor bien se encargó de atemperarlos con pruebas y amarguras después. Pues sabes que la providencia ordinaria de Dios suele ser mezclar los favores y gracias que nos otorga, con penas y tribulaciones. Así ni aquellas nos engríen, ni éstas nos abaten y enervan.

Una de las mayores alegrías que el Señor me concedió aquel año fue, sin duda, la supresión del Comisariato Apostólico. ¿Que qué era eso del Comisariato? Pues, verás. Un momento. Que enseguida te lo explico.

El Comisariato era una especie de regalía, ¿sabes? Que nos hacía a los religiosos españoles vivir desgajados del tronco común de la Orden.

De todas formas permíteme que tome las aguas de más arriba. Y es que nadie puede servir a dos señores. Así, al menos, lo dice la Biblia. Y así también lo ponían en práctica demasiados eclesiásticos del siglo XIX. Obedecían de peor

gana a su respectivo Soberano que al Papa Rey. Y frecuentemente desobedecían a entrambos. En esto—por qué no decirlo—algunos fueron un poco demasiado cerriles. Por lo que a menudo consiguieron, y no sin razón, ser expulsados en diversas naciones de Europa.

En España Carlos IV pidió al papa Pío VII que diese a los religiosos españoles vicarios apostólicos, también españoles. Pío VII, cómo no, respondióle que bueno, que sí, que lo vería. Total, que al final tuvo que ceder. Y cedió. Pensaba, claro, que la separación de Roma no se produciría nunca. ¡No se podía producir! ¡Cómo se iba a producir...!

Pero los hechos posteriores demostrarían bien a las claras que no sería así. Carlos IV había asestado un duro golpe a los religiosos. O más bien sus ministros. El golpe decisivo lo intentarían años después. Se conoce generalmente como «la desamortización de Mendizábal».

¿Y, por la supresión del Comisariato, tanta alegría?, me dirás.

Pues sí, sí. Y con razón.

Esto suponía nuevamente la unión de los capuchinos españoles con toda la Orden. Habíamos vivido días de destierro... Y ahora se saldaba un

pacto de obediencia y de unidad en la fraternidad. Ochenta religiosos en La Magdalena, que se dice pronto, podíamos cantar a coro: ¡Oh, día verdaderamente feliz! ¡Cuán bello y cuán dulce es vivir los hermanos unidos!

¡Ah!, y por cierto. Así se lo escribimos a nuestro Rvdmo. P. General.

Otro de los acontecimientos que me llegaron al corazón aquel año fue la multiplicación del pan en el convento de La Magdalena. Algo simple, pero hermoso. Que estos son los temas de conversación en la casa del pobre.

También ocurrió aquel año, sí. O en todo caso el anterior. Lo cierto es que los capuchinos vivíamos entonces de limosna. Limosna que, por lo demás, podíamos pedir sólo en especie. Esto necesariamente nos obligaba a ser pobres e itinerantes. Y a aferrarnos a la Providencia como a una divina madre. Pues por experiencia sabíamos que al día siguiente había que salir a pedir de nuevo.

Aquel día los hermanos limosneros habían ido lejos. Y, claro, lo que sucede siempre. Basta que falte pan para que a uno le entre hambre de siete semanas. En todo caso al ver el P. Guardián, que lo era el P. Reus, que los limosneros no volvían a la hora, me llama y me dice:

—«Venga conmigo, P. Luis, y repartiremos el pan que haya en cada uno de los puestos de los religiosos».

Y así lo hicimos.

Pero como, según la costumbre de la Orden, lo único que podemos pedir, si nos falta, es pan y agua, y en la comunidad la mayor parte eran jóvenes, era de esperar que al poco de comenzar a comer empezaría a levantarse a pedir pan. Por esto me decía el P. Reus:

—«Hoy va a ser una risa lo que sucederá en el refectorio».

Pero, ¡cuál no sería nuestra admiración viendo que todos comían y nadie pedía pan! Juzgamos que se habrían hecho cargo de la falta y por ello no lo habrían pedido. Pero dimos una vuelta al refectorio, terminada la comida, y aún hallamos en muchos de los puestos algún mendrugo de pan.

¡Bendita sea la providencia y misericordia del Señor!

Sí, ya sé lo que me quieres decir. Que también esta batallita me la has escuchado ya otras muchas veces. ¡Ché, perdona! Reconozco que a esta edad mía me repito más que chirimía de ciego. Pero... no lo puedo remediar. ¡Lo llevo en

lo profundo del corazón! ;Y mira que de esto hace ya la tira de años...!

De todos modos para mí lo más gratificante—como decís hoy—fue la fundación de las Hermanas Terciarias Capuchinas. La cosa comenzó en Masamagrell. El progreso siempre creciente de la Orden Tercera seglar. Y asimismo el deseo de mayor perfección de algunas almas que querían consagrarse a Dios. Esto me impulsaba ya mucho tiempo a intentar la fundación de una Congregación de Religiosas Terciarias. Y, gracias a Dios, a los treinta años tenía ya hecha la fundación.

¿Que si a los treinta años me sentía yo capacitado? Mira, chico. A mí entonces me sucedió como a Jeremías, Isaías o Moisés. O quienes fueran, que de esto poco importa. Lo cierto es que el Señor me escogió, y me dijo: «Tú irás donde yo te mande. Y les dirás lo que yo te diga».

Y honradamente no pude decirle que no. Así de simple fue la cosa.

Así que —un poco atolondrado al principio, lo reconozco— comencé a escribir unas constituciones, implorando para ello el auxilio divino. «Las Hermanas de la Congregación de las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia —así comenzaba yo las constituciones—, siguiendo el espíritu

y las huellas de N. S. Jesucristo, y de su fiel imitador San Francisco...».

Sin duda alguna fue el Señor mismo quien me reveló que escribiese las Constituciones. Y que mis hijas debían vivir según la forma del santo evangelio. Y yo, como Francisco de Asís, así lo hice. En pocas palabras y sencillamente. Y el Señor obispo me lo confirmó.

¿Que si fui entonces consciente de lo que hacía? Mira, lo más urgente de lo que hay que hacer ¿sabes qué es? Hacerlo. Y yo lo hice. O mejor, el Señor lo hizo por mi medio. Posiblemente las grandes obras siempre han nacido más del corazón que de la inteligencia. ¡Y ésta de la fundación, como ves, era una gran obra! ¡Seguramente que también nació del corazón!

Alguien asimismo me ha preguntado: el servirte para la fundación del grupito de penitentes de Montiel, ¿no te perjudicó? ¿No fue un inconveniente? A ti te lo digo, Juan, para que ellos lo entiendan. Pienso que no fue un inconveniente, sino una necesidad. La Divina Providencia me brindaba el pequeño grupo de Montiel. Y a él se añadían almas selectas de la Orden Tercera seglar, que yo dirigía. De todos modos a lo largo de los años el Señor me haría comprender —y por cierto muy claro— que no es conveniente

echar el vino nuevo en odres viejos. Que la Biblia lo dice. Y la Biblia es palabra de Dios.

También se ha escrito por ahí que si la idea fundacional me vino con motivo de la peste de 1885. No, mira. No es cierto. Para estas fechas ya tenía yo escritas las constituciones. La verdad es que las ideas vivas suelen nacer de la abstracción de sucesos impresionantes. Y el siglo XIX español produjo los bastantes como para que floreciese la novela realista y naciesen las suficientes congregaciones religiosas destinadas a paliarlos. Más de setenta congregaciones religiosas se fundaron, si no recuerdo mal. Y eso a pesar del casi medio siglo de exclaustración.

Por lo que a mí toca diré que me iluminó no poco el ver que el cólera, como pedrea de lotería pobre, irremediablemente nos visitaba todos los años. Desgraciadamente, todos los años finalizados en cinco. Y el reguero de muerte y desolación que dejaba a su paso era tétrico e inmenso por demás.

Las Órdenes Terceras, entonces, corrían a mitigar la aflicción. Pero, las pobres, no daban a basto. Repartían ropas, alimento y educación a los huérfanos. Apoyo, ayuda y hogar a los ancianos. Y cumplían la obra de misericordia de enterrar a los muertos. Ellas constituirían la

base material, moral y aun personal de la nueva congregación.

¿Que de dónde les viene su espiritualidad a mis hijas?, me preguntas. ¿Que por qué su carácter franciscano? Pues, hombre, por la ley misma de los organismos vivos, que siempre presentan semejanzas familiares. Precisamente de eso, de que son Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. De ahí su espíritu franciscano de minoridad y fraternidad, humilde y penitencial, misericordioso y redentor. Además les puse bajo el patrocinio de la Sagrada Familia porque... bueno, eso ni lo recuerdo ya, ni lo sé, Dios lo sabe. Pero, si todo consagrado tiene necesidad de una Madre, todo huérfano o anciano necesita de una familia y de un hogar, ¿no?, digo yo.

También es verdad que, con el paso del tiempo, se fue empañando ese su espíritu primitivo. Pero eso ya le sucedió también a la Orden Franciscana. Y, a pesar de todo, sigue siendo una fraternidad y no una compañía. Por cierto, que yo bien claro se lo dejé escrito a mis hijas. Además en un momento en que, contra mi carácter, me tuve que poner solemne. «El espíritu de nuestro Instituto —les dije—, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza».

No, si ya sé que este lenguaje hoy no se lleva. Que desde aquí arriba hasta de eso nos enteramos. Pero entonces expresé mi pensamiento francamente, sin glosa ni trastienda. Que el franciscano, por la ley del desapropio, es amante de la transparencia y expresa su pensamiento con la candidez de la paloma. Que así debe ser, me parece a mí.

¡Caray!, mira que otra vez me estoy poniendo fastuoso y ridículo. Perdona, chico, pero es que... no lo puedo remediar. ¿Y qué padre no habla con verdad y llaneza a sus hijos, a quienes ama?

No recuerdo si te dije ya que la fundación de las Hermanas fue un hecho sencillo y humilde. En Montiel. La de los Hermanos, en cambio, fue mucho más solemne y rumbosa, como luego verás. Asistió el Capitán General de Valencia, el Alcalde, el Gobernador, el Presidente de la Audiencia... Lo cierto es que luego mis hijas se han desarrollado más. Ellos, con ese buen humor que les caracteriza, dicen que las Hermanas son un boceto y apunte que yo hice para su fundación. Y ellas, por su parte, nacidas cinco años antes, afirman que los Hermanos son la fotocopia y ellas el original. ¡Váyate por Dios! Lo bien cierto es que ambas congregaciones son fruto del amor de Dios y, por igual, me desviví en ambas fundaciones. Y las bromas entre hermanos constituyen

siempre el gozo y la alegría de los padres. Y mi mayor gozo es saber que mis hijos caminan en la verdad, que así lo decía también S. Juan.

¡Uf..! estos párrafos largos —que se consumen como spaguettis, sin respirar— le dejan a uno exhausto. De todas formas, sobre lo que antes me preguntabas, te puedo decir que la fundación se hizo con todos los permisos y bendiciones requeridos y aún más. Que no ha faltado quien me haya motejado de no recabar las autorizaciones pertinentes, y aun de desequilibrado. Pero bien sabe Dios que en esto de pedir permisos yo fui siempre muy cuidado.

Es verdad que la petición al señor Arzobispo de Valencia la hice a nombre de la superiora de Montiel. No podía ser de otro modo. Aparte de que en años me doblaban todas las tres, a la madre María Roda pertenecía el Santuario de Montiel y la montaña, a cuya falda se levanta el Santuario.

Pero no es menos cierto que dicha petición la avalaba yo personalmente con mi firma y con el sello de mi convento. Y que la Santa Sede, en la aprobación apostólica de 25 de marzo de 1902, hace mención expresa de mí como del verdadero fundador.

En cuanto al hecho mismo de la fundación puedo decirte—si no te lo dije antes ya, que no

creo—fue un suceso bien sencillo y humilde. El 1.º de mayo de 1885 en el convento de La Magdalena dí la profesión perpetua a las tres madres más antiguas. Eran María de Montiel, Carmen de Alboraya y Angela de Pego.

La fundación canónica fue días después. El 11 de mayo del mismo año 1885. Dicho día, ya desde las primeras horas de la mañana, Benaguacil entero amaneció endomingado. Por la cuestecilla arriba iniciaban su ascensión a Montiel grupitos de peregrinos. Rosario de hormigas que asciende serpenteante a la cumbre. Varios pintos colores de sayas campesinas. Chiquillos saltarines, por entre matojos en flor, que rivalizan por ver quién llega antes. Un acre perfume de vegetación silvestre envuelve el ambiente. Es comienzo de primavera. Se estrena primavera. Es día grande en el pueblo. Es fiesta en Montiel. Por la mañana hubo misa de comunión general. Y luego, misa mayor. Y hubo —así murmuraban las gentes, lo recuerdo como si fuera hoy— mucho incienso y sermón de campanillas. Hubo vesticiones de hábito y profesiones religiosas. Que yo las di. Hubo parabienes y abrazos, risas y alborozos. Y hubo mucho gozo en el lugar. Pero, no hubo presencia de autoridades civiles, ni tampoco religiosas. Y esto me entristeció mucho. Ni siquiera la de mi buen padre Provincial. A pesar

de ser yo su consejero. Pero esto sucedería también cuatro años más tarde, en la fundación de mis hijos. Que a nadie se lo he dicho, pero dicha ausencia, preludio de lo que sucedería después, me entristeció el alma y volvió menos transparente un día que abría con tan buenos augurios.

¡Ay!, perdona. Pero me estoy poniendo tierno y sentimental. Lo que no dice bien a mis años. De todas formas el 11 de mayo de 1885 fue un día grande en Montiel. El Santuario se transformó en una nueva Porciúncula. Y la Virgen, en la Madre amorosa de las religiosas Terciarias Capuchinas. Fue el día de la fundación canónica.

Pero, ¡ay, Señor! ¡Cuán leve resulta la dicha en la casa del pobre! Porque, a los tejemanajes del P. Provincial, que siempre padeció de complejo de fundador y moriría, el pobre, sin conseguirlo, vino a sumarse la presencia del cólera. La epidemia, como mancha de aceite, avanzaba por la comarca de la Huerta. Y poco después atacaba también la de los Serranos. Benaguacil entero, y Masamagrell en pleno, solicita la ayuda de mis religiosas. Los ayuntamientos las reclaman. Los pueblos las necesitan... El de Benaguacil porque siempre consideró a las religiosas como algo suyo. El de Masamagrell porque las consideraba algo mío, y yo suyo...

Mas, de tan tristes acontecimientos, como ya antes te dije y ahora te recuerdo, tendremos ocasión de charlar próximamente.

7. Pedacitos de calvario

—Ignoro, padre, por qué regla de tres cuantos camináis hacia los altares habéis de tener siempre vuestra racioncita de calvario. Y en algunos hasta parece que al Señor se le va un poquito la mano... ¡caray!

—Hombre, me alegra oírtelo decir. La verdad. Y es que yo tampoco me lo explico muy bien, ¿sabes? Seguramente es cosa de escritores. Y es que no sé cómo os las arregláis para hallar siempre tres pies al gato. Y para encontrar penas y amarguras en todos los entrepliegues de un siervo de Dios. Y, si no es así, ya no os parecen santos. Bueno —¡qué digo!— ni santos ni nada, claro. ¡Cómo si nuestro buen Dios tuviese sus delicias en hacer sufrir a los hijos de los hombres! Y creo que eso no es, no.

Si precisamente el Señor no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará graciosamente con Él todas las cosas! Además, ¿quién nos podrá apartar del amor que Cristo nos profesa?

No, ya sé que personalmente, por la educación capuchina recibida y por las veredas por donde la Divina Providencia me hizo caminar en vida, presenta en mí mayor relieve el camino

real de la santa cruz -el viacrucis- que las elevaciones del Tabor. Pero pienso que, para el peregrino, todos los caminos son más o menos similares. Tienen sus cuestas y sus rellanos. Sus tramos áridos y sus ejidos sombreados.

Por otra parte el ser humano manifiesta una enorme capacidad para acompasar su propio caminar al caminar de Dios. Que quien no tiene trabajos gordos, agranda los livianos. Y a quien Dios hijos no da, el diablo lo colma de sobrinos..., especialmente si llega a obispo, según dicen.

—Está bien, está bien. Pero, ¿no me dirás que el P. Joaquín, el de San Andrés de Llevaneras, no te proporcionó un rato largo de sinsabores?

—No lo creas. Yo por lo menos no diría tanto. Los humanos siempre andáis buscando el pelo en el huevo. Y esto para poner un poco de picantillo en el relato. Para que la historia resulte interesante, al menos para vosotros. Lo cierto es que los hombres, por naturaleza, siempre tendemos a obrar el bien. Que fuimos creados a imagen y semejanza del Hacedor, no lo olvides. Y, si no siempre lo conseguimos, no será por falta de intención, sino por la limitación de nuestra pobre naturaleza al llevarlo a cabo.

Por otro lado yo me relacioné con el P. Joaquín de Llevaneras largos años. No menos de

una docena de ellos. Y, claro, no siempre nuestros puntos de vista personales fueron coincidentes. Que los hombres tampoco somos todos iguales, como marmotas.

Aparte de esto hay caracteres que prefieren lo poco, selecto y realizado a perfección. Y otros, en cambio, propenden a lo grandioso, aun a costa de que resulte deshilachado e inacabado. De todos modos al caer la tarde de la vida, no lo olvides, el Señor juzgará a todos con benevolencia. Es nuestro Padre. Es misericordioso. Y es lento a la ira y rico en misericordia para con los que le invocan.

—Bien, pero ¿aún no me has dicho lo que ocurrió con el P. Joaquín de Llevaneras?

¡Ché! Pues primero de todo que él fue siempre una persona muy activa y profundamente apostólica. Lo cual es bueno. Y, en segundo lugar, que nació ya con el cetro de la autoridad entre las manos. O en todo caso lo recibió muy pronto. Pues, por la necesidad de personal de que sufríamos los capuchinos españoles, a sus apenas 28 años fue nombrado Comisario General de España. Y enseguida Ministro Provincial. Con estos antecedentes es comprensible que en repetidas ocasiones le faltase prudencia y le sobrase vitalidad. Y tanto es así que su mismo her-

mano, el P. José Calasanz de Llevaneras, alaba su buenísima voluntad, si bien tiene que reconocer que no siempre acierta en sus decisiones.

—¿Y con tus hijas Terciarias Capuchinas...?

—Pues sucedió lo que permitió el Señor que sucediese, como te voy diciendo. En sus comienzos la nueva fundación apenas si era un brote o renuevo de la Orden Tercera. Y, por lo que a nombre se refiere, tan terciarias capuchinas eran las de la Tercera Orden seglar como las religiosas de la nueva Congregación. Contribuyendo, además, a la confusión el que yo fuese el fundador de unas y de otras.

Por otro lado la Regla le imponía al P. Joaquín de Llevaneras, como Provincial que era, el deber de visitar anualmente a las Hermanas. Encargo que realizaba de mil amores. ¡Ah! y hasta con mayor frecuencia de la prescrita en la misma. Posiblemente ésta fue la razón por la que, durante cinco largos años, dirigió directamente a mis hijas. Ni más, ni menos.

—Pero, como Congregación diocesana de votos simples, te correspondía a tí la dirección, como fundador, ¿o me equivoco?

—Correspondía al señor obispo. O, en todo caso, a quien él delegase. Y tal vez delegó en el

padre provincial, no en el fundador. O tal vez se produjo conflicto de competencias. ¡Vete tú a saber! Sea de todo ello lo que fuere, lo cierto es que durante cinco años me vi apartado de la dirección de mis religiosas. Y te puedo asegurar que ésta sí que fue una buena ración de calvario, ¿no crees?

—No sé cómo te las arreglas, padre, para ver todo tan claro desde arriba. Y para encontrar explicación a todo. Cierto que ahora disfrutas de mayor perspectiva histórica. Pero, ¿por qué el P. Joaquín intentó llevar a tus hijos a Lecároz, al norte de Navarra? ¿No me dirás que tenía autoridad para ello?

—Bueno, en cuanto a lo primero te puedo decir que para tener buena visión no es cuestión de altitud de lugar, sino de miras. Más bien es cuestión de amor. «Ama, y has lo que quieras», decía san Agustín. «Ama, y entenderás», dijeron otros.

Y, en cuanto a la actuación del P. Joaquín, es verdad que autoridad para ello no tenía, pero sí buenos deseos de que el instituto progresase y se extendiese. Pero sucedió que a finales de 1889 lo nombraron ministro provincial de Castilla. Esto no le permitió ya cumplir promesas hechas con anterioridad. Sí, a mis hijas les llamó a Lecároz,

pero también había prometido la fundación a una sobrina suya religiosa, según quiero recordar. Así que a mis hijas les pagó dando largas al asunto. Lo que no fue bien interpretado entonces. Prueba de ello es que el *Mensajero Seráfico* se deshace en elogios a la Madre Mercedes de Sobremazas que va extendiendo la congregación por tierras del norte.

«Debido al celo y actividad de la Superiora de las Terciarias Capuchinas, Sor Mercedes de Sobremazas —así se expresaba el cronista...—, pronto podrá celebrarse la inauguración de la nueva fundación destinada a la educación de niñas y asilo de pobres huérfanas».

¡Lástima que, por incomprensión, dicha hermana hubo de abandonar enseguida la congregación! Que la cuerda siempre se rompe por la parte más floja. Y el carro entorna por la más débil. Y todo esto también me proporcionó algunos pedacitos de calvario no pequeños.

—Hombre, a propósito de cruz, ¿A qué se debió tu traslado a Orihuela, a las riberas del Segura?

—Siempre creí, y ahora lo veo todavía con mayor claridad, que se debió a conveniencias de la Orden. Sí, únicamente a eso. No a deseo de alejarme maliciosamente de mis hijos e hijas, los

religiosos Terciarios Capuchinos. Prueba de ello es que poco antes el P. General y el P. José de Calasanz habían girado visita a la Orden Tercera en Valencia. Y te puedo decir que disfrutaron de lo lindo viendo el profundo espíritu seráfico que les animaba, ¿sabes?

Tal vez por ello me honraron con el cargo de consejero y religioso de confianza del Superior Provincial, y connovicio mío, P. Fermín de Velilla.

Por otra parte mis hijos disponían ya entonces de un verdadero padre y formador en la persona de D. José Méndez, Padre José M^o de Sedaví para los religiosos. Y en esto, francamente, no estábamos tan abundantes en nuestra provincia capuchina. Tanto que el mismo P. José de Calasanz, en su informe de visitador, ante la carencia de personal formador, exclama: «¡Pobre provincia de Toledo!»

De otro lado, según creo recordar, no los cargos, pero sí los destinos, se trataron en consejo, al que yo pertenecía. Y se creyó entonces más conveniente el que yo pasase a Orihuela como profesor de Teología. De todos modos, y tal vez por mi carácter, yo nunca fui persona que forzase la voluntad de mis superiores. Tampoco lo iba a hacer en aquel momento.

Y tampoco lo hice. Creo que fue así mejor para todos.

—Entonces...

—Entonces yo obedecí con el mismo espíritu de fe de siempre. ¿No me dirás que ésta no fue una actitud franciscana, ¡eh!? Por lo demás estaba no sólo resignado, sino aún contento con lo dispuesto por mis superiores. Me parecía lo más conveniente, como te digo. No obstante yo sufrí muchísimo interiormente. Y no tanto por el hecho de mi traslado cuanto por el desamparo en que quedaban mis hijos y, especialmente, mis hijas religiosas.

¡Ah, sí! Una sola cosa me intranquilizó algo, y fue el pensar si el apartarme de mis congregaciones pudiese obedecer a quejas que hubiesen dado algunos religiosos. Tal vez por juzgar que pudiese yo perjudicar a mi Orden privándola de vocaciones y limosnas para favorecer a las Congregaciones. Falta que, por la misericordia de Dios, estuve muy lejos de cometer. Pero, claro, a nadie se le va a privar de que piense lo que quiera, aunque luego diga lo que no deba. Ni de que escriba a quien desee, y menos siendo ministro provincial. Como tampoco se puede evitar que haya personas de pensamientos tan bajos que ni siquiera les lleguen a la cabeza.

Por lo demás, mira, las crucecitas que unos a otros nos ofrecemos muchas veces, sin quererlo ni pensarlo, son los medios de que el Señor se vale para labrar nuestra santificación. Pues nos quiere el Señor mártires, a los religiosos, con martirio lento que unos a otros nos damos y, por lo regular, sin quererlo ni pensarlo, como digo.

—¿Y la vida de los institutos en sus comienzos?

—Bueno, la verdad es que la fraternidad llevaba una vida sobria y sencilla. Entre todos los religiosos existía un espíritu evangélico, piadoso y fraterno. Y, como en la primitiva comunidad de Jerusalén, el Señor agregaba cada día a los que se habían de salvar. Por lo demás las diarias crucecitas del trabajo o la incomprensión —que haberlas, habíalas— proporcionaban cohesión a la fraternidad. El bienestar material, en cambio, más bien distancia y resquebraja.

Mira, chico, yo venía observando que un edificio es sólido cuando cada elemento niega al menos tres de sus caras. Y por esto quise para mis hijos un espíritu ascético y penitencial, que los capuchinos llamábamos desapropio de uno mismo.

Pero, la verdad sea dicha, en los comienzos eran muchos los que ingresaban y varios, sin

embargo, retrocedían también del camino emprendido. Se les hacía pesada la austeridad de la vida religiosa y muy duros los efectos de la santa pobreza. Y esto me llenaba de dolor, ¡cómo no!, de inmenso dolor.

—¿Y el cólera del año 1885?

—Aquel año, desde luego, pintaron bastos. El cólera, como tú sabes, nos probó más de lo que fuera previsible. Y días hubo en que la mayoría de los religiosos estábamos en cama. ¡Qué mal lo pasamos todos! Y por si fuera poco la solicitud constante por las demás iglesias, como diría Pablo, que me absorbían más día a día. Pues...

A mi diaria solicitud por la fraternidad de la Magdalena, en la que éramos más de ochenta, se vino a sumar el bloqueo al convento, que vivía de limosna. Y a esto, mi atención constante a las religiosas. Y la confusión que yo sentía al verme tan joven al frente de una comunidad tan numerosa y venerable. ¡Ah! y la muerte de cuatro de mis capuchinos, y otras tantas de mis religiosas.

En tan duro trance el Señor me hizo probar el sentimiento de la impotencia. Y la soledad del corredor de fondo. Tanto que, por la grande excitación nerviosa, perdí totalmente el apetito y cuanto veía y oía todo me trastornaba. De tal

modo que casi me desvanecía. Y es que en la vida hay pocos trances tan duros como cuando te atenaza el dolor de los otros y te ves impotente. Cuando te sientes responsable y no puedes reaccionar. O cuando te ves sumergido en noche oscura sin atisbar siquiera un amanecer cercano.

Entonces una comezón se te mete en el estómago. Y en la boca se te hacen buches de agua agria que tragas sin querer. Hasta el caminar se te vuelve más pesado e inseguro. Y una soledad angustiosa se te agarra a tu interior. Entonces percibes que sólo la fe es tu guía. Y comprendes que en Dios sólo está la salvación. No recuerdo haber llorado nunca como en aquellas noches largas, interminables.

—Alguien dijo, padre, que vida en que no se vierte una lágrima es como desierto donde no cae una gota de agua. No cría sino áspides...

—Puede ser, puede ser. De todas formas yo no estoy muy seguro de esto. Pues el llamado don de lágrimas —del que por lo demás yo nunca creo haber gozado— me parece más fruto de la psicología humana que gracia divina. Lo que sí es cierto es que en tan afflictiva situación, y considerando yo lo mucho que debía agradar al Señor el progreso siempre creciente de la Tercera Orden, aumentada hacía poco con la fundación de la Congregación de Religiosas Terciarias,

ofrecí al Señor... completar la obra con la fundación de una Congregación de Religiosos Terciarios que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos.

—O sea, la Congregación de Terciarios Capuchinos fruto de un voto o promesa, ¿no?

—Sí. En cierta forma sí. Ya que, no lo olvides, las grandes obras se abren siempre con un prólogo dolorido; y las grandes funciones, con una obertura solemne.

Por lo demás en vida, como ves, el Señor me hizo probar los sufrimientos de la cruz, pedacitos de calvario. Pero pronto asumí que es el medio de que se vale el Señor para esponjar las almas de sus elegidos.

¡Ah! y así se lo recordaba yo paternalmente a mis religiosos: «No cabe duda de que unos a otros nos hemos de servir de cruz, pero así lo dispone el Señor para nuestra santificación; y hemos de llevarla con resignación, y hasta con alegría, pues con ella hemos de ir al cielo».

Y les presentaba esta quintilla:

«Sin cruz no hay gloria ninguna,
Ni con cruz eterno llanto.
Santidad y cruz es una.
No hay cruz que no tenga santo
ni santo sin cruz alguna».

8. Espíritu y vida

Mi padre San Francisco decía que tomásemos el evangelio a la letra, sin glosa alguna. Y también, que lo anunciásemos al pueblo con pocas palabras. Con la fuerza persuasiva del ejemplo, más que con sutileza de palabras. Pues que esto conviene al Señor.

Yo, Luis de Masamagrell, así lo creí siempre. Y así lo hice siempre también. Y, a ejemplo de mi padre San Francisco, nunca me precié de saber cosa alguna sino a Cristo y Cristo crucificado. Porque, como escribe Celano, ¿quién podrá expresar, quién entender siquiera cómo se gloriaba el Seráfico Padre únicamente en la cruz del Señor? Así que cuando pensé en completar la obra de mis Terciarias Capuchinas con la fundación de mis hijos, que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos, enseguida me puse a escribir unas Constituciones. Eso sí, pedí consejo, medité y oré al Señor. Pero enseguida escribí las Constituciones. Vamos, que fui derecho a lo práctico.

Tenía ya entonces una idea muy clara: que Cristo es el principio, camino y meta de la vida religiosa. Y que la esencia de la consagración es

el seguimiento de Cristo. Afortunadamente para mí así me lo vino luego a confirmar el Concilio Vaticano II. Posteriormente se ha dado en hablar de forma de vida, de propositum, de sequela Christi y no sé cuantas cosas más. Total, ganas de echarle caireles a lo sencillo. Complicar lo que de por sí pide ser claro y transparente, como los ideales. Vamos, digo yo.

Por esto pensé que lo importante era configurarse con Cristo, con su ser y con su obrar. Él, que convivió en medio de los hombres, con su doctrina y ejemplo nos enseñó prácticamente a vivir las parábolas de la misericordia con la libertad de los hijos de Dios. Que también estos extremos ha venido a sancionar luego el mejor estilo conciliar.

Por otra parte Cristo envolvió toda la creación en el pecado, para tener misericordia de todo. Para mantener al hombre en la humildad. Y para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor, como dice el Apóstol. Y con su vida fijó la primacía del amor para que, libres como Francisco, todos fraternalmente unidos, consigamos para todos la libertad de los hijos de Dios. Sinceramente, yo percibía en estas sencillas palabras del evangelio, y en el testimonio de mi padre y fundador, la esencia de la vida religiosa franciscana: seguimiento literal de Cristo, fraternidad,

minoridad, espíritu misericordioso... ¿Acaso el testamento del Señor no es el testamento del amor, la misericordia y la libertad de los hijos de Dios?, me decía yo. ¿Acaso Francisco de Asís no fue pobre y libre, humano y misericordioso como el que más? Y esto me lo repetía yo a solas una noche, y otra y otra...

Así que, en los años de 1887 y 1888 yo, Luis de Masamagrell, ya algo más libre de atenciones, pude dedicarme con mayor asiduidad a escribir las constituciones. Y las escribí estimulado no poco por aquellos buenos hermanos de la Orden Tercera que, deseosos de seguir más perfectamente el espíritu y las huellas de Nuestro Señor Jesucristo, y de su fiel imitador nuestro padre San Francisco, se obligan a más y mayores cosas.

Así que, partiendo de la caridad, alma de las demás virtudes, y sin la cual no hay perfección posible, me dispuse a fundar otro instituto que hermoosease la iglesia de Dios. Pues que son éstos escuelas de perfección.

Y, a propósito, no comprendo por qué actualmente se silencia la vida religiosa como camino de perfección, cuando el Señor dijo: «Seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo». «Sed perfectos, como vuestro Padre

celestial es perfecto». Que lo demás, me parece a mí, son ganas de bajar el listón de las exigencias y no dar la talla.

Así que a mis hijos les destiné inicialmente al servicio de los hermanos en vida apostólica. En vida mixta decíamos entonces. Tanto más perfecta cuanto es más conforme con la de Nuestro Señor Jesucristo. Y les destiné a la instrucción de adultos y párvulos en ciencias y artes; al servicio de los enfermos, en especial a domicilio; y al régimen y dirección de cárceles.

¡Ah! y para que conservasen el necesario equilibrio entre acción y contemplación les dije: «ocúpense, sí, en el servicio de sus hermanos. Mas, no olvidando que el verdadero amor al prójimo no puede existir sin el amor de Dios, y que el mejor medio de hacer bien a los otros, es el de estar bien llenos del espíritu del Señor, que es caridad. Y este espíritu se adquiere en las prácticas de devoción, especialmente en la de la oración».

¿Acaso—pensaba yo en mi celdita del convento de la Magdalena—acaso los hermanos no han de aspirar sobre todas las cosas a poseer el espíritu del Señor y su santa operación? Bueno, además esto me parecía lo normal. También lo pensaba y lo decía mi padre San Francisco, ¿no?

¿Que qué espiritualidad quise para mis hijos? Naturalmente, siempre deseé para mis religiosos el espíritu franciscano. Pues me parecía a mí entonces que nada hay tan justo y puesto en razón como que un hijo reproduzca en sí mismo la imagen y las virtudes de su padre.

Por esto siempre procuré que siguiesen la pobreza y humildad de Nuestro Señor Jesucristo. Que entre ellos no hubiese clases, sino fraternidad. Que nadie desease ser mayor, sino todos menores, sencillos, apacibles, modestos, humildes y fraternos. Que entre ellos el que mandase fuese el menor, ministro y servidor de sus hermanos. Pues que así debe ser: que el ministro sea el servidor de sus hermanos, y que el que manda sea como el que sirve. Y con el nombre de ministros designé a los primeros superiores del instituto.

Tan sólo para servicio de la fraternidad, como permitió también mi padre San Francisco en su tiempo, y especialmente para atender a los jóvenes reformandos, permití el acceso de algunos de mis hijos al ministerio sacerdotal. Pues, gracias al Señor, tenía entonces muy claro que, en atención al ministerio apostólico a que destinaba el instituto, los hermanos coadjutores deberían ser los más. Y así lo consigné en las primeras constituciones que escribí.

Sabes que a Francisco de Asís, en su tiempo, no le comprendieron en Roma. Tampoco a mí me entendieron, a pesar de haber insistido tanto. Aún a trueque de ser importuno. Y tan sólo me quedó el ofrecer a la iglesia el obsequio de mi obediencia franciscana. Pero es que ni siquiera ahora, luego de un concilio y de la promulgación del código de derecho canónico. Y nuestra amada congregación sigue mostrando su cariz clerical.

Y sin embargo nada tan extraño y curioso, creo yo, como una congregación franciscana con clases y el sacerdocio como rango. No obstante en el principio ni lo quise así, ni fue así. Ya que siempre deseé que se fundara sobre la base de la fraternidad, la minoridad y el servicio.

¡Qué quieres que te diga! Desgraciadamente esta distinción sembró en el seno del instituto la incomprensión primero, y la división después. Sin embargo yo deseaba la fraternidad de mis hijos, tanto como Francisco pudo desear la de los Menores, a quienes reunía en la Porciúncula una vez al año para tratar de las cosas que cumplen al servicio de Dios. Y para ver, al amparo de la Señora, el mejor modo posible de observar la Regla.

Y de tal modo fue así que, recuérdalo, también yo encomendé a mis hijos a la protección de

Nuestra Madre de los Dolores, bajo cuyo manto nació nuestra amada congregación, para que consolidase la paz y unión fraternas.

Y en los momentos de dificultad, como hacía mi Seráfico Padre en la Porciúncula, tuve que invitarles a entrar en razón: «unámonos en el santuario del corazón dolorido de nuestra Madre —les recomendé encarecidamente— y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los ministros luz y acierto en sus disposiciones; y a los súbditos unión, celo y sumisión».

Por lo demás conocía yo muy bien, gracias a Dios, que donde quiera que estén y se hallaren los frailes, cada uno cuide y ame a su hermano como una madre cuida y ama al hijo de sus entrañas en todas las cosas que el Señor le concediere. Pues que así debe ser. ¡Cuánto más quien ha sido constituido padre y ministro de los hermanos cobijará a sus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas el día de la tormenta...!

Además otra idea tenía yo clara antes de la fundación. Y era la siguiente: si la congregación nacía de la Orden Tercera, había de participar del espíritu penitencial de aquélla. No tanto de su espíritu ascético, en que ha venido a caer con demasiada frecuencia. Pensaba yo entonces que

había de estar fundamentada en el servicio evangélico. Y dicho servicio exige al hermano un constante cambio en la forma de pensar, de vivir y de actuar para poder ofrecer un servicio siempre fresco y siempre nuevo. La ascesis acartona, la penitencia purifica. Ésta es gozosa, áquella es adusta, pensaba yo. Y por eso siempre quise ver en mis hijos el espíritu festivo de los «Penitentes de Asís». El espíritu primero de Francisco y los suyos.

No podía tampoco olvidar que donde quiera que los hermanos estén, y a cualquier parte que vayan por el mundo, no deben litigar, ni se traben en discusiones, ni juzguen a los demás. Sino que han de mostrarse siempre alegres, jubilosos y oportunamente gozosos en el Señor. Y en servicio de los hermanos se esforzarán por manifestarse transparentes, menores y evangélicos.

Yo creía que, entendida de este modo la forma de vida del instituto, nunca se daría oposición entre estructuras y carismas. Pues que unas y otros son gracias del Señor para edificación de la fraternidad. Pero bien pronto la vida misma se encargaría de manifestarme, con el inapelable lenguaje de los hechos, la inconsistencia de mis ilusiones.

Es verdad también que yo no puedo decir, como decía mi seráfico padre San Francisco, que

el Señor me dio hermanos, no. Pues nunca compartí con mis hijos la comunidad de vida y de misión. Pero sí que día a día el Señor iba agregando al grupo de los hermanos a los que iba a salvar. ¡Bendito sea el Señor en su bondad y misericordia!

En los comienzos, pues, y en el idealismo de mi juventud tenía yo muy claro el espíritu que deseaba animase la vida en fraternidad de mis religiosos. Menos claro tenía el ministerio apostólico a que deseaba se dedicasen. Pero el Señor se encargaría de aclarármelo. Pues, en su Providencia infinita, muy pronto me indicaría que les destinase al ejercicio de las obras de misericordia, especialmente con los jóvenes extraviados. Obras preferentemente espirituales: enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha menester...

Por lo demás sabía muy bien que para esto han sido llamados los hermanos y hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados, para alabanza del Señor, amén. Que éste fue también el propósito del Seráfico Padre al fundar la Orden de Hermanos Menores.

Es posible que al llegar a este punto, si has tenido la paciencia de seguirme atentamente,

me taches de idealista. De iluso tal vez. Tal vez, incluso, de soñador. Pero bien sabe Dios que yo no fui hecho para elucubraciones estériles, sino que más bien propendí siempre a lo ordenado y concreto. Que el Señor me concedió la gracia —que no agradeceré lo bastante— de haber tenido padre abogado y de ser un espíritu práctico. De todas formas comprenderás que de vez en cuando se hace necesario elevarse sobre lo prosaico de la vida. Elevarse sobre el intrincado bosque de la cotidianidad, como decís ahora (¡anda que la palabreja se las trae!), para abrirse a horizontes de inmensidad.

Por otra parte lo evangélico es la paradoja. Recuerda si no: si el grano de trigo no muere, no produce fruto. Quien quiera ser el primero sea el último y servidor de los demás. Sin muerte no hay resurrección, ni redención. Si quieres venir en pos de mí, renúnciate a tí mismo. Quien gane su vida la perderá. Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Bienaventurados los pobres, los mansos, los humildes, los pacíficos... ¿Acaso el idealismo no es también una forma, acaso la mejor, de realismo? ¡Ay, mi buen D. Miguel de Unamuno, maestro de la paradoja, qué perspicaz eres!

De aquí concluí yo que los grandes ideales, como la semilla evangélica, no brotan en terreno

cultivado con otras especies. Son demasiado bellos. Y éstas les sofocan. Además te diré, tengo para mí que hoy lo material, lo útil, lo de utilidad inmediata, va ocupando el lugar de vuestra fe. Y sin fe, comprenderás, no se edifican catedrales. Habéis sustituido demasiado apresuradamente ideales de juventud con seguridad de vejez. O, al menos, con certezas de madurez. Y es hora ya, se hace preciso, elevar las miradas a lo alto. Retomar el curso de la vida. Que el cielo y las estrellas nos esperan.

¿Por qué andamos miopes por la vida, a tientas? ¿Por qué no elevamos el vuelo, por lo menos el de la ilusión? ¡Ay!, perdona, hijo. Pero es que ya se me están yendo las burras a los sembrados, como en el caso de David. Pero te prometo que la próxima vez seré caminante de a pie, humilde peregrino, ciudadano de tierra firme. Y si no, ya lo verás.

9. Idea fundacional

En mi anterior capítulo te prometí para el presente ser hombre de tierra firme, caminante de a pie, concreto, práctico. Y, ¡nobleza obliga! Por eso permíteme que eche pie a tierra. Que así se lidian los hechos cotidianos, y las ideas florecen en las más bellas realizaciones. Que si no es lógico disparar primero y apuntar después. A fe mía que mucho menos lo es pasarse la función templando, como los músicos de Lumpiaque. Vamos, digo yo.

—Y dices bien, caro padre. Que las ideas, sin encarnarse en las circunstancias, no pasan de ser entes de ficción.

—Bien, sea de ello lo que fuere, creo que es conveniente remontarnos a las fuentes, que es donde se hallan las aguas más transparentes y cristalinas. Lo cierto es que el siglo XIX español posibilitó el florecimiento de congregaciones religiosas. Y brotaron muchas. Existía una religiosidad popular estupenda, avivada por un numeroso clero secular. Había mucha pobreza y lacras sociales. Y, como estructura familiar, aún se conservaba la familia numerosa, de tipo patriarcal.

—Pero esto no basta, padre, se necesita...

—No basta, es verdad. Se necesita mucho más. Pero era la base, y una base sólida. Y supimos aprovecharla. Por lo demás yo conocía muy bien que lo que no se hace en un momento, no se hace en una eternidad. Que el tiempo pasa. Por otra parte las posibilidades de vida entonces eran muy reducidas. Y había que aferrar el momento presente, ¿sabes?

Ya desde niño me dio el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que mis juegos eran de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas, costumbre que tuve hasta bien mayor.

—Bueno, ¿y eso, qué?

—Sencillamente, que la idea final yo la tenía muy clara y distinta, que diría Descartes: ser sacerdote. Y no era cuestión de pasarse lo mejor de la vida templando, como los músicos de Lumpiaque. Por ello, ya de pequeño, a los once años, me fui a estudiar al seminario. ¡Como para que vayáis ahora diciendo que para seguir la vocación se requiere mucho juicio y conocimiento... y qué sé yo cuántas cosas más! No, no y no.

Pues bien, esto fue en septiembre de 1866. Y, enseguida, con los seminaristas mayores, íbamos a visitar las barracas, y la cárcel, y el hospital...

Y te advierto que el contacto con el herido, el encarcelado, el extraviado, no me resultaba nada fácil. ¿Recuerdas lo de Francisco y los leprosos, entre Asís y Nuestra Señora de los Angeles? Que toda misión es para algo. Y nace de una experiencia personal en respuesta a una necesidad social.

—Y, ¿qué tiene esto que ver con la idea fundacional?

—Ten paciencia y comprenderás. Que si no es la idea fundacional, de lo que no estoy muy seguro, tal vez sean sus raíces más profundas, lo cual no es poco.

De todos modos sí te puedo decir que mi primera experiencia la tuve en Valencia. Cuando ingresé en la Escuela de Cristo. La Escuela tenía por constitución visitar la cárcel en Navidad, Cuaresma y la Porciúncula. Tres fechas bien franciscanas, ¿no?

Luego, deseoso de mayor perfección, ingresé en la Orden Tercera. Y, durante mi primer año de teología, hice el noviciado. Entonces me dediqué más de lleno al ministerio específico de la misma. Pues yo siempre pretendí para mí una sólida formación franciscana. Formación que se adquiere por contagio, en fraternidad. Y que es eminentemente práctica.

Y, claro, comencé a visitar con mayor asiduidad a los presos del penal de San Agustín y el de las Torres de los Serranos. Les llevábamos el consuelo de la paz y el bien, lo único asequible a los bolsillos de los pobres. Les obsequiábamos con muy buenas lecturas, que se recogían en los buzones de las iglesias. Y visitábamos también el cercano hospital. Los jóvenes teólogos repartíamos la comida a los enfermos. Y procurábamos arreglarles corporal y espiritualmente.

—¿Y la catequesis? ¿Y las escuelas profesionales? ¿Quieres explicarlo?

—¡Ah!, sí. Las tardes de los sábados acudíamos al taller de ebanistería de Don Gregorio Gea. Lo había instalado en la calle de Salinas, junto al Portal de la Valldigna. Allí el maestro nos enseñaba algo de artes y oficios. Y con él preparábamos la catequesis dominical en el colegio de San José. ¡Qué gran hombre Don Gregorio! Hasta más de noventa seminaristas llegó a albergar en su colegio San Francisco, en la calle Beneficiencia. ¡Y cuidado que aquellos eran años de miseria...! Con él tiene contraída Valencia una gran deuda de gratitud.

Los domingos, luego de la catequesis y la misa, teníamos nuestro rato de esparcimiento en

los descampados de la Pechina, junto al Turia. Y, el buen hombre, nos obsequiaba con cacahuetes e higos pasos. Que a mí, la verdad, me sabían a gloria. No le daba para otras gollerías su humilde oficio de artesano, pero para nosotros lo eran.

—...recuerdos de juventud...

—¡Eh!, sí. Recuerdos de juventud. Para estas fechas frisaba yo en los veinte años, y me encontraba huérfano de padre y madre. Don Gregorio, y especialmente don Francisco Pérez Montejano, se esforzaron por sustituir a mis padres. ¡Como si eso fuera tan fácil...! Pero sí, aquella vida mía me hacía recordar la de mi padre San Francisco. «Ya no llamaré padre a otro alguno», me decía como él.

Y venía a mi mente su abrazo al leproso, sus retiros al eremitorio de las cárceles, su meditativo silencio en el bosque de Santa María de los Angeles, sus visitas al cercano hospital de Asís. Y todo me recordaba los días azules de la Umbría, la apacibilidad de Fuente Colombo, el silencio de Monte Subasio o el retiro del Alvernia. A pesar de que no tenía noticias de estos amables lugares franciscanos sino por los libros. Luego tendría el gozo de visitar algunos de ellos...

Y es que, a los veinte años, todo ambiente resulta delicioso. La vida a esa edad se muestra amable. Y la franciscana sencillez se me iba agarrando a los repliegues del espíritu y calaba hondo en mi corazón. Ya ves, a mis años, y todavía lo tierno que me estoy volviendo.

No obstante, a pesar de ello, me atraía asimismo la vida cartujana.

—Has dicho antes que la idea fundacional la tenías clara. El ministerio apostólico a que destinabas a tus hijos, bastante. Y, ¿la fundación? ¿Cómo fue la fundación?

—Nuestra amada congregación de Terciarios Capuchinos nace como rama de la Tercera Orden seglar. No olvides que yo era el Comisario.

El progreso, siempre creciente, de la Tercera Orden y el deseo de mayor perfección, impulsó a algunos a la vida común. Que, ya se sabe, en momentos de especial dificultad suelen florecer los más bellos sentimientos en el corazón humano.

Y, sin que yo diese publicidad a mi idea y proyecto, enseguida se esparció la noticia, y empezaron a presentármese jóvenes, solicitando ser admitidos a formar parte de la nueva Congregación. Sin duda atraídos por el fin de

ocuparse en la instrucción y moralización de los penados, idea que a todos fue muy simpática.

—Y, ¿la primitiva fraternidad?

—Bueno, entre los primeros hermanos no había muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas. Que así fue también en la primitiva fraternidad cristiana. Y los que había ni siquiera llegaron a vestir el hábito franciscano. No ocuparán puesto alguno en la historia. ¡Bendito sea el Señor en sus designios!

—Y los otros... ¿qué fue de los otros?

—¡Beh!, de los que ingresaban al principio también muchos retrocedían del camino emprendido por hacérseles pesada la austeridad de la vida religiosa. Y muy duros los efectos de la santa pobreza. ¡Dios sea por siempre bendito! De todos modos mi padre, Francisco de Asís, para dar comienzo a la obra de su Señor contaba con doce discípulos. Y yo podía ya contar con catorce, lo que no estaba nada mal.

A quien me preguntaba entonces por los medios con que yo contaba para hacer la fundación, le respondía que tan sólo contaba con la Divina Providencia, única en la que confió también mi Seráfico Padre San Francisco para

fundar la Orden. Pero también cierto es que el Señor —que hasta de las piedras puede sacar hijos de Dios— no suele excederse en hacerlo. Ya nos dotó de la luz de la razón como primera Providencia. Tal vez sea por el respeto que profesa a la libertad humana... O para que el hombre puede sentirse responsable... O tal vez, ¡quién sabe!, para concederle la pequeña felicidad de que pueda merecer. Lo cierto es que de la primera vestición de hábito tan sólo dos de mis hijos morirían vistiendo el sayal franciscano.

¡Los demás tampoco pasarán a la historia!

—Y en seguida a Madrid, ¿no?

—Sí, claro. En seguida a Madrid. La Divina Providencia nos abrió las puertas de la propia misión en la Escuela de Reforma de Santa Rita. Fue el camino que nos hizo recorrer para despegarnos de nuestra tierra y de la casa paterna. Como en el caso de Abraham, fue un camino de fe, desarraigo y peregrinación. Camino que tuvimos que recorrer con dolor, pero que nos redimió. Supuso nuestra apertura a la universalidad.

Precisamente el 24 de octubre, día de San Rafael, del 1890 hacen su profesión mis primeros diez y nueve religiosos. Demasiados como para que todos perseverasen. De lo bueno

no dan tanto, me comentaba uno de ellos, tal vez para mantenerme en humildad. Y antes de acabar ya el mes, el día de san Miguel del mismo año, tomamos oficialmente posesión de la Escuela de Reforma de Santa Rita. ¡Bendito sea el Señor en sus misericordias!

Un grupito de Hermanos, pundonorosos, valientes, fue la base de aquella institución, que luego fue y ha sido siempre, como sabes, la más importante fundación de la Congregación. Aquellos Hermanitos, puedo afirmar, no eran religiosos de muchas ideas, pero eran religiosos y las que tenían eran precisas y claras. Y el espíritu de amor y de sacrificio gobernaba todos sus actos.

—Y los niños, ¿qué clase de niños acogió la Institución?

—¡Ay, los niños! Apenas se abrió la Escuela comenzaron a cruzar los umbrales del centro chicos de la calle, golfillos de la ciudad, jóvenes expulsados de otros centros educativos; pícaros sin más techo que el cielo de Madrid, desarra- pados sin conciencia, turbulentos sin escrúpulos ni moral; pilletes desaprensivos, inquilinos de diversos centros carcelarios, maleantes de la calle Carretas y Plaza Mayor; desarra- pados en busca de protección y con más hambre que el

perro de un señorito, como se decía entonces. Y, en fin, toda una larga serie de canijos y harapientos que pululaban por aquel Madrid deleznable de finales de siglo.

¡Qué algarabía los primeros días! ¡Qué algarabía!

—Y, ¿el Jai Alai?

—Sí, la idea de levantar un frontón en el centro no sé a quién se le ocurrió. Pero que fue una idea ciertamente luminosa, sí. No cabe duda. Y que nos evitó muchos problemas. Pues pronto los niños pobres del barrio comenzaron a frecuentar el frontón. Y luego de algún tiempo creamos una escuelita nocturna para ellos. Era una manera de poder impartir instrucción elemental y catequética a los niños pobres de Carabanchel. Que, en verdad, lo eran casi todos. Pues yo insistía en que era necesario continuar la obra de propaganda con los niños del barrio. Esto contribuiría —pensaba yo— a hacer simpática y popular la misión apostólica de los religiosos.

—Y, ¿qué dirección tomó el centro? Quiero decir, ¿qué clase de institución era la Escuela de Santa Rita?

—Bueno, con el tiempo y serenadas ya las aguas, el centro se convirtió en la Escuela de

Reforma de Santa Rita, para instrucción y moralización de jóvenes extraviados, con problemas de conducta. Internos, claro. Y la escuelita nocturna prestaba también muy buenos servicios para la instrucción y catequesis de niños pobres del barrio. Era una forma de prevención, de la que teníamos necesidad. Luego la Escuela fue tomando vuelos, y hasta los literatos de entonces la mencionan en sus obras.

¡Ah! tengo que decirte que, de uno de los que pasó por la Escuela, creo que acaba de ser introducido su proceso de beatificación, lo que, como comprenderás, me llena de santo orgullo. Que de esto no podía por menos de enterarme aquí arriba. Esto muestra que mis hijos educaban religiosamente, moralizaban en la Escuela, como entonces decíamos.

—Y del sistema pedagógico amigoniano, ¿qué me dices, padre Luis?

—Bien. Por hoy no te digo nada más. Pero hablaremos otro día. Tal vez en algún capítulo siguiente, ¿no te parece?

10. La cuestión amigoniana

¡Qué quieres que te diga! Como ya te referí, yo, Fray Luis de Masamagrell, siempre quise que mis hijos siguieran la pobreza y humildad de Nuestro Señor Jesucristo. Que entre ellos no hubiese clases, sino fraternidad. Que nadie desease ser mayor, sino todos menores, sencillos, apacibles, modestos, humildes y fraternos.

Y sumamente simpáticos...

¡Como si eso fuera tan fácil!, me dirás, ¿no?

Pues sí, además también quise que entre ellos el que mandase fuese el menor, ministro y servidor de la fraternidad. De tal manera que los hermanos puedan hablar y tratar a sus Ministros como los señores a sus servidores.

Pues que así deberá ser —creo yo— que el ministro sea el servidor de los hermanos y que el que manda sea como el que sirve. Que hasta el evangelio lo dice.

¡Ah! pero también a los súbditos les escribí algo importante. Que se pusiesen como niños en las manos de la santa obediencia, no teniendo juicio contra ella ni concediendo demora o tardanza en su cumplimiento.

Pues que deberán arrojarse con alegría en brazos de la obediencia santa y en ella abandonar todos sus cuidados.

Pues, gracias a Dios, conocía muy bien por la historia de las Órdenes que la obediencia es la base de la vida religiosa, sin lo cual no hay más que confusión y desorden, lo cual lleva a los institutos a una muerte segura. Que por esto deseé que la fundación se levantara sobre los pilares de la humildad, obediencia y servicialidad franciscanas.

Pues, a pesar de eso, la realidad posterior fue que el descontento vino a empañar la vida de la primitiva comunidad, como no podía ser de otro modo. Y, total, por un quítame allá esas pajas. Que siempre las divisiones vienen por eso, por cuestiones mínimas de justicia, que no de caridad.

Y lo peor del caso fue que lo que yo legislaba como novedad del instituto, vino a convertirse con el tiempo en piedra de escándalo para los más débiles. Con lo que vine yo, indirectamente, a tener parte en la desunión de mis hijos.

Lo cierto es que a mi edad, a mis treinta y tres años de entonces, yo, Fray Luis de Masamagrell, no andaba sobrado de experiencia. Y a esa edad fue cuando yo escribí las constitu-

ciones para la fundación de los Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.

Tenía yo entonces muy claro que el Señor no distingue a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la de sus obras. Ignoro que mis hijos lo tuvieran tan claro.

Por esto—¡ay pecador de mí!—se me ocurrió escribir que la Congregación se compondrá de Religiosos sacerdotes y de Hermanos Coadju-tadores aunque, en atención a las obras a que se dedica el instituto, estos últimos deberán ser los más. Pero, en cambio, reservé los cargos de Superiores Mayores para los sacerdotes.

Andando el tiempo (esto de andar el tiempo nunca lo entendí pero, vamos, dicen que anda y así lo digo yo también; otros dicen que corre), andando el tiempo, digo, vino a convertirse en piedra de escándalo y cuestión amigoniana. Porque mis hijos, lo que siempre ocurre por lo regular si no se tiene mucho espíritu de mortificación, deseaban servir al instituto, pero preferentemente desde la cúpula del mismo. Y, sea por el afán de fidelidad a mi pensamiento, sea por el sano deseo de intentar interpretar su posible evolución en el tiempo, más de una vez hicieron chirriar hasta las estructuras espiritua-

les del mismo. Que, dicen, es lo que menos chirría, al menos externamente .

¡Y ésta es la llamada cuestión amigoniana...!

Por si esto no fuera suficiente vinieron a remover la poco feliz formulación de mis Constituciones las posteriores normas de la Santa Sede. Me refiero, naturalmente, a las del 28 de junio de 1901. Pues ellas, y sólo ellas, me obligaron a cambiar el fin del instituto y a modificar mi primera idea, de instituto laical en clerical.

Por esa época frisaba yo en los cincuenta años y me encontraba en el convento de Orihuela. Allí desempeñaba el ministerio de guardián, consejero provincial y atendía a mis hijos siempre y cuando me lo pedían. ¡Que más de un viaje realizó el benemérito P. José de Sedaví para consultar conmigo asuntos referentes a mi Congregación.

Lo cierto es que las benditas normas de 1901, en su deseo de poner orden, levantaron gran polvareda. Y mis hijos, especialmente los más débiles, sufrieron en sus carnes los efectos. Especialmente los Hermanos Coadjutores. Que, como bien sabes, ¡ay, y otra vez ya también te dije!, la sogá quiebra siempre por la parte más débil, y el carro entorna por la más flaca.

La Iglesia, Roma, no admitía sino dos categorías de institutos religiosos: laicales o clericales. Y el nuestro, por el seguimiento literal de Cristo, era ambas cosas a la vez. A regañadientes hubimos de optar por lo de instituto clerical. Y aquí se acentuó una vez más la cuestión amigoniana.

Pues el P. General, que lo era el bondadosísimo P. José M^e de Sedaví, deseaba, con la mejor buena intención y voluntad, acomodar prontamente el instituto a las normas.

¡Deseaba tanto la aprobación definitiva de las Constituciones!

El P. Domingo de Alboraya, en cambio, era más propenso a restaurar el primitivo espíritu que yo quise para el instituto.

Y yo, Fray Luis de Masamagrell, intentaba armonizar ambas situaciones: obediencia al señor Papa —que en esto yo siempre fui muy franciscano y muy cuidado— pero manteniendo al instituto en su primer carácter laical.

Hubimos de ceder, que siempre hay que atar el asno al árbol que desea el amo. Y entonces en Roma lo querían así. Y, a decir verdad, creo que no ha cambiado mucho de modo de pensar desde entonces.

En los años sucesivos la división entre mis hijos se fue acrecentando. Los puntos de vista personales se fueron distanciando. Entró, incluso, de por medio algún seglar bien intencionado. Y yo fui elegido Administrador Apostólico de Solsona. Indudablemente comprenderás que la distancia misma era ya un óbice que no me podía facilitar el entendimiento, ni aminorar el distanciamiento de opiniones.

Yo creo que lo que se ha dado en llamar cuestión amigoniana —que haberla haila, claro que sí— nace de una incongruente formulación de las Constituciones primeras, a la que vino a añadirse una diversa idea en cuanto a la adecuación de las constituciones a las Normas.

Por otra parte éstas no fueron suficientemente conocidas. Más aún. Yo creo que hubo un cierto excesivo interés en que no lo fuesen. Y tal es así que cuando el entonces superior general, el sabio y bondadosísimo P. José M^a de Sedaví, se mostraba reacio a permitir el acceso de los Hermanos Coadjutores al sacerdocio o no otorgaba fácilmente el santo hábito a los aspirantes, se le tildó de falta de interés por la Congregación, cuando realmente no hacía sino poner por obra normas de la Santa Sede para clarificar y cimentar sólidamente el instituto.

Y llegó el 1907. Había interés, como recompensa a los méritos y trabajos de mis religiosos en la Escuela de Santa Rita, en elevar al episcopado al P. General, o en todo caso al Director de la Escuela. Amablemente, por parte de ambos, declinaron el honor en mi persona, como fundador. Claro que esto lo vine a saber después. Y este fue el motivo de mi elevación al episcopado. Que también en esto se echa de ver la providencia del Señor y la grandeza de ánimo por parte de mis hijos.

Ignoro si esto contribuyó, en modo alguno, al distanciamiento entre algunos de ellos. Que todo pudo ser. Lo cierto es que las relaciones fraternas se fueron enconando por varios años aún. Incluso yo mismo tuve que escribir dos cartas a Roma en las que, sea tal vez por lo sesgado de la información que yo poseía, sea porque quizá no fui yo lo bastante prudente, lo bien cierto es que posiblemente acentué los tonos en demasía.

¡Qué le vamos a hacer! ¡Sea todo por el amor de Dios!

Que bien sabe el Señor que en esto me guié, como en todo, por el amor a mis hijos y a la Congregación que el Señor tuvo a bien fundar por mi persona.

Lo cierto es que vivimos algunos años de descontento. Se resquebrajó la fraternidad. Pasaron unos años sin fundación alguna. Y solamente la benevolencia del Señor llevó adelante la Congregación.

Ya comprenderás que yo, como fundador, sufría lo indecible, y apelaba a mi bendita Madre de los Dolores para que consolidase la paz y unión fraterna, tan necesaria para el progreso de esta obra que, me parecía a mí, el enemigo quería minar por sus cimientos.

Yo insistía, como es natural, con ocasión y sin ella: «Unámonos en espíritu en el santuario del corazón dolorido de nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los prelados luz y acierto en sus disposiciones; a los súbditos, unión, celo y sumisión; y, por vuestros méritos, el perdón de sus pecados a este vuestro padre y siervo en Cristo».

De lo que sí estoy cierto ahora es de una cosa. Que en estos casos no es conveniente a los religiosos un temple de acero. Que si una vez se quiebran no hay forma de soldarles. Y, si se consigue, la unión suele ser sumamente endeble y tardía.

Lo que sí te digo es que la historia, siempre tan bella y tan hermosa, nos indica que Dios

está sobre nuestras mismas acciones. Y que hay problemas, como el presente, cuya solución aún se encuentra en el tejado. Esperemos que no lo sea por mucho tiempo.

Y como llegó y pasó el 1907, llegó asimismo el 1908. Aquel año mis hijos tenían capítulo general. Se esperaba la de San Quintín, o la gorda, que para el caso es lo mismo. Yo, como ya te dije, escribí anticipadamente a Roma. Y escribí hasta por dos veces. Para evitar la posible ruina de una obra que, a juicio de todos, estaba haciendo gran bien a la sociedad y dando a Dios mucha gloria.

Lo cierto es que la Divina Providencia, que si hasta se cuida de los lirios del campo y de las avecillas del cielo, ¡cuánto más de sus hijos!, arregló las cosas a su manera. Que es la mejor manera de arreglarlas, si se lo permiten los humanos, claro.

Y en aquella ocasión se lo permitieron.

¡Gracias sean dadas al Señor!

Mis hijos debieron recordar aquel adagio tan sencillo y tan simple que corría de boca en boca por la huerta valenciana: «antes de subir, dejen bajar». Y el relevo en la cúpula de la Orden, perdón, del Instituto se efectuó aquel año con la

mayor normalidad. Y seis años más tarde encontramos nuevamente al P. José M^a de Seda-ví dirigiendo los destinos de mi Congregación, muy a satisfacción de todos, al parecer.

Una vez más la grandeza de ánimo de mis hijos privó en sus actuaciones. Y el amor a la Congregación se impuso al amor propio y a mezquinos intereses. Si bien sus relaciones personales —hay que reconocerlo— no siempre fueron lo cordiales que cabía esperar de ellos.

De todos modos quienes fueron alma y vida del naciente instituto cruzaron ya los umbrales de la historia. Gastaron sus vidas para la mayor gloria de Dios, salvación de las almas, y honra de la Congregación, como yo les recordaba con harta frecuencia. Pero a mí siempre me quedó allí en el fondo, en el último repliegue del alma, una íntima insatisfacción y un interrogante: ¿No motivaría esto una deficiente formulación en las primeras Constituciones?

Y a esto es a lo que considero yo fuente y raíz de la cuestión amigoniana.

11. De Ollería a Ministro Provincial

¡Qué delicia la Ollería...!

En los primeros días de marzo brotan las viñas en zarcillos, y hay ya renuevos olorosos en los olivares, y el frío huye del valle de Albaida. Y el convento capuchino se pone alegre y nuevo. Las brisas del puerto traen el primer olor a tomillo y cantueso, a espliego y romero... Los días son más largos. Y los seminaristas seráficos juegan ya en el huertecillo. Alrededor del mirto grande que plantaron los frailes antes, mucho antes ya, de la restauración. Son días claros. Hace bueno. Es preludio de la primavera. Y los primeros cereales se presentan ya en zurrón, casi a punto de cerner.

Seis años llevaba yo, Fray Luis de Masamagrell, en este convento capuchino. Que fundó San Juan de Ribera en el lejano año del Señor de 1601. Y que dedicó a los santos Abdón y Senén, los santos de la piedra. Y en el que se gozó de la liturgia sagrada, la vida conventual y la paz del claustro hasta bien entrado el siglo XIX.

Me tocó a mí la suerte de reabrirlo. ¡Que algún nombre hay que dar a la Providencia Divina, claro! Y en cuanto a lo de suerte, he de

decir que más bien fue por obra y gracia del P. Joaquín de Llevaneras. De todos modos allá me fui la víspera del día de Todos los Santos de 1886. Y las autoridades me libraron escritura de cesión del convento en fecha 7 del mismo mes y año.

Ollería supuso para mí un calvario. Y tal vez por esto yo amaba este convento más que a los demás. En él tuve la suerte —que no agradeceré lo bastante al Señor— de residir seis años de mi vida. Tal vez una de las etapas más felices de la misma. Concretamente de 1893 a 1899. En él tuve el seminario seráfico, y la Orden Tercera y... una numerosa fraternidad.

¡Qué delicia el convento de la Ollería...!

Cuando llegaban los días buenos, como digo, bajaba yo frecuentemente al pueblo. Y visitaba a mis terciarios en los pueblecillos del valle de Albaida y de Alcudia. Y mis terciarios, los cuartos domingos de mes, acudían al convento como rosario de peregrinantes, entre olivares y la triple fila de cipreses que conduce a la explanada del santuario.

Se dio el caso de que en la Ollería promovimos tanto la Orden Tercera que había más trabajo en la oficina del convento que en la Casa Consistorial del pueblo. Esa era, al menos, la voz

común. Allí gozamos de inviernos benignos, veranos frescos, primaveras y otoños soleados, deliciosos.

El convento tiene todo el encanto de la mansión capuchina, mitad santuario, mitad monasterio, lugar de oración, de retiro y de paz, de lo que siempre se mostró sediento mi espíritu.

Recuerdo que el año de 1898 tocaba ya a su fin. Al convento llegaban noticias del desastre de Cavite. Y de la paz de París. Por pueblos y ciudades iba aumentando el número de harapientos y pordioseros. Eran los supervivientes del desastre del 98. Los últimos de Filipinas. Y por entonces, como digo, algunos de ellos llegaron hasta nuestro convento. Y con ellos llegó también la noticia de la división de nuestra amada provincia capuchina de Toledo.

La verdad sea dicha. Yo trabajé lo indecible por la restauración. De las provincias de Andalucía y Valencia, claro. Pues la restauración siempre fue una aspiración legítima, tanto de los capuchinos andaluces como de los valencianos. Además era convenientísima. Para satisfacción de los religiosos, pues siempre les resulta a los más molesto el tener que residir en conventos que no son de su territorio. Además a los valencianos —y quede esto entre nosotros— la sombra

del Micalet nos resulta muy amable. Que el hombre profesa siempre un amor innato por el país y la tierra que le vio nacer.

Por otra parte las costumbres y caracteres distintos de cada región son motivo de disgustos, por lo regular, si no se tiene mucho espíritu de mortificación.

Yo, Fray Luis de Masamagrell, trabajé, como digo, con entusiasmo en esta tal división. Y procuré facilitarla por todos los medios a mi alcance. Eso sí, bien sabe Dios que nunca me dejé guiar por intenciones menos rectas. Sino por el mejor deseo de facilitar la fraternidad y servir a la Orden. Por lo demás bien claro tenía que cada uno alimente y ame a su hermano como la madre alimenta y ama al hijo de sus entrañas.

Y así lo hice.

Sí, ya sé que luego se ha dado en decir que yo, aprovechándome de mi condición de fabricante de la provincia, edificué conventos en tierras valencianas. Y que luego escribí a los religiosos de mi tierra para que pasasen a los mismos. Y que, cuando disponíamos ya de frailes y conventos suficientes, pedí al Rvdmo. la restauración. Y lo bueno no es que lo dijese, sino que así fue, ¡por qué negarlo! Que sencillez, prudencia y

fortaleza siempre convivieron en mi persona. Así al menos me lo han reconocido. Y lo testificaron quienes me conocieron bien.

Así que en el otoño del año del Señor de 1898 se pidieron pareceres a los religiosos. Y, en la consulta, resulté favorecido con la mayoría de los mismos. Y fui elegido Ministro Provincial, primero de la Restauración. Con lo que hube de salir de Ollería, muy a pesar mío y donde, tranquilo, continuaba yo en el despeño de mi cargo de guardián del convento.

¡Sea todo por el amor de Dios!

Dejé pasar las fiestas navideñas de aquel año, que fueron solemnes en extremo, o al menos a mí me lo parecieron. Tanto que hube de acordarme de lo que decía el Seráfico Padre: «Que en la Navidad del Señor de cada año, los hombres derramen trigo y otros granos por los caminos fuera de las ciudades y castillos, para que, en día de tanta solemnidad, todas las aves, y particularmente las hermanas alondras, tengan qué comer».

¡Ah! en el convento, aquel invierno, echamos miel a las colmenas y les pusimos calor, para que la hermana abeja no pereciera de frío, y alimento, ya que la primavera tardaba en entrar.

Y el primer día del año nuevo, y último del siglo XIX, reuní en el convento capuchino de la Magdalena, en Masamagrell, al discretorio provincial. Que en aquel entonces los consejeros se llamaban discretos.

¡Y a fe mía que bien lo eran!

¿Que por qué fui elegido ministro provincial? La verdad es que no lo sé, ni nunca tampoco lo he sabido. O tal vez, que no tiene explicación posible, pues no es cuestión de pedir porqués a lo que es sencillamente eso, providencia divina. Pero sí, recuerdo que enseguida se me fijó en la mente, no sé si por inspiración divina, Dios lo sabe, lo que decía mi padre San Francisco, «que así debe de ser, que los ministros sean servidores de sus hermanos».

Y en servicio a la fraternidad consumí todos mis desvelos.

También tuve muy presente que el ministro está puesto para facilitar el encuentro de la voluntad de Dios sobre sus hermanos, aunque resulte doloroso, y que el hombre madura a través de los avatares de la vida y la inmensa piedad de Dios. Nunca a puntapiés y a empujones.

Que la vida es, eso, un paso de egoísmo al altruismo. Yo sencillamente, lo llamo *pronom-*

brear. Que no es sino un ir saltando de pronombre en pronombre, como los niños saltan de piedra en piedra para cruzar el riachuelo. O como van saltando de losa en losa, en los soportales de la plaza mayor del pueblo, hasta llegar al final. Es fácil: yo, tú, nos-otros, vos-otros, El... Bueno, es muy fácil el decirlo, claro. Pero no cabe duda de que es un buen termómetro de la madurez humana, ¿no te parece?

Pero dejemos este camino que conduce, cuesta abajo, hacia el valle de la distracción, para decir que la reunión del discretorio provincial tuvo lugar en la Magdalena, en el convento de Masamagrell, en fecha 1 de enero de 1899.

Me reuní, pues, con el P. Fermín de Velilla, Melchor de Benisa, Francisco de Orihuela y Fidel de Alcira. Buenísimos religiosos todos ellos, que se me dieron por consejeros. Y emprendimos la grandiosa obra de la restauración de nuestra amada provincia de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia.

Una cosa tenía yo, para empezar, muy clara: la primacía de las personas sobre las casas, y de las casas sobre las cosas. Con este principio de fondo tratamos de elaborar nuestro programa de intenciones, que plasmamos en once acuerdos.

Dedicamos los dos primeros a lo que hoy llamáis la identidad religiosa. Tres más, a la

formación franciscana. Otros tres, a la unidad y atención de la fraternidad. Uno dedicamos a la distribución de las limosnas. Y concluimos con otro sobre el fomento de las Misiones, que han sido siempre la gracia especial de nuestra Orden, y en lo que en todos los tiempos más se ha distinguido.

¡Ah!, y seguidamente creamos la revista *Las Florecillas* con el objeto de promover y aumentar el espíritu franciscano. Sabíamos por experiencia el gran bien que hacía *El Mensajero Seráfico* a la Orden Tercera desde 1883, apenas restaurada la Orden en España.

Con el programa de intenciones envié a mis religiosos una carta excitando a la gratitud para con Dios, con diversos festejos, e invitando a seguir la santidad y el ejemplo de nuestros antepasados. «Así añadiremos –les decía– a la brillante historia de la Provincia una página más que en nada desdecirá de las anteriores y servirá de ejemplo y edificación a todos los religiosos del porvenir.»

Como ves, una programación al servicio de Dios y del hermano. Que la experiencia enseña, y la Orden es testigo de ello, que es más franciscano el servicio a la fraternidad, el desapropio y sentido providencialista de la vida, que la preocupación por el cómo viviréis o cómo vestiréis.

Que el Padre del cielo ya sabe de qué tenéis necesidad.

Enseguida nos arremangamos las bocaman-gas del cerebro y nos pusimos manos a la obra. Elaboramos las tablas de las familias religiosas, estructuramos los estudios, creamos la escuela seráfica de Orito, en una época en que tanto es-caseaban las vocaciones religiosas... ¡Ah! e hice los trámites necesarios para la fundación en la provincia de un seminario de Misiones. Con ello pretendía yo poner las bases de una nueva Con-gregación de Misioneros.

¡Lástima que no llegase a cuajar! Tal vez la cortedad de miras de algunos de mis hermanos... Tal vez la experiencia dolorosa que les supuso ya mis dos fundaciones anteriores... Lo cierto es que no cuajó.

Loado sea el Señor en sus bondades.

Reanudando el relato te diré que yo, fray Luis de Masamagrell, a la sazón Ministro Provincial, aproveché para visitar a mis hijos. Así que, pa-sados los días del crudo invierno, más libre ya de ocupaciones y preocupaciones, y con mayor auto-nomía en la Orden —que todo hay que decirlo—, visité a mis hijos en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid.

Ocho años hacía que, por causas ajenas a mi voluntad, no me había sido posible visitar la casa principal de la Congregación.

Quién sabe por qué, lo cierto es que hubo una porción de años en los cuales apenas tuve intervención alguna en la dirección del Instituto. Ya porque no tenía la necesaria libertad en mi Orden. Ya también porque los Superiores que regían mi Congregación la esquivaban. Lo cierto es que la visita se convirtió en un acto de desagravios hacia mi persona.

Llegué a Madrid —lo recuerdo como si fuera hoy— en el tren de la mañana. Al amanecer de un día cualquiera de mayo de 1899. Y mis religiosos me retuvieron en la residencia de la Castellana. No quisieron que fuera a Santa Rita hasta por la tarde. Sorprendiéndome sobre manera al ver, ya próximos a Carabanchel, donde está situada la Escuela, una hermosa cabalgata formada por los corrigendos, montados en briosos y bien enjaezados caballos, y vestidos con lujosos trajes a la antigua usanza española.

Al entrar en los andenes del huerto de Santa Rita, y apearme del coche, fui recibido por los religiosos y alumnos corrigendos con el mayor entusiasmo, entre vítores y aplausos, y derramando los niños flores a mi paso al dirigirme a

la capilla. Tales manifestaciones de veneración y afecto me sirvieron de grandísima confusión, teniendo presentes mis muchas infidelidades para con Dios.

Tanto que hube de acordarme en aquella ocasión de mi Padre San Francisco quien, por más que rehuía siempre todo aplauso del mundo, en cierta ocasión admitió con muestras de complacencia los vítores y palmas con que le recibieron en una ciudad.

En los días sucesivos tuvimos sabrosos festejos. No faltaron las luchas en el palenque, ni los torneos de corte medieval, los fuegos a la valenciana, y paellas...

En alabanza de Cristo. Amén.

Los años de mi provincialato —¿sabes?— transcurrieron con la rapidez de los años felices. Conforme al programa dediqué mi tiempo a fomentar la observancia regular (para lo que edité la Regla), cimentar los estudios, incrementar las Misiones, delimitar el territorio de la Provincia y Misión. Y elaboré una estadística de la provincia.

Sí, también procuré la reparación de los conventos que, los pobres, no andaban sobrados de atenciones. Pero, gracias a Dios, las grietas de

los edificios materiales no son de difícil reparación.

Así que el 10 de enero de 1901 tuvimos capítulo. Y elegidos que fueron el Ministro Provincial y Definidores, yo fui elegido Custodio General, quedando libre de todo otro cargo por el tiempo que prescriben nuestras Constituciones.

Por ello di gracias a Dios, pues ya ansiaba no tener que atender a otra cosa que a mi alma y a obedecer.

12. El patio de los micos

—A propósito, ¿cómo era Madrid por entonces?

—¿Qué cómo era?

La verdad. Yo no lo conocí, sino de visita. Pero los cronistas de la Villa y Corte nos pintan el Madrid de finales del XIX como de chulos y manolas, con sus trajes claros y pañuelos de crespón. ¡Ah! y ellas con sus mantillas y mantón de Manila.

Lo cierto es que, estampa folklórica y costumbrista aparte, en la plaza de la Villa y Corte no se vivía bien. La vida no era buena. Había un vivir trepidante, sí, pero el pueblo pasaba hambre. Vivía del imprevisto y de la providencia. Cada cual robaba lo que podía. Y tenía un no se qué de oscuro, trágico y precario.

Apenas apuntaba la era industrial. Era el Madrid de callejuelas empedradas de cantos. De tranvías mortecinos. De casuchas bajas, renegridas o enjalbegadas, pero cubiertas de ventanucos y agujeros asimétricamente combinados. Ofrecía un aspecto chaparrete y un tanto osco y deleznable.

Eso sí. Había infinidad de niños, muchos niños abandonados, que pululaban por el Madrid de Embajadores, Acacias, Lavapiés o Atocha. Era lo que más abundaba en Madrid, luego del comunismo del hambre y la miseria.

-¿... Y lo de Santa Rita?

¿Nuestra Escuela de Reforma de Santa Rita, quieres decir? Sí, recuerdo que yo, fray Luis de Masamagrell, fui personalmente a parlamentar con el obispo de Madrid. Que lo era entonces Mons. Ciriaco Sancha y Hervás. Hombre muy campechano. Franco a carta cabal. O, al menos, así me lo pareció a mí.

Quiero asimismo recordar que en dicha ocasión me acompañaron ya dos de mis religiosos: el P. Francisco M^a de Sueras y el joven estudiante fray Luis M^a de Valencia.

-¿Y cuándo fue esta ida a Madrid?

-Tampoco me resulta ahora fácil recordarlo, ¿sabes? ¡Hace tanto tiempo ya de aquello!

De todas formas sí creo recordar que fue a principios de la fundación de mis religiosos Terciarios Capuchinos. Posiblemente fuese a finales de abril o principios de mayo de 1889, ¿sabes? Pues recuerdo que en los sembrados los cereales comenzaban ya a encañar. Y mis hijos se encon-

traban a comienzos de su noviciado. Razón por la cual no pudimos ya entonces hacernos cargo de la Escuela.

¡Ah!, pero aprovechamos para visitar al Sr. Obispo y hablar con la Junta de Patronos. Y tuvimos la oportunidad de ver también el *patio de los micos*, en el Saladero.

—¿El patio de qué...?

—Sí hombre, has oído bien. El *patio de los micos*. Allá en el Saladero. Pues entonces se daba el nombre de Saladero a la cárcel provisional que había en Madrid antes de construirse la celular. La razón es que había sido con anterioridad saladero de carnes. Gozaba de amplios patios para proporcionar luz y ventilación. Y satisfacía las exigencias de dicha industria de salazones. En uno de estos patios estaban los jóvenes reclusos. Y se llamaba el *patio de los micos*... pues, por razones obvias.

¡Qué curioso aquel patiecillo! ¡Qué vario-pintos sus transeúntes inquilinos! ¡Qué coloristas sus diálogos!

—Total. Que no había patio de Monipodio en Sevilla que lo igualase, ¿no?

—Cierto. Cierto.

¡Chist!, Carnicerín, que no dejas dormir. Te mato. —Le decía un chiquillo astroso a otro.

—Cállate ¡eh! ¿Chirría el somiel o qué?, —respondía el interpelado.

—¡Eh, tú, que me estás estropeando las sábanas!, aseguraba un tercero.

—¡Bromas de muchachos...!

Bromas, naturalmente.

Que el lino de Holanda nunca cubrió tales carnes juveniles, demasiado pronto hechas a los harapos y cardenales. A la roña y miseria. Que no se sabe bien cuál de ambas cosas es peor. Lo cierto es que en tan tierna edad aquellos gamines se hallaban ya —como te dije otra vez— casi sin ganas de vivir antes de haber tenido tiempo de asomarse siquiera a los umbrales de la vida.

Obviamente aquellos patios, con ventanas tan altas. Con sobreventanas que se abrían a modo de claraboyas. Con muros gruesos de ladrillo, ennegrecidos, bien ventilados. Y, además, en la parte fría de Madrid. Podría ser de lo más a propósito para fábrica de salazones. Pero nunca para retén de jóvenes extraviados. Y menos aún para intentar labor pedagógica alguna con ellos.

—¿Y cómo fue visitar el Saladero?

Tal vez fue la providencia divina quien nos condujo hasta allí. Sí, la divina providencia. Y tal vez lo hizo para iluminar nuestra futura misión. Pues nos vinimos convencidos de que no se podían dejar los jóvenes así. De que ellos eran inocentes. De que no tenían culpa alguna. Y de que era urgente hacer algo por los jóvenes del Madrid arrabalero, y de otros muchos lugares.

Que había que sacarlos del Saladero era claro. Y que había que atenderles en Santa Rita, también.

—¿Y cómo fue lo de entregar la Escuela de Reforma de Santa Rita a los Terciarios Capuchinos?

—Bien.

Las cosas sucedieron poco más o menos así: Una idea era clara. Que no estaban bien los niños en el Saladero. Y que había que hacer algo por ellos.

El Sr. Lastres presentaba lo mucho y bueno que hay en el extranjero para corregir a jóvenes delincuentes. El Sr. Lastres se lamentaba de que aquí no tenemos sino el inmundo patio de los micos en el Saladero. El Sr. Lastres clamaba porque el correccional de jóvenes pronto fuera un hecho. El Sr. Lastres...

—¿Don Francisco Lastres...?

Sí, el jurisconsulto, cuya idea, a fuerza de machacona, terminó por imponerse. Enseguida se formó una comisión. Se hicieron colectas, que encabezaba la flor y nata de la Villa y Corte. Y, en breve tiempo, se levantó la Escuela de Reforma de Santa Rita. En el Madrid de los Carabancheles. Ahora el problema era cómo dotarla de personal.

Primero se encargó a un sacerdote secular. Luego se pasó a otro, llamado D. Segundo Olmeda. Por fin, convencidos de que la Escuela no caminaría si se ponía en manos poco expertas o individuos faltos de vocación y entusiasmo para dirigir la juventud extraviada, se decidió encomendársela a los Salesianos.

A Turín se desplaza el Sr. Lastres.

Ofrece la Escuela a D. Bosco. Pero D. Bosco no la acepta. Posteriormente, y con ocasión de asistir al Congreso Penitenciario en Roma, solicita de la Santa Sede la designación de una Orden religiosa que se encargase de la Escuela. León XIII le indica nuestra Congregación. Al menos esa es la voz común Y nos ofrecieron la Escuela de Santa Rita.

Así que la Junta de Patronos, que entonces presidía el marqués de Casa Jiménez, D. Manuel

Silvela, puso la casa a nuestra disposición. Y nosotros pusimos el personal a disposición de los jóvenes extraviados.

—¿Y cuándo se tomó la Escuela?

— Los trámites los llevaron personalmente los PP. José M^h de Sedaví y Javier M^h de Valencia. Entonces fray Javier. Y el 24 de octubre de 1890, día de san Rafael arcángel, se instaló la primera comunidad, si bien la toma oficial de la Escuela quiero recordar que fue el 29 de octubre, día de otro arcángel, san Miguel.

—El nombre de Santa Rita sería una concesión a tu devoción a la santa de Casia, ¿no?

— ¡No, no, no! De ninguna manera. Se denominaba ya así la finca con anterioridad, posiblemente puesta en honor de la mujer del donante de la misma, que se llamaba Rita.

—¿Y cómo fueron los primeros días en la Escuela?

— ¡Uf...! La verdad es que toda fundación es dura. Muy dura. Fue preciso... Bueno, fue preciso casi todo. Hubo que roturar el terreno. Hubo que arreglar paseos. Hubo que plantar arbolado. Y hubo que crear unas escuelitas nocturnas para instrucción elemental y catequética de los niños pobres del barrio.

—Creo que esto de las escuelitas fue idea tuya, ¿no?

— Seguramente. Pues yo conocía, gracias a Dios, muy bien lo útil que es la obra de propaganda entre los niños de la población. El hacer simpática al pueblo ya de comienzo la obra de los religiosos. Y las escuelitas nocturnas y dominicales, entonces al menos, contribuían a ello.

—Y los principios inspiradores. ¿Cuáles eran los principios inspiradores?

— Sencillamente principios evangélicos. Las parábolas de la misericordia. El carisma franciscano. El estilo de la consagración religiosa, como donación total. Simplemente pensar, vivir y actuar como lo que eran, como religiosos. Pues nada hay tan justo y puesto en razón como que cada uno actúe conforme a lo que es, ¿no? ¡Vamos, digo yo!

Por eso la primitiva fraternidad era de Hermanos consagrados. ¿Y el sacerdote? Pues eso... un consagrado más que tenía la misión de ser el guía espiritual de la fraternidad.

—¿Y la pedagogía empleada en la Escuela de Reforma?

—La pedagogía evangélica de San Pablo. La Pedagogía del amor. Esa pedagogía de la que dice el apóstol que es paciente, es servicial, no

busca su propio interés, no se irrita; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... Esa era la base pedagógica de mis hijos en un principio. No olvides que yo, fray Luis de Masamagrell, fundé el instituto para la enseñanza de la catequesis, y la Escuela de Santa Rita lo orientó a la enseñanza y moralización de la juventud extraviada.

Sí, poco a poco mis hijos se fueron perfeccionando. Andando el tiempo diversificaron niños de protección paternal y niños propiamente de reforma. Y fueron abriendo tallercitos de sastrería, carpintería y zapatería.

Como ya te dije en otra ocasión, a semejanza de todo organismo vivo, la Escuela se fue organizando y estructurando a golpes de sentido común y de sacrificio. Se instauraron las etapas de reflexión, esperanza, perseverancia y confianza. Se introdujo el sistema directivo, como el más apto para enderezar personalidades partidas.

—¿Y el método pedagógico empleado?

—¿Que cuál fue el sistema pedagógico implantado en Santa Rita? ¿Que cuál?

En principio nadie lo conocía. Simplemente, que no existía. Nada de teorías ni de tratados pedagógicos complicados. Nada de ideas precon-

cebidas ni de sistemas. Simplemente, la experiencia progresiva dentro de una pedagogía del amor. Y este fue el secreto de mis hijos los primeros días de la Escuela.

¿Su pedagogía?, el amor; ¿su mejor arma?, el sacrificio; ¿su mejor método?, la paciencia y la unión. Y todo ello amasado con esencias de alegría y pobreza franciscanas.

¡Ah!, se me olvidaba. Mucha prudencia y fortaleza. Que un tiempo fueron virtudes cardinales y hoy no se tienen demasiado en cuenta.

—¿Cuales fueron los pilares para la reeducación del joven extraviado?

Yo diría que lo eran la piedad, el estudio y el trabajo. La Escuela fue adquiriendo fama por la formación cívica y religiosa que en la misma se impartía. Por el método preventivo que se empleaba. Y por el tratamiento a la medida. Además se aplicaba un método progresivo y de emulación. Y *La Emulación* llevará por título la deliciosa publicación quincenal del centro.

Cuando yo visitaba la Escuela procuraba dejar a mis religiosos algunas ordenaciones al respecto. «Queremos que se valgan los religiosos de este medio de excitar entre los niños la emulación, porque la experiencia les enseñará que

con él conseguirán más de los niños que con ningún otro género de castigos», les decía.

—¿Y la Escuela pasó por momentos difíciles?

— Por supuesto. Claro.

No siempre la vida en la Escuela fue amable y deliciosa. Eso es verdad. También pasó por momentos difíciles. Como aquel infausto día en que se suicida un joven de la alta sociedad. O como aquel negro 8 de diciembre de 1920, en que noventa corrigendos se escapan por Madrid.

—¡Dura lección y amargo cáliz para los educadores!

—Pero también es verdad que las mayores dificultades no nos vinieron de fuera. Vinieron de los mismos religiosos. Hasta tal punto que hube de escribirles paternalmente: «Si entre vuestras caridades, o con el superior, no hubiese la unión o inteligencia debidas, no extrañen que los jóvenes corrigendos, que de todo se aperci-ben, tomen de ahí motivo para faltar al respeto debido a unos y a otros.»

Lo cierto es que en la Escuela siempre se han cosechado buenos frutos de corrección. Y, como ya escribí en *Apuntes sobre mi vida*, luego fue, y ha sido siempre esta casa, la más importante fundación de la Congregación.

13. “Como a señores míos”

Mi seráfico padre San Francisco, enseguida que el Señor le concedió la gracia de comenzar a hacer penitencia, ¡qué gran empeño no manifestó por restaurar las iglesias de Asís! ¡Qué tierno afecto profesaba al Señor Papa! ¡Y qué actitud reverente la suya hacia los sacerdotes pobres, a quienes llamaba amablemente *mis señores*. Porque...

¿Quién podría decir, quién podría comprender, quién podría, siquiera, contar la unción con que mi Seráfico Padre reparaba la iglesita de San Damián, la de San Pedro o la de la Porciúncula? ¿Y quién podría contar la veneración que Francisco y sus compañeros sentían por los ministros del Señor?

“El Señor me dio una fe tal en las iglesias afirma el Seráfico Patriarca—, que oraba y decía sencillamente así: Te adoramos, Señor Jesucristo, en todas las iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo”.

Y tal afecto profesó a los clérigos que confiesa el Seráfico Patriarca en su testamento: “El Señor me dio, y me sigue dando, una fe tan grande en

los sacerdotes... que los quiero tener, amar y honrar siempre *como a señores míos*".

A mí, fray Luis de Masamagrell —ya sé que me está mal decir esto— la veneración por el sacerdote, y el amor al sacerdocio, me nacieron en mi más tierna infancia. Así al menos decíamos entonces. O me salió con los dientes de leche, que dicen que viene a ser lo mismo. Desde luego mucho antes de que yo conociese el ideal franciscano, por supuesto.

Lo cierto es que, como ya en otra ocasión te dije, y te repito ahora con gozo, desde niño me dio el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que mis juegos eran de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas, costumbre que tuve hasta bien mayor.

Por otra parte mi buen padre —que santa gloria haya— tenía el hobby de cantar en las iglesias. El que, por lo demás, heredó también mi hermano Julio. Yo les acompañaba. Y era de ver el gozo con que íbamos los tres a San Juan del Hospital. ¡Aquella iglesia —gótica primitiva, silenciosa y austera, y con olor a húmedo y a incienso— me atraía especialmente!

De entonces data la amistad con Don Francisco Pérez Montejano. Por lo cual él atendería a mi buen padre en sus últimos momentos. Y

asimismo a mi querida madre. Y, a su muerte, él sería mi protector y el de mis hermanas en nuestra humilde casa de San Bartolomé, 5-4º. Así que mi relación con dicho sacerdote fue íntima. Y al que estamos eternamente agradecidos.

Apenas concluí mis estudios en la academia de D. Sebastián Piedra (don Sebas para los amigos) enseguida ingresé en el seminario conciliar.

Por otra parte el jesuita P. Llopart dirigía al grupo de seminaristas que D. Gregorio Gea hospedaba en su Residencia de San Francisco, en la calle Beneficencia. Y también hacía de director espiritual de algunos de los que cada viernes acudíamos a los ejercicios de la Escuela de Cristo. Por lo demás eran aquellos años de gran prestigio sacerdotal. Y también de grandes oradores. De la oratoria hueca y ampulosa de Castelar, claro, pero en edición eclesiástica.

¡Demasiadas veces, ay, por desgracia, corregida y aumentada en boca de clérigos charlatanes!

De todos modos te he de confesar —y así lo dejé también escrito en *Apuntes sobre mi vida*— que, tanto como la vida sacerdotal, me atraía la vida de convento. Por lo que, con el apoyo de algunas almas buenas, proseguí mis estudios, pero siempre con el pensamiento puesto en el claustro.

La verdad—aunque también esto me esté mal el decirlo—a mí me atraía mayormente el estilo de vida franciscana. Ese estilo peregrinante y fraterno. Pobre, y gozosamente libre. Mendicante y humilde. ¡Ah! y con una actitud obediente al Señor Papa y reverente hacia los sacerdotes. Porque, te lo repito, ¿quién no ha oído ponderar la veneración que Francisco de Asís sentía hacia los ministros de su Señor? Sólo era comparable a su amor por la naturaleza. ¡Y por la hermana alondra!

San Buenaventura dice que el Serafín de Asís “enseñaba a sus compañeros a alabar a Dios en y por todas las criaturas y a honrar con especial reverencia a los sacerdotes” (LM 4, 3). Y Tomás, el de Celano escribe que el Seráfico Padre “quería que los hermanos tuviesen en mucha veneración las manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el poder tan divino de consagrar el cuerpo y la sangre del Señor” (2C 201).

Así que yo, fray Luis de Masamagrell, consulté mi vocación con el P. Llopart. Convencí a mi tutor, José Tomás Amigó, lo que no me fue nada fácil. Hablé con mi protector, D. Francisco Pérez Montejano. Hice testamento el 25 de marzo de 1874, en Meliana. Y, apenas me fue posible, ingresé en religión. Era el 12 de abril de dicho año del Señor. *Dominica in Albis*, por más señas.

Durante el noviciado mi P. Maestro, que lo era el bondadosísimo P. Antonio de Tolosa nos hablaba con frecuencia de las diversas consagraciones. Y concluía siempre con la sacerdotal. Esto vino a constituir en él como una segunda naturaleza, que convirtió en una muletilla tan congénita como su mismísima piel. ¡Ah!, y de vez en cuando—como ya te dije anteriormente—adobaba sus razones con frases latinas extraídas de los Santos Padres. O bien espigadas con paciencia acá y acullá en libros de color pergamino. Y lo hacía para suministrar un mayor peso específico a sus mermadas razones.

La primera consagración -decía mi buen P. Mestro—es la cósmica. Por ella participamos, como seres vivos, del gozo de la creación. La segunda es la bautismal, por la que ingresamos en la vida de la iglesia y de la gracia. La tercera, afirmaba el hombre, es la consagración religiosa, por la que seguimos más de cerca las huellas de Jesús. Y la cuarta—sólo para algunos elegidos, decía mi buen P. Maestro, y tenía buen cuidado en acentuar esto—la cuarta es la consagración sacerdotal.

Y recalcaba la frase con un peculiar énfasis, como quien vivía con gozo su sacerdocio. A este punto se le iluminaban de contento los ojos garzos bajo sus pobladas cejas.

Y aquí ya daba comienzo a sus excursus iniciando con San Agustín, prosiguiendo por San Ambrosio, San Atanasio, e Inocencio III... para rematar su faena de muleta con la frase del Areopagita: "Quien dice sacerdote, dice un ser del todo divino, pues que su dignidad, más que angélica, es divina".

En años sucesivos mi padre Lector, que lo fue el benemérito P. Bernabé de Astorga, vino a robustecer estas razones con su estilo trepidante, pero siempre tan atractivo y sincero. Tanto que terminó por presentarnos el sacerdocio bajo un prisma sumamente grato y amable.

A mí, la verdad, el sacerdocio me atraía, naturalmente. Pero no tanto como para que me estuviese de sol a sol reparando la iglesita de San Damián. Así dicen que lo hacía mi buen padre San Francisco. O que me pasase el día ordinariamente jugando a hacer altares, decir misas y celebrar fiestas, como dije más arriba.

Sí, ya se que lo escribí así, pero, claro, esto refleja, más que un hecho histórico, un grato recuerdo de niñez. Propio de la edad y de la época. Que no estaba yo entonces como para precisar mucho más.

Por otra parte, ¡xé!, que me atraía la vida capuchina: "Hermanos Menores de vida eremítica".

Y dedicados, además, a misiones populares. No sé por qué, pero esto me parecía a mí el centro del evangelio.

Y recuerdo que me preguntaba harto frecuentemente:

¿No decía Cristo: “El Señor me ha enviado para anunciar a los pobres la Buena Nueva, predicar la liberación a los cautivos y proclamar el año de gracia del Señor”?

¿Y no dijeron los Apóstoles: “No parece bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra”?

¿Acaso no envió el Señor a sus discípulos de dos en dos a predicar la Buena Noticia curar enfermedades y echar demonios? Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis, les dijo el Maestro.

¿Y mi Seráfico Padre no envió también a sus compañeros de dos en dos, a los cuatro puntos cardinales, para predicar la paz y el bien a las gentes?

¡Caray! Que esto me parece estupendo, me repetía yo a mi mismo frecuentemente.

Así que, con la consagración sacerdotal, se me fijó en la mente, no sé si por inspiración divina,

aquel versículo de San Juan: “por ellos me consagro a ti”. Y centré mi vida... pues en eso, en el servicio de la Palabra:

—Palabra meditada, que yo entendía era la Escritura.

—Palabra orada: Oficio Divino, que rezaba a las horas.

—Palabra celebrada: la Santa Misa, al amanecer.

—Palabra significada; los sacramentos como signo y palabra, materia y forma.

Y di comienzo a mi ministerio por los pueblecillos de Santander, que ahora llamáis Cantabria. Y seguí luego por los de la huerta valenciana. La instauración de la Orden Tercera ¿no era una celebración de la Palabra?: predicación, liturgia, sacramentos, que concluía con la instauración de la Orden, como su colofón lógico y natural.

Por lo demás los años más bellos de mi vida —creo que también esto te lo he dicho ya otras veces— fueron los que pasé como Comisario de la Venerable Orden Tercera.

Y, ¿por qué?, me preguntarás.

Y te respondo:

Pues porque fueron años aquellos en los que pude ejercitar mi sacerdocio. Pues la instauración de la Orden Tercera implica misiones populares, romerías, confesiones, catequesis... Todo un ministerio pastoral.

Ten en cuenta que la vivencia del sacerdocio produjo una revitalización de las órdenes terceras. Y de la vitalidad de las órdenes terceras seglares nacieron nuestras dos congregaciones. Ya lo dije: “el progreso, siempre creciente, de la Tercera Orden seglar y el deseo de mayor perfección de algunas almas que querían consagrarse a Dios, me impulsaban ya mucho tiempo a intentar la fundación de una Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas”.

Además, “considerando yo —¡perdón por autocitarme!— considerando, digo, lo mucho que debía agradecer al Señor el progreso, siempre creciente, de la Tercera Orden... ofrecí al Señor completar la obra con la fundación de una congregación de Religiosos Terciarios que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos”.

Así que, como ves, mi sacerdocio fue fecundo. Por eso (no creo ya te extrañes de ello) quise que las fraternidades de mis hijos tuviesen como centro el sacerdote, ministro de la Palabra. Y como

ministerio, el que desempeñan las Ordenes Terceras seculares, pero a tiempo pleno. ¿Acaso en los comienzos la figura central de la fraternidad no era el sacerdote, como ministro de la Palabra? Y los Hermanos ¿no fueron enviados para curar a los heridos, vendar a los quebrantados, y volver al recto camino a los extraviados? Con lo que el terciario capuchino religioso añade al terciario capuchino secolar mayor disponibilidad y fraternidad más profunda. En síntesis, mayor deseo de perfección, que es lo que se anhela siempre que crece la gracia bautismal. ¡Ah! y no lo olvides. Que en el principio era el sacerdocio.

¿Que cuál es el lugar del sacerdocio del terciario capuchino?

Sencillamente, ministro de la Palabra en la edificación de la fraternidad.

¿Que si el sacerdocio, al servicio del joven extraviado, puede colmar una vida? El ministerio de la Palabra llena, debe llenar. “¡Ay de mí, si no evangelizare!”, dice San Pablo. “Y que el que habla, hable palabra de Dios”, que también esto lo dice el mismo Apóstol.

¿Reducir el ministerio a un grupito de jóvenes extraviados justifica el sacerdocio? La familia amigoniana se extiende a cuantos directa o indirectamente reciben su espíritu.

Lo que no acaba de convencerme es que, preparados mis hijos para el sacerdocio, luego no lo ejercitéis plenamente. Más aún. Que andéis excogitando veredas nuevas, por más fáciles. Recuerda, si no, lo que al respecto decía San Bernardo: "Conviene que, pues hay muchos caminos para ir a Dios, cada uno prosiga con intención irrevocable el que una vez comenzó, para ser perfecto es su profesión".

A propósito, la Iglesia —a la que a veces también asiste el Espíritu del Señor para que acierte— siempre ha deseado claridad y transparencia en el ser y en el quehacer de sus religiosos. De lo contrario todo se vuelve polvo y evasión, improvisación y superficialidad. Y hacer banales las cosas santas.

¡Ah! recuerdo que ya otra vez lo dije: "De lo contrario todo es confusión y desorden". Y ganas de templar gaitas por los siglos de los siglos. Amén.

Alguna vez se ha escrito que el ministerio episcopal no me desagradó. Y es verdad. Indudablemente que en los primeros momentos era tal la impresión de temor, de confusión y de anonadamiento que no lo puedo explicar con palabras. Tanto que el médico hubo de decirme: "Haga usted por tranquilizarse y anímese; pues de lo

contrario no llegará a consagrarse". Pero el episcopado, como plenitud del sacerdocio, no podía sentarme mal. Aparte, naturalmente lo que aconsejara Pablo, al respecto, a su discípulo Tito.

Por lo demás ese mi amor al sacerdocio ha quedado bien reflejado en *Apuntes sobre mi vida*, en que resumo mi actitud episcopal, en reorganizar el seminario, hacer iglesias, consagrar altares, especialmente si lo piden mis hijos. ¡Ah! y en consagrar sacerdotes a quienes luego de rodillas besaba sus manos consagradas, como hacía Francisco mi seráfico padre, con los sacerdotes pobres de Asís.

Y es que el sacerdocio es algo grandioso. "Nada en este mundo es más excelente que los sacerdotes. Pues su profesión les hace semejantes a Dios". Que esto recuerdo que decía también mi P. Lector. En palabras de San Ambrosio, naturalmente. Y "era tal la veneración que mostraba San Atanasio por el estado sacerdotal que, viendo un sacerdote, se hincaba de rodillas y no se levantaba hasta besar su mano y pedir su bendición". Que asimismo esto se lo oí a mi padre maestro.

Y lo mismo practicaba mi seráfico padre San Francisco, porque decía que veía en ellos al Hijo de Dios, y que *eran sus señores*.

14. Desapropio y Providencia

Así como tiene el corazón razones que la mente no puede comprender, asimismo el hombre espiritual tiene una forma de pensar, de vivir y de actuar que el hombre mundano no puede penetrar. Sus intereses brillan en planos muy diferentes. Por esto, un tanto perplejo, asombrado diría yo, me apresuro a manifestar a mi buen Padre Fundador:

—Yo, la verdad, Padre Luis. Leyendo al Celano no acierto todavía a explicarme el gozo pascual de Francisco de Asís y de sus primeros compañeros. ¡Pero si es que se les ve que rezuman optimismo! ¡Que van por la vida como despreocupados, como de nuevo, como de domingo...! ¡Si hasta parecen iluminados, Padre! ¡Transformados, diría yo, transfigurados!

—Toma, ni yo tampoco me lo explico, me ataja mi buen P. Luis. Vamos, quiero decir que ni a mí me resulta nada fácil entender el gozo pascual de los Penitentes de Asís, ¿sabes? Que con este nombre conocían las gentes del valle a Francisco y a sus primeros compañeros: a fray Bernardo de Quintavalle, a fray León y fray Maseo, a fray Gil y fray Rufino... y a los otros.

Pero, permíteme que te diga mucho más. Yo, fray Luis de Masamagrell, frecuentemente me he entretenido en parodiar (reflexionando conmigo mismo. Ingenuamente, lo confieso) a fray Maseo. Y, como él, también yo me he dicho: No son hermosos de cuerpo. No sobresalen por su ciencia. No son nobles. No habitan los palacios de los reyes... Entonces, ¿por qué brilla el gozo en sus rostros?

Y lo bueno es que esa es la pura verdad. Pues en el invierno se guarecen en unas pobres chozas en Rivo Torto. Apenas para resguardarse de los aguaceros invernales. Habitan las llamadas cárceles, en la falda del monte Subasio, en el buen tiempo. Y fraternizan en las cabañas de Nuestra Señora de los Ángeles, en la llanada de Asís, una vez al año. Durante el capítulo de las esteras.

—¡Claro, claro que viven pobrementel Por otra parte tampoco son hombres de letras...

—Por supuesto. También esto es verdad. Que hasta el padre san Francisco no tenía rebuso en decir que era hombre sin letras, idiota y simple. ¡Ah, y los primeros hermanos —en un principio, naturalmente— se mostraban siempre pequeños e ignorantes!

—Pues precisamente por esto, Padre, me re-

sulta más incomprensible aún su estilo de vida y su gozo.

—¿Sabes que también a mí me ocurría antes lo mismo? Pero ahora, desde estas alturas, se perciben las cosas mejor. Y con el tiempo y la edad yo, fray Luis de Masamagrell, creo que he llegado a intuir la razón de su alegría. Tal vez a comprenderles mejor. Yo creo que el gozo pasacual les brota a los Penitentes de Asís, a borbotones, de su sentido del desapropio.

—¡Tal vez sea así! ¡Quién sabe! Aunque por el momento no me resulte la cosa todavía demasiado evidente, dije. Y esta era la pura verdad. Claro que también tenemos el caso de san Pablo. El apóstol, en un arranque de gozo interior, llegó a gritar: “¡Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios!”. Y lo bueno es que todo esto creo que se le ocurrió escribirlo desde la cárcel.

—Claro, claro. Y es que a los Hermanos de Asís les era connatural el desapropio. Desapropio de cosas, desapropio de casas y cargos, y desapropio de personas. Que es lo mismo que decir que vivían los tres votos religiosos. Que vivían la santa libertad de los hijos de Dios. Y que la vivían con el espíritu festivo de peregrinos y forasteros. Vamos, lo que vivía y predicaba mi Seráfico Padre, ni mas ni menos.

—Pero en clave pascual.

—Naturalmente.

—¡Ah! esto ya me explica un poco mejor el porqué, en un arranque de sinceridad, dijera Francisco de Asís: “Yo jamás he sido ladrón de limosnas, ni en buscarlas, ni en usarlas más de lo necesario. Y siempre tomé de ellas menos de lo que yo necesitaba, para que otros pobres no quedaran privados de su parte. Que obrar de otro modo sería robar.”

Y lo certifica el mismo cronista al respecto. Pues dice: “Nosotros, que hemos vivido con el bienaventurado Francisco y hemos escrito estas cosas sobre él, damos testimonio de que muchas veces se lo oímos decir”. Hace falta vivir el desapropio del peregrino y forastero para hablar luego así, ¿no, Padre?

—Sí, indudablemente. Que ese es el mayor desapropio y pobreza. Pues es desprendimiento hasta de lo necesario para el normal sustento. Por eso, cuando salía el tema, mi padre San Francisco se ponía solemne. Uno de esos días dijo...

¡Uf, la de cosas que dijo!

“Que los que son verdaderamente pobres de espíritu siguen el ejemplo del Señor Jesús. Que

no hacen de cosa alguna objeto de apropiación. Que no la reservan egoístamente para sí. Que viven como viajeros y forasteros en este mundo”.

Y creo que a continuación se puso a cantar, con un gozo delirante claro, algunas estrofas del canto de las criaturas.

—Ahora que lo pienso. Ese desapropio del Seráfico Padre San Francisco le haría vivir como colgado de la Providencia Divina. Como vivían los campesinos de Asís, ¿no? Yo al menos he oído decir que, al alba, cantaba las misericordias del Señor, elevaba sus ojos al cielo y pedía al Único Bien, Todo Bien, Sumo Bien que les enviase las lluvias temprana y las tardías.

—Claro, claro. Y ese desapropio y sentido providencialista de la vida iluminaba sin duda su oración. ¡Con qué fervor oraba Francisco al Padre! ¡Y con qué afecto paternal amaba a sus compañeros! Den gracias al Creador, decía a los hermanos. Y una y otra vez les volvía a repetir: den gracias al Señor por todo lo que les sucediere, y deseen estar cual el Señor los quiere, sanos o enfermos. Que este pensamiento, así, tal cual, pasó luego a la Regla de la Tercera Orden.

—Y otras veces, carísimo Padre, decía amorosamente: “Tengan presente que no debemos poseer nada de cuanto hay en el mundo, sino

contentarnos, como dice el Apóstol, con tener qué comer y con qué vestirnos”.

¡El mismo despropio y libertad de que veía gozaban las alondras del cielo!

—Esa fe en el amor de Dios, esa esperanza en la Providencia Divina, ese amor a sus hijos y compañeros, le hacía decirles: “Sirvan y trabajen con fidelidad y con devoción. Y, cuando sea menester, acudan humildemente, como los otros pobres, a la mesa del Señor. Pues que los ricos son administradores de sus hermanos.”

Y cuando no les alcanzaba con el fruto de su trabajo acudían humildemente a la mesa del Señor, que era la limosna.

—Algo así quiero recordar que nos escribiste, Padre, en cierta ocasión, ¿no es verdad?

—¡Qué memoria la suya! Sí, recuerdo que yo, fray Luis de Masamagrell, también en cierta ocasión me puse un poco demasiado solemne, siendo ya obispo. Fue allá por el año 1920. Esto, la verdad, no cuadraba muy bien con mi modo de ser. Pero una vez es una vez, me dije, ¡qué caray! Y os escribí algo que hoy, a mi edad, me ruboriza la ingenuidad con que lo hice. “¡Qué hermoso papel el que desempeña el rico —así os escribí—, si sabe ser ministro de la Divina Providencia, dan-

do de comer al hambriento y de beber al sediento, vistiendo al desnudo y socorriendo, en una palabra, las necesidades de sus prójimos!". Así lo escribí. Y así lo podéis leer hasta el día de hoy.

—Por cierto, Padre Luis, que tú nos dejaste los *Apuntes sobre mi vida o Autobiografía*, cual otras Florecillas de Francisco de Asís, cuajada de referencias a la Divina Providencia. Y, especialmente, cuando te refieres a tu vocación religiosa, a tus fundaciones, al convento de la Magdalena...

—Naturalmente. No podía ser de otra manera, dada la edad en que la escribí. Aparte de que —no lo olvides— “nada hay tan justo y puesto en razón como que un hijo reproduzca en sí mismo la imagen y las virtudes de su Padre”, ¿no te parece?

—Sea como fuere, a mi este sentido providencialista de la vida, Padre Luis, me recuerda —no lo puedo remediar— un delicioso poemita oriental: Iba un mendigo pidiendo de puerta en puerta camino de la aldea cuando un carro de oro apareció a lo lejos. Y se preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de Reyes. La carroza se paró a su lado y le dijo el Señor: ¿Puedes darme alguna cosa?

¡Ah, que ocurrencia la de Su Majestad! ¡Pedirle a un mendigo! Y el mendigo sacó, despacio, de su saco un granito de trigo y se lo dio.

—¿Y qué sucedió?

—Pues sucedió, ¡cuál no sería su sorpresa!, que al vaciar por la tarde su saco en el suelo encontró un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloró de no haber tenido corazón para darse todo!

—A mí, por el contrario, me trae a la mente aquella frase de don Francisco de Quevedo, a quien tanto se le atribuye y muy raramente se le lee, cuando dice: “Si te pide un pobre no digas que le diste, sino que le pagaste. Que quien da a otro algo que a él le sobra y éste necesita, no da, sino que paga”.

¿Que también a mí se me ha pegado el despropio y la providencia, dices? ¿Y a quién no, sabiendo que Dios es mi Padre?

—Claro, claro. Que por eso decía el Serafín de Asís: “que cada cual exponga confiadamente al otro su necesidad. Porque si la madre quiere y nutre a su hijo carnal ¿cuánto más amorosamente deberá cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual?

—A propósito, carísimo Padre, recuerdas aquel episodio bíblico?

—¿Qué episodio?

-¡Cuál va a ser! Pues el de Abraham y su sobrino Lot.

-¿Y qué dice el relato bíblico?

-Pues dice que en aquel tiempo -¡lástima que la Biblia no precise más, pero es suficiente para lo que sirve a nuestro relato!- en aquel tiempo, digo, "Abraham y Lot ya no podían vivir juntos en el país".

Y el escritor sagrado da la razón del hecho: "porque sus posesiones eran inmensas, dice, y ya no podían vivir juntos". O sea, que las posesiones no les permitían vivir fraternalmente. Y, lo que sucede siempre, sacrificaron la fraternidad en aras de los negocios.

Lo que sucedió después... lo cuenta la Biblia.

-Bueno, que esto suceda entre tío y sobrino, pase. Pero, ¡entre hermanos...!

-¡Ah!, ¿que también sucede entre hermanos?

-Claro, entre Esaú y Jacob. Que también lo dice la Biblia.

-Y, ¿qué dice el relato bíblico, Padre?

-Pues dice -y aquí da comienzo el relato- que, "Esaú se fue a Seir, en frente de su hermano Jacob, porque los bienes de entrambos eran demasiados para poder vivir juntos".

—¡Caramba! ¡Si ambos relatos dicen textualmente, a la letra, casi, casi lo mismo.

—Pues sí y, aparte de mostrar que ambos pertenecen al mismo autor, también éste indica que sacrificaron la fraternidad en aras de la posesión.

—¿Lo demás?

—Lo demás... también lo dice la Biblia.

—Ahora me explico por qué nuestro Seráfico Padre nada quería, ni en las mesas ni en las vasijas que recordase el mundo. Para que todas las cosas que se usaran hablaran de peregrinación y de destierro. Que así lo trae Tomás de Celano.

—Sí, hijo, sí. Y tienes toda la razón. Que por eso también cuanto más pobres y religiosas eran las celdas y las casas de los hermanos, con tanto mayor agrado las miraba el Seráfico Padre. Y se hospedaba en ellas. Y traía a sus compañeros el ejemplo de Cristo, quien fue pobre y huésped. Y que vivió de limosna tanto él como su Santísima Madre y sus discípulos.

—Mira por donde, Padre Luis, que vine para hablar del desapropio y providencia en tí y en tus hijos y nos hemos quedado hablando de la Biblia, del padre Francisco de Asís y sus primeros compañeros.

—Bueno, no es lo mismo, es verdad. Pero sí es la fuente encimera de donde nace el desapropio y sentido providencialista que yo siempre deseé para mis religiosos.

Yo, la verdad, aun reconociendo que los bienes, aún los llamados de fortuna, son bienes y, por lo tanto, en determinada medida resultan imprescindibles, no obstante prefiero el desapropio voluntario a la riqueza. “¡Ay de los ricos!”, dice la Biblia. Por lo demás en diferentes ocasiones expresé claramente mi pensamiento al respecto.

—Es verdad, Padre. Que bien lo recuerdo. “El único patrimonio de las religiosas sea la mendicación”, escribiste en sus primeras constituciones. Y, “los religiosos deben arrojarse con alegría en brazos de la obediencia y en ella abandonar todos sus cuidados”. Pero también es verdad que muy pronto la Santa Sede proscribió la fundación de congregaciones cuyo único medio de subsistencia fuera la mendicación, ¿no?

Por otra parte coincidirás conmigo en que ponerse en manos de la obediencia, “como un niño en los brazos de su madre” es tanto la obediencia ciega de otros tiempos cuanto falta de personalidad hoy, ¿no es cierto?

—Cierto, certísimo. Que el justo medio de las virtudes humanas o morales varía con el tiempo

y las circunstancias. Pero lo que las hace tales está sobre él y perdura. Y el espíritu de desahucio, con la obediencia absoluta y la total pobreza —que deberán caracterizar nuestro instituto, no lo olvides— se encuentran siempre a la base de nuestra espiritualidad.

—Luego, ¿las virtudes cambian, Padre?

—Las virtudes, lo mismo que la moral, tienen una notoria referencia al tiempo y a las personas. Y lo importante es la constante superación, no la regresión. Y el espíritu de las mismas indica el camino a seguir para llegar a la cumbre. Pensar que la virtud de hoy no sea cosa costosa, es tanto como ir contra la etimología misma de la palabra...

Por lo demás el desahucio y providencia (recuérdalo) era algo connatural a los Hermanos Menores quienes, cuanto tenían, fuera un libro o una túnica, todo lo usaban en común. Y, a semejanza de lo practicado en la primitiva comunidad apostólica, nadie reivindicaba cosa alguna como suya.

—Sí, reconozco que ese era el primitivo espíritu franciscano. Y, ¿el de tus hijos?

—De ahí deriva también, al menos en buena parte, como ya te dije, ¿no crees?

15. Mínimo entre los menores

Yo sé que mi buen Padre Fundador fue siempre persona muy prudente. Y, asimismo, gran amante del silencio y del recogimiento. Que por eso le quedó de por vida la duda de si hizo bien o no en desechar su primer deseo de ingresar en la Cartuja. ¿Obró bien? No lo sé. Pero sí sé que, además, se mostraba poco locuaz y, asimismo, muy equilibrado y sumamente comedido en todas sus afirmaciones.

Sea como fuere el Padre Luis Amigó, o yo, o ambos a la vez, le estamos cogiendo ya gusto a esto de dialogar, aunque sea a una cierta distancia en el tiempo y en el espacio. Y dialogamos tanto de los hechos más triviales de su vida de religioso capuchino, como de la esencia y finalidad de sus dos Congregaciones o del espíritu seráfico sobre el que deseaba fundamentar a las mismas.

Por ello me hago un tantico así de violencia interior sobre mí mismo (la suficiente para no ponerme transcendente en demasía) y prosigo con las preguntas que, por falta de tiempo, no me fue posible formular en nuestro último diálogo.

—Perdóname, Padre Luis, le digo amablemente. Pero me vas a permitir que también hoy te pregunte sobre lo mismo. Tú alguna vez insinuaste que la base de tus Congregaciones era la fraternidad, la minoridad y el servicio. Y que deseabas que tus hijos se mostraran transparentes, menores, evangélicos. Pero, de preciso, nada nos dijiste de cómo deseabas fuera su espíritu.

—¡Eh!, no. Que también, también esto lo he manifestado de diferentes formas y en las más diversas ocasiones. ¿Tú crees que me podría olvidar de lo esencial? ¡Oh, no, no, no!

—Tal vez sea verdad, Padre Luis. No lo dudo. Que muchas veces nos dijiste que fuéramos fieles a la propia vocación, que cultivásemos el espíritu propio, pues que cada Orden y Congregación tiene su propio estilo de vida. Pero, cuál sea la raíz en que se basa ese espíritu, cuál la base sobre la que se levanta el nuestro, no recuerdo que dijese nada de preciso al respecto.

—También esto lo he manifestado en diversas ocasiones y muy claramente, sí. Y, además, en momentos bien solemnes de mi pobre vida religiosa. Recuerda, si no, cuando escribí a mi Padre Ministro General y le dije que creía no

sólo conveniente, sino hasta quasi necesario, ponerme al frente de vuestra Congregación para imprimir en el Instituto el espíritu que debe animarle y para impedir que pierda el carácter puramente capuchino de su fundación, por introducirse otros en su régimen y gobierno.

—Sí, Padre, sí lo recuerdo. Y comprendo que desearas para tus Congregaciones “un carácter puramente capuchino” —y recalco casi silabeando lo de carácter puramente capuchino—. Y hasta que tus palabras resultasen en cierto modo proféticas. Al menos en aquella ocasión. Pero el carácter, mucho más que una raíz o una esencia, es un modo de comportarse o un estilo de vida, del que las Congregaciones se van distanciando. Responde a la simple ley de un normal crecimiento.

—Es cierto. Es cierto, me contesta. Pero no es menos verdad que en otras diversas ocasiones precisé aún mucho más. Recuerda, si no, cuando la intervención del jesuita Padre Ripoll en Torrente. Y cuál fue mi respuesta.

—La recuerdo, la recuerdo, Padre. ¡Cómo no! Por supuesto. Enseguida hiciste la santa visita —que así se decía entonces— y dejaste a los religiosos sabias y muy santas ordenaciones: “Procuren, les escribiste, que las lecturas del

refectorio sean de ordinario de obras de la Orden para que inspiren a los religiosos el espíritu seráfico”.

Y, poco después: “Procuren los religiosos penetrarse bien del espíritu seráfico y, a este efecto, sus lecturas serán seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los santos de su devoción a quienes se proponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada, nuestra Madre, rosa fragantísima del jardín seráfico.”

—Era un intento de reconversión al espíritu franciscano muy conveniente, por lo menos en aquellos momentos, ¿no crees?

—Esta bien, está bien, Padre. Aunque en la última afirmación pienso que te pasaste un pelín, como dicen hoy. ¡Mejor así! Pero, vamos, ¿no me dirás que lo seráfico es una esencia, sino más bien un estilo de vida que brota de algo esencial, profundo, básico. Algo que ya intuyó, sin duda alguna, el seráfico padre San Francisco?

—Sin duda, sin duda. Pero es que pecas de impaciente —me reprocha mi buen Padre Fundador—. Y la impaciencia no es semilla que se cultive aquí arriba, entre nosotros. Ni es buena consejera tampoco. Recuerda que Dios es paciente porque es eterno. Y es misericordioso porque es omnipotente.

De todos modos ten paciencia y te lo diré todo. Recuerdo que una de mis hijas, ya en los últimos años de mi vida, y concretamente desde Colombia, me escribió pidiéndome consejo para la formación de sus novicias.

—¿Y, qué?

—Pues que en mi respuesta a su pregunta hallarás también, sin duda, cumplida solución a la tuya. “Cada Orden y cada Congregación —le escribía— tiene su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado: en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza”.

Sin apenas darme cuenta el P. Luis me había ido llevando —amable, suavemente— de la necesidad de una espiritualidad a la base de la nuestra. Y, de ahí, a los caracteres que la determinan. Por esto me apresuro a decirle:

—Es posible, es posible, Padre Luis. Pero, “profunda humildad, obediencia ciega y total pobreza...” ¿no te parece (honrada, sinceramente) que es algo que hoy ya no se lleva por la vida?

—Y tienes toda la razón. Hoy no se lleva, me dice amablemente. (No hay, para indicar que

otro no tiene razón, como concedérsela amablemente en lo accidental antes de que la pida. Y esto me hacía mi buen Padre Fundador, sin que yo me diese cuenta. Pues me dice a continuación): Pero desechar una esencia, a causa de su deficiente formulación, tampoco es demasiado razonable. Vamos, digo yo. Me recuerda a quien, ante un buen queso Gruyere, prefiere no catarlo y pasar hambre, a comérselo a pesar de sus grandes y numerosos agujeros. Y me recuerda también el caso del esquimal aquel del que habla Juan Pablo I, con una abundante dosis de buen humor por cierto, quien, ante un vaso de cerveza en que tuvo la desgracia de naufragar una mosca, come el animal y tira la cerveza.

Y concluye su razonamiento: Vamos, que no me parece demasiado racional tirar la esencia y conservar los accidentes.

Y mientras traía estos símiles se le iba iluminando el rostro a mi buen Padre Fundador, como quien ha conseguido ilustrar sus razones con los más vivos y bellos ejemplos.

—Pero, volviendo a lo de la carta, le digo. ¿Afirmas que ahí se halla la raíz de tus dos congregaciones?

—Por supuesto. Por cuanto en ella se encuentra la esencia misma del hermano menor, del

que fue un perfecto modelo mi seráfico Padre San Francisco. De él dice Celano, sin duda su mejor biógrafo, que era “el mínimo entre los menores. Pues fue humilde en el hábito, más humilde en los sentimientos, humildísimo en el juicio de sí mismo”. Y por esto también yo deseé que mis congregaciones estuvieran asentadas sobre la base y fundamento de la perfecta humildad.

—Y, ¿qué relación tiene la humildad y los “menores”?, le digo algo extrañado de su escasa relación —a mi parecer— y por temor a que fuera demasiado lejos en sus razonamientos.

—Pues que esa es su esencia, y su raíz, y su espíritu propio. Por eso cuando el seráfico Padre, en su primera regla, lee aquel pasaje evangélico “y sean menores”. Al momento se le ilumina el rostro y dice: “Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores.”

Yo bien sabía, pues lo dice expresamente Celano, que “Ciertamente, eran menores quienes, sometidos a todos, buscaban siempre el último puesto y trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonor, a fin de merecer, fundamentados así en la verdadera humildad, que en ellos se levantara en orden perfecto el edificio espiritual de todas las

virtudes". Pero quise preguntárselo para poder tener el gozo de oírlo de sus mismos labios. Y para estar más seguro también, claro. Y remata su aserto con este otro no menor:

—"Que por esto el Siervo de Dios Francisco, pequeño de talla, humilde de alma y menor por profesión, quiso fundar su Orden sobre el cimiento de la humildad".

—¡Ah!, entonces ahora comprendo yo, le digo, por qué escribiste tú en la carta testamento: "Habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco. Imitándole en su humildad profunda, que le hacía considerarse como el mayor de los pecadores".

Pero todavía me persigue una duda, lo confieso. Lo de menores, ¿no viene por los tres estamentos sociales de que se componía la sociedad en la Baja Edad Media?

—Sí, ya sé que en tiempos de Francisco existían los clérigos y los caballeros, que entonces eran los mayores. Y ordinariamente iban a caballo. Y, los siervos de la gleba, que eran los menores, y a quienes Francisco se propone imitar en su humildad, en su desapropio, y hasta

en no poder cabalgar. Que así lo consignó en la Regla. Pero el nombre de Menores proviene, más que por su etimología, por vivir con la sencillez, el desamparo, el sentido providente, y la piedad con que vivían los pobres de Asís.

—Y de ahí, creo, quisiste que tus Congregaciones se fundasen sobre la base de la humildad, ¿no?

—Claro, claro. Pues es lo que yo siempre deseé. Por eso escribí -y esta vez también para la formación de los novicios- que no se cuidaran de otra cosa que de formar y robustecer bien su espíritu por medio de la oración y de la práctica de las virtudes, y en especial de las más propias de su estado, como son: la humildad, la negación de sí mismos, la obediencia, la caridad, el retiro y el silencio.

—Sinceramente, Padre, creo que en esto no fuiste demasiado original.

—Lo crees y es verdad. Que en este caso no se trataba de originalidad, sino de la bondad de las fundaciones y de la seguridad de sus cimientos. Por otra parte antes de los 35 años, en que escribí las constituciones, recuérdalo, no se puede exigir demasiada originalidad. Vamos, digo yo.

—Ahora que recuerdo, también otra vez nos hablaste ya de la humildad como base de las

Órdenes Franciscanas. Y recuerdo que lo hiciste con un entusiasmo inusitado. Poco más o menos dijiste que el bienaventurado Francisco se fundamentó asimismo y fundamentó la Religión sobre piedra firme, es decir, sobre la excelsa humildad y pobreza del Hijo de Dios, llamándola Religión de los Hermanos Menores. Algo así quiero recordar que dijiste. ¿Lo recuerdas, Padre?

—Bien, no recuerdo con precisión si lo dije o no lo dije. De todos modos algo así recuerdo haber leído en las primitivas biografías de nuestro Padre San Francisco. Que sus autores parece que las hayan escrito de rodillas, como dicen que pintaba el beato Angélico sus Anunciaciones. Por eso rezuman piedad y unción religiosa. ¡Están escritas con verdadera devoción!

Volviendo a tu pregunta y haciendo memoria. Sí, yo también lo dije, sólo que con palabras más pobres. He dicho que la humildad es base y fundamento de toda perfección. Que la humildad es el fundamento de toda virtud. Que la humildad y desprecio de sí mismos es la raíz de la conversión.

Y diría, si me lo permites, muchísimo más: que de la humildad, y aún más de la minoridad, nace la total pobreza, la obediencia caritativa, y

la castidad perfecta; el sentido providencialista de la vida, y el desapropio; la sencillez, y la mansedumbre; la paz, la benignidad y la concordia. Que la humildad, como escribía mi Seráfico Padre, hace a los hermanos y hermanas, mansos, pacíficos, modestos, apacibles y humildes, hablando con todos dignamente, como conviene. Y dondequiera que están, y a cualquier parte que van por el mundo, no litigan, ni se traban en discusiones, ni juzgan a los demás, sino que se muestran gozosos en el Señor. Y saludan diciendo: El Señor te dé la paz, hermano. Que esa es la vida que quise para mis hijos.

En una palabra, que la humildad hace al hombre más humano, es decir, más hombre, ¿no es verdad?

—Y, ¿por qué, Padre, hablas con tal entusiasmo de la humildad?

—Te respondo con san Juan: Porque si vivís en humildad cumplís la ley. Y no hay pecado en vosotros. Y los Superiores serán ministros y siervos de sus hermanos. Y los súbditos deben arrojarse con gran alegría en brazos de la obediencia santa y en ella abandonar todos sus cuidados. Que también esto lo dije. ¡Ah!, y mi padre San Francisco lo había dicho y cumplido ya mucho antes que yo.

— Cuando esto me decía mi buen Padre Fundador llegué a comprender que la humildad, que frecuentemente los franciscanos integran en el concepto de minoridad, constituye la base de las Órdenes fundadas por el Serafín de Asís, y de las Congregaciones que dieron a luz sus hijos.

Por eso me retiré pensando para mis adentros:

Es verdad. Francisco, como dice mi buen P. Luis, fundó su Orden sobre la roca firme de la humildad.

Es verdad. Francisco fue *mínimo entre los menores*.

Y, sobre la misma roca —sabia, humildemente— quiso también mi buen Padre Fundador cimentar sus dos Congregaciones.

16. Camino del Principado

No sé por qué pero la Divina Providencia parece que la tenía tomada con los fundadores. Al menos a finales del siglo pasado. Sí, les hacía saborear las mieles de la paternidad, pero luego les enviaba lo más lejos posible de sus hijos. A veces como aliada con los gobiernos liberales de la época que, ¡para qué decir!, de gobiernos les quedaba más bien poca cosa, pero de liberales no les llegaba ni para el nombre. Mejor dicho, no les quedaba nada.

Lo cierto es que por obra y gracia de la Divina Providencia —y de los gobiernos liberales, como digo— demasiados fundadores tuvieron que tomar las de Villadiego. O ir a las misiones a Fernando Poo, Cuba o Filipinas, que para el caso venía a ser lo mismo. Más lejos de la Villa y Corte, que era de lo que se trataba, imposible. Recuerda si no a D. Miguel Martínez o al inolvidable P. Ambrosio de Benaguacil...

A mí, fray Luis de Masamagrell, no me tocó ya tamaña desgracia. Tal vez porque no me manifestara lo suficientemente carlista. Pero lo cierto es que, cuando mis hijos y yo mayormente lo necesitábamos, fui enviado bien a Orihuela,

bien a Solsona. Mejor se podían decir las cosas, ahora bien aparcarle a uno gentilmente a más millas de distancia de sus hijos, posiblemente no. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Sea todo por el amor de Dios! Pero quede esto entre nosotros.

Así que, según entonces me escribió el Señor Nuncio, "he propuesto a usted a Su Santidad y al Rey, y ha sido aceptado para la Administración Apostólica de Solsona". Y ahí me tienes a mí en 1907, cuando entre mis hijos se cebaba ya la incomprensión y la discordia, camino del Principado. Y a lo más escabroso e inhóspito del mismo. A nadie se lo he dicho pero, como en mi traslado a Orihuela, tanto para mis Religiosos como para mis Religiosas Terciarios fue, como es natural, una prueba terrible a que les sometió la Divina Providencia y que les costó muchas lágrimas.

¡Ah!, ¿que por qué fui elegido para la Administración Apostólica de Solsona, dices? Toma, muy sencillo. Fui elegido, y así lo escribí ya entonces, como recompensa a los méritos y trabajos de mis hijos en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Que a mí nunca me dolieron prendas, claro. Y mucho menos tratándose de mis hijos.

Y en cuanto a lo de Solsona he de decirte que es otro de los misterios de la Divina Providencia.

Lo cierto es que, en un principio, el propuesto para obispo era el P. Domingo María de Alboraya. Era el superior de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Que para estas fechas la Escuela gozaba ya de una reconocida reputación. O, en todo caso, el P. José María de Sedaví, como religioso de prestigio y Superior General del Instituto que era. Lo cierto es que la Divina Providencia, con el apoyo del P. Domingo en sus frecuentes visitas a casa del Nuncio, Sr. Rinaldini, y de allí a palacio del Presidente del Gobierno, don Antonio Maura (que todo hay que decirlo), la mitra terminó por aterrizar sobre mi persona. Que todo esto lo llegué a saber después.

¿Que por qué Administrador Apostólico de Solsona? Esto resulta ya de más fácil explicación. He de decir que a finales del siglo pasado y principios del actual, España entera bullía de nacionalismos. Era el parto lógico y natural provocado por las ansias del romanticismo decimonónico de mediados de siglo. Y, cómo no, Cataluña iba a la cabeza. Siempre ha ido, claro. Razón por la que, tanto el gobierno como los señores nuncios, tenían buen cuidado entonces de colocar en las diócesis del Principado a prelados que, conociendo el catalán, no fueran nativos, o en el mejor de los casos, no

fueran excesivamente nacionalistas. Que esta fue la vereda ascensional de más de un valenciano de la época, como te he dicho ya repetidas veces.

Sí, ya te veo venir. Que el idioma del Principado no es el mismo que el idioma valenciano, dices. Y es la verdad. Que diferencias, haberlas, haylas. Naturalmente que sí. Pero siempre sin exagerar. Pues, por lo que a diccionarios se refiere —que es donde mejor se aprecian las diferencias—, aparte del año de impresión y la encuadernación más o menos cuidada que lucen, difícilmente se pueden apreciar mayores diferencias.

Y por lo que a la diócesis de Solsona se refiere, he de decir que era, y sigue siendo actualmente hoy, una diócesis de escasa significación. Pues fue creada a instancias de Felipe II para contener la infiltración calvinista proveniente del otro lado de los Pirineos. Con motivo del Concordato de 1853, fue abolida. Pero los Solsonenses, que en cuanto a orgullo patrio pocos les ganan, no se conformaron. Y pidieron a Roma un Administrador Apostólico, que ellos mismos se pagarían de su bolsillo, claro.

Así que el 7 de junio de 1891 hace su entrada triunfal en la ciudad el Dr. José Morgades, obis-

po de Vich, como primer administrador apostólico de la diócesis. Pero dice bien claramente a los solsonenses: "*No sóc el vostre Messies, sinó el seu precursor*" (no soy vuestro Mesías, sino su precursor). Y, efectivamente, el año del Señor de 1895 fue nombrado ya el primer Administrador Apostólico. Tuvo sede en Solsona. Y el nombramiento recayó en la persona de D. Ramón Riu y Cabanes.

Por entonces Solsona, como ciudad, era más bien poca cosa, como digo. Por otra parte tuvo la desgracia de ser una ciudad carlista donde las hubiera. Pues en ella, como en su casa, había fijado sus reales, la familia Tristany, oriunda de Ardévol. Y los carlistas tuvimos la mala fortuna, como sabes (permíteme que hable así), de perder las tres guerras. Aparte, naturalmente, la guerra de la Independencia que significó un primer ensayo. En toda regla, naturalmente. Total, que en 1837 la ciudad quedó reducida a unas sesenta casas, de las que tan sólo ocho o diez se hallaban en perfecto estado de conservación.

¿Que por qué tanta ruina y desolación? Muy sencillo. Porque muchos de entonces pensaban con los puños. Lo que no es mucho pensar, ciertamente. Porque, cuando la poseían los hermanos Tristany y los suyos, la atacaban los

liberales. Y cuando eran éstos los que poseían la plaza fuerte entonces los carlistas se daban en atacarla apostados en los ríos Negre y Cardoner. Y cuando unos y otros se retiraban, unos y otros también sembraban tras sí la miseria para que cuando el invasor la recuperase “no hallara en ella cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte”, como dice el clásico.

Es verdad que cuando yo, Fray Luis de Masamagrell, llegué a Solsona la ciudad se encontraba ya muy rehecha. Lucía aires de antigüedad y un cierto empaque ciudadano de cabecera de comarca. De todos modos el padrón municipal de la época le otorgaba una población que difícilmente superaba los 2.500 habitantes. Y gracias.

El verano de 1907 -y no está bien que yo lo diga- fue caluroso en extremo. O, en todo caso, así al menos me lo pareció a mí. Por ello, y aunque mi nombramiento de obispo tuvo lugar en abril, sin embargo, retrasé mi entrada en la diócesis cuanto pude. Hasta el 4 de agosto, día en que la iglesia celebraba de santo Domingo de Guzmán.

Así que, bien entrado ya el verano, me trasladé al Principado, a las estribaciones del Pirineo catalán. En una primera etapa me llegué hasta Monserrat, montaña sagrada de Cataluña

y Tabor de España. Donde los monjes hieren con sus plegarias roca y cielo. Y donde nos íbamos a reunir algunas veces los obispos del Principado para tratar problemas comunes, que este vicio de las reuniones debió de comenzar por allí. En Monserrat pasamos el día tres de agosto de 1907 y, al caer de la tarde, nos retiramos al convento de mis hermanos capuchinos de Manresa.

¡Ah!, perdón por no habértelo dicho antes. Pero me acompañaban el P. José María de Sedaví, Superior General, el P. Domingo María de Alboraya, superior de Santa Rita, don José Ramón Ferri, mi provisor y capellán, y el padre guardián de mis hermanos de Manresa.

A la mañana siguiente, 4 de agosto de 1907, siguiendo el curso del Llobregat primero y del Cardoner después, nos dirigimos a Solsona. Salimos de Manresa, ciudad industrial y fabril; un poco más adelante nos topamos ya con Suria, pobre y minera, con sus potasas. Más arriba Cardona, señora y duquesa de la sal, donde salió a recibirnos el ayuntamiento en pleno, clero y pueblo fiel.

Al pasar por Clariana y Santasusagna, lo recuerdo, salieron a darnos la bienvenida sus respectivos párrocos con todos sus feligreses. Y también el de Riner. Hacia las cinco de la tarde

nos sorprendió gratamente presenciar a nuestro paso el disparo de fusilería en el bosque de Sant Just y el repique general de campanas que anunciaba nuestro avistamiento de la ciudad. Y, finalmente, se apareció ante nuestra vista Solsona sobre una pequeña ménsula que permitían las quebradas de los montes pirenaicos.

El recibimiento que nos tributaron al puente romano, sobre el río Negre, fue cariñoso y amable por demás. Tanto que me hube de acordar del recibimiento que hicieron, en cierto pueblo de la Umbría, a mi padre san Francisco. Y asimismo el que me tributaron mis hijos en Santa Rita, Madrid, en 1898, luego de ocho años largos de inesperada ausencia en que, por causas ajenas a mi voluntad, no me había sido posible visitar la casa más importante del Instituto. Y así se lo manifesté a mis queridos solsonenses.

A las nueve de la noche salimos para ver las iluminaciones y adornos con que habían sido engalanadas las casas de la ciudad, lo que nos dejó gratamente sorprendidos.

Y por la noche el Orfeón y Coro de la Juventud Católica nos obsequió con una brillante serenata, en la que ejecutó con maestría las mejores piezas de su repertorio. Yo repartía dulces, copas y cigarrillos con profusión a todos los ejecutan-

tes. Y tan bella y magistral fue la ejecución que el Orfeón realizó de los himnos *La doncella de la costa* y *L'Emigrant*, con que me obsequiaron, que el P. José de Sedaví y el P. Domingo de Alboraya, visiblemente emocionados, solicitaron música y letra de los mismos. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Al volver a palacio aquella primera noche yo no pude pegar ojo. Pues, luego de las demostraciones de veneración y afecto que el pueblo me tributó, y que me sirvieron de grandísima confusión, en el silencio del amanecer me sentí solo ante el peligro, con la incómoda soledad del corredor de fondo. Y no pude dormir, lo confieso. Que también los obispos somos personas mortales.

Por otro lado mis diocesanos de Solsona, puestos a pedir, ¡mira que son únicos! Piden más que un fraile de San Francisco. De los de antes, claro. ¡Si sabré yo de esto! Tanto que me sentí como mi seráfico Padre cuando creció mucho la Orden: como una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica e incapaz de cobijar bajo sus alas a todos aquellos diocesanos. Y yo no podía defraudarles en modo alguno.

El día de mi entrada en la diócesis se repartieron cientos de raciones a los pobres de Cardona y Solsona. Que no existe nada tan barato como lo

que se compra con dinero. Entregarme yo mismo, y mi propia persona, sin defraudar, ya era otra cosa. No me resultó tan fácil. Y no por falta de desprendimiento y deseo de servir por mi parte, no, sino por el acertar en el modo de hacerlo.

¡Ah! ¿que qué pedían los solsonenses? Esto es lo que escribieron, y lo escrito escrito esta. Que su nuevo obispo fuera “un espejo de santidad, un modelo de la piedad, un defensor de la verdad, un sostenedor de la fe, un doctor del pueblo, un caudillo de los católicos, un amigo del esposo, un padrino de la esposa, un ordenador del clero, un maestro de los ignorantes, un refugio de los oprimidos, un abogado de los pobres, un tutor de los pupilos, un juez de las viudas, un báculo de los ancianos, un vengador de los crímenes, una vara de los poderosos, un martillo de los tiranos, director y guía de las leyes, dispensador de los cánones, sal de la tierra (esto lo escribieron sin intención aviesa alguna), luz del mundo, irreprochable, prudente, modesto y sobrio”: ¡Ah! y, por si faltaba algo, añadieron a renglón seguido: “con todas las buenas cualidades que exige en los obispos el Apóstol en su primera carta a Timoteo”.

Vamos, algo así como ocurre hoy en día a ciertos ilustres bautizando a quienes, luego de largarles docena y media de nombres, añaden: “y

de todos los santos". Como para curarse en salud de cualquier lamentable olvido y dejar contentos a los participantes al acto.

Los primeros días en la diócesis pasaban lentamente. El palacio no tenía amuebladas sino dos o tres habitaciones. Así que los primeros días los dedicamos a adecuar algunas más. Eso sí, con la sencillez y pobreza de las celdas capuchinas. Que yo siempre tuve muy presente que el Padre San Francisco, cuanto más pobres y religiosas eran las celdas y las casas de los hermanos, con tanto mayor agrado las miraba y se hospedaba en ellas.

Así que allí, en Solsona, me dispuse a pasar los siguientes siete años de mi vida. Sí, la gente decía que la única pega, por mi parte, es que yo no era catalán. Cosa que también yo comprendía. Asimismo decía que habían pedido un obispo y no un fraile capuchino, pues inicialmente yo llevaba vida de comunidad, hábito y barba capuchina. De esto último me corregí en parte en atención al cardenal Vives y Tutó, quien con motivo de mi estancia en Roma en 1909 me indicó que la barba capuchina no estaba bien. Razón por la que en lo sucesivo la cuidé mucho más. En lo de no ser catalán, no me fue fácil complacerles, como es obvio. Que por gusto de hacerlo no hubiera quedado por mi parte.

Pero, eso sí, siempre tuve presente el ser reflejo de la figura del Cristo "Buen Pastor, que entrega su vida por sus ovejas", como les dije en el discurso de ingreso, y cuya frase tomé como lema episcopal.

17. Mi proyecto de vida

Sí, la Divina Providencia, que dirige la historia humana con la misma seguridad con que un lacayo conduce el caballo de su señor, me llevó hasta allá. Así que allí, en Solsona como digo, yo, Fray Luis de Masamagrell, pasé los siguientes siete años de mi vida.

En mis tiempos de Administrador Apostólico de la diócesis, Solsona era una ciudad sencilla y recoleta. Y bien amable, por cierto. Gozaba de un clima benigno. Con inviernos relativamente cálidos. Y veranos frescos y secos. Y la primavera y el otoño, ¡para qué te voy a decir!, a mí al menos me resultaban agradables en extremo.

Por otra parte, y por lo que a la ciudad se refiere, ésta tenía su noble casco viejo. ¿Y por qué habrán dado en llamar casco viejo al primitivo núcleo de cualquier ciudad? Por lo demás Solsona entonces lucía limpia. Con sus callejillas empinadas y sus adoquines severamente alineados al borde de las aceras. Y con sus caminitos, que hacían suponer que en un tiempo no muy lejano fueron de herradura.

Y de vez en cuando también tenía sus rellanos y solanillas. Allí gustaban cambiar impresio-

nes los campesinos en las tardes del buen tiempo. Y las señoras, mientras, cosían a las puertas de sus casas, arrellanadas sobre bajitas sillas de enea. Eso sí, razonando en su catalán peculiar; un catalán que parece que nació allí siglos ha, como nacen las margaritas en los prados de montaña al despuntar el primer sol de marzo.

Además la parte más antigua y más noble de Solsona (no quisiera dar la impresión de persona apasionada) empalmaba entonces con la parte nueva, y ésta con la campiña del solsonés, sin solución de continuidad. Así que en los días buenos uno pasaba insensiblemente de la ciudad a la campiña, y de la campiña a la ciudad, con la mayor naturalidad.

¡Ah! perdona este arranque descriptivo, impropio de un obispo. Y menos aún de mí que, no lo puedo remediar, heredé ese espíritu ordenado y práctico, propio de un hombre de leyes. Menos mal que no me suele dar con frecuencia, te advierto. Pero lo tenía que decir, al menos para que se vea que cada uno, también un obispo, tenemos nuestro propio corazoncito, buena parte de cual se me quedó enredado con mis gentes de Solsona.

Ahora, en confianza, sí te puedo decir que lo que escribieron mis diocesanos a mi entrada en

la ciudad trajo mi espíritu inquieto. Y también desasosegado. Al menos por varios días. Que lo que pedían a su nuevo obispo no era poco, ni fácil. Porque, luego de pasarme una sarta interminable de peticiones, las remataban con el depecho: “y que tenga todas las buenas cualidades que exige en los obispos el Apóstol en su primera carta a Timoteo”. ¡Ahí es nada...!

¿Mi proyecto de vida, dices? No me podía faltar, naturalmente. Y para elaborarlo, ya ves, la materia me la suministraban mis solsonenses rica y abundante. Y, por supuesto, sin pedírsela. Y en cuanto a darle forma, ya te digo que yo fui formado en el orden, silencio y disciplina. Que por algo escribí en cierta ocasión: “A los Institutos Religiosos se les da el nombre de Órdenes Regulares, a razón de que en ellos todo va en orden y se mide con la regla.”

Eso sería antes de las guerras púnicas, me dices. Bueno... tal vez... Lo cierto es que cada cual es hijo de su tiempo, y yo en este orden y disciplina fui educado.

Así pues, también yo tenía entonces mi propio proyecto de vida. A mí modo, claro. Pero proyecto de vida al fin y al cabo. Proyecto que hube de retocar a mi llegada a Solsona. Me sirvió de modelo el de Pío X, a la sazón Papa

reinante. Que mi devoción y rendida obediencia franciscanas no me permitían desmentir. Y menos aún siendo ya obispo.

¡Ah! no sé si te lo he dicho pero, de puertas adentro, yo llevaba una vida sencilla, pobre y fraterna. Una vida sencillísima, como religioso capuchino, según se ha escrito. De modo que el palacio episcopal más parecía un convento. Todo iba a toque de campana. Tenía tres religiosos Terciarios Capuchinos, con quienes llevaba vida de comunidad, tenía la meditación y los rezos. Que también esto se ha dicho. Y era verdad.

Y, de puertas afuera, ya te lo puedes figurar. Yo me comportaba, ni más ni menos, que como el párroco de la catedral. Que por algo cada sábado bajaba a confesar a la capilla de la Virgen del Claustro. Y luego conversaba con las gentes del lugar. Visitaba los enfermos. Y también en diversas y muy señaladas ocasiones predicaba la palabra del Señor. ¡Eso sí!, nunca permití que se me agarrase a las cuerdas bucales esa oratoria grave y ampulosa decimonónica. Ni siquiera la sagrada, por más sagrada que fuese. Pues, gracias a Dios, conocía muy bien que la lluvia de tormenta nunca fue lluvia benéfica. Yo siempre preferí la predicación sencilla, popular y pacífica, como orvallo que cala y fecundiza. ¿Acaso no nos dijo mi buen Padre San Francisco

que predicásemos con palabras ponderadas y limpias, para provecho y edificación de pueblo, anunciando los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de lenguaje, que la palabra breve y sencilla la hizo el Señor?

Por lo demás yo llevaba la vida propia de los obispos de la época. Muy retirados, rezadores y un tanto lejanos. Aparte todo esto, mi ascendencia capuchina me impulsaba a la celebración devota de la Eucaristía, Viacrucis, Piísima, la Corona de los siete dolores, trisagios... jaculatorias... Tanto que las gentes ya entonces solían decir de mí que era un obispo muy rezador. Y creo honradamente que no se equivocaban.

Sí, en cuanto al ministerio apostólico yo tenía muy presente el "Instaurare omnia in Christo", restaurar todas las cosas en Cristo. Este era el lema del Papa de la Eucaristía, que tomó prestado del apóstol Pablo. Y, fiel a dicho proyecto de vida, se dedicó a la evangelización por medio de misiones populares, catequesis, confesión y comunión frecuentes... Programa tan conforme a mis aficiones lo recibí con satisfacción, y lo incorporé a mi proyecto de vida en Solsona. ¡Bendito sea el Señor en sus misericordias!

Era como el desborde lógico y natural del amor que siempre profesé al sacerdocio minis-

terial, a cuya cima tuvo a bien auparme la Divina Providencia en abril de 1907. Así que mi actividad en la menor diócesis del principado se limitó a crear iglesia, a reformar el clero, consagrar templos y altares, e impulsar la predicación misional y la catequesis.

¡Ah!, sí. Lo primero que hice a mi llegada a la diócesis fue la visita pastoral. Tienes razón. Deseaba conocer personalmente, y en su propio ambiente, a todos y a cada uno de mis párrocos. Que cada uno tiene que florecer, como me solía repetir mi buen Padre Maestro de Novicios, el P. Antonio de Tolosa, allí donde la Divina Providencia le plantó. Y esto es lo que yo transmitía a mis párrocos.

Por otra parte, me interesé por mis sacerdotes, por sus problemas personales y familiares, por la dureza de vida que llevaban en un clima y ambiente montañés, ya de por sí frío y duro. Esto me sirvió para admirar el buen espíritu que tenían. ¡Ah! y para no imponerles más cargas de las que cada cual buenamente pudiera soportar. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Además mi visita pastoral a cada pueblecillo era precedida de un triduo misional que yo encargaba, bien a los Padres del Corazón de María, bien a mis hermanos Capuchinos. El P.

Atanasio de Palafrugel, con su arte de predicador popular, me ayudó mucho a mantener la piedad por los pueblos sencillos de la comarca. Y los padres Camps y Davins, claretianos, quienes de misiones populares ciertamente entendían un buen rato.

Di, pues, comienzo a la visita canónica por la parroquia de la catedral. Era el lunes 23 de marzo de 1908. Y luego seguí por las del arciprestazgo de Solsona, las de La Pobla de Lillet y Torá, Berga... en total quince arciprestazgos, que eran los que tenía entonces la diócesis.

Otra de las obras que emprendí con entusiasmo fue la formación de los sacerdotes. Pues, gracias a Dios, tenía muy claro en mi proyecto de vida que entre los principales deberes de nuestro ministerio apostólico tiene ciertamente el primer lugar la formación de los jóvenes llamados por Dios al sacerdocio. Y así se lo escribí a ellos, claro. Como que han de ser los caudillos de la salvación.

Que, sin duda, por esto escribía santa Teresa: "Los sacerdotes estén fortalecidos con letras y buena vida. Pues que tienen que esforzar a la gente flaca y poner ánimo a los pequeños. De lo contrario, ni merecen nombre de capitanes ni permita el Señor salgan de sus celdas". Que a la

Santa de Avila muy pocos le ganan en coraje, sabiduría y santidad.

¿La cuestión social y obrera? También la cuestión social y obrera tenía cabida en mi proyecto de vida. Pero, como comprenderás, a principios de siglo, y más en una diócesis eminentemente agrícola como era entonces la de Solsona, resultaba casi desconocida. Sí, llegaban rumores de la Barcelona industrial y textil. Y la llamada semana trágica, por San Juan de 1909, tuvo un eco especial. Pero difícilmente repercutió en una ciudad como Solsona, que entonces escasamente llegaba a los 2.400 habitantes.

Por otra parte yo tenía muy presente aún la actuación de D. Gregorio Gea. Él intentó cristianizar al obrero. Que yo le acompañé en mis años de seminarista. Pero le resultaba muy difícil catequizar con razones a quienes tan sólo las recibían por vía de estómago. Que, como es sabido, suelen ser las únicas convincentes para el pobre. Confieso que no era fácil convencer a quienes reclamaban justicia social y tan sólo se les podía ofrecer un poco de caridad. Y esto cuando se podía.

Por ello yo me esforzaba en armonizar justicia y caridad. Y en los días difíciles del crudo invierno enviaba a mi portero Pedro a que llevase

pan y alimentos a los pobres. ¡Ah!, también escribí sobre justicia social. Cómo no, claro. “Todos los problemas sociales pueden ser resueltos siguiendo la doctrina y los ejemplos de Jesucristo, les decía. Y ¡qué felices serían entonces los pueblos!”.

Y se lo razonaba: “Porque el pobre vería socorridas sus necesidades por la munificencia del rico, que se consideraría como un administrador de los bienes que le ha dado la Divina Providencia, a la que debe dar cuenta de su inversión. De aquí se seguiría una mutua y perfecta unión y armonía entre ellos, amando el rico a su hermano el pobre, tanto más cuanto más necesitado le viese, y respetando éste y honrando al rico como a su padre y bienhechor.”

Y concluía: “Así se acortarían las distancias que hoy les separan, y se extinguiría el desdén y el menosprecio de los unos y el odio y el rencor de los otros. Los pueblos gozarían de paz, y con ella progresarían moral y materialmente, y los hombres lograrían la felicidad que ansían, si el espíritu de Jesucristo fuese el que animase e informase sus actos.”

Reconozco, hijo mío, mi ingenuidad en tan bellas palabras. Más aún, no creo que fuese éste el camino más apropiado para tratar de resolver

cuestión social alguna. Si bien tal vez fuera el único posible en aquel tiempo. Al menos en un obispado, eminentemente rural y campesino, como lo era el de Solsona.

Sí, es verdad que intervine en los Círculos Católicos, en los que he renovado algunas Juntas y redactado nuevos reglamentos en mi intento por revitalizarlos. En Solsona se ha creado una triple sección que atiende: a la parte religiosa; a la propaganda y movimiento obrero social; y a escuelas nocturnas y patronato de la juventud. Con ello creé el Sindicato Agrícola. Que creo ha llegado hasta el día de hoy. Pero lo cierto es que la cuestión social entonces estaba en ciernes.

No sé si te he contestado correctamente. Ni siquiera si te he ilustrado. Lo cierto es que mi proyecto de vida en Solsona fue muy simple: Vivir una vida piadosa y devota en fraternidad. Desarrollar mi sacerdocio ministerial en forma de visita pastoral a la diócesis, catequesis y misiones populares. Preceder a mis diocesanos con la palabra y el ejemplo. En síntesis, ministerio sacerdotal de la palabra. Palabra orada, en forma de oración vocal y mental, santa misa y liturgia de las horas, como decís hoy; palabra predicada, en forma de misiones populares. Y palabra y signo: catequesis y sacramenta-

lización. Sí, también la dimensión obrera y social comenzaba ya a abrirse camino y a mí ciertamente me preocupó.

No obstante, en un principio carecía de esa atención que ha impreso a la vida actual un ritmo atolondrado y frenético, donde todo se resuelve demasiado frecuentemente en movimiento, ruido, polvo y nada. Esperemos que su interpretación sea la correcta. Pero, lo cierto es que la verdad se suele perder en las discusiones prolongadas. Por lo demás tampoco todo movimiento es progreso, por más que se juzgue lo contrario. Ni todo caminar es siempre hacia adelante. Que la serenidad es necesaria, pues permite al caminante apreciar la senda... y agradecer al Señor las bellezas del camino.

¡Ah!, se me olvidaba. Sí, es necesario tener un proyecto de vida. Más necesario aún, tener sentido común para poder elaborarlo. Necesarísimo, el ponerlo por obra una vez elaborado, que es a lo que intencionalmente se destina.

18. De Solsona a Segorbe

—De Solsona a Segorbe, ¿es subir o es bajar, Padre Luis?

—Bueno... Todo depende del punto de vista. Para mí era acercarme. Que de esto se trataba, de cercanía a mis hijos. Y así se lo expuse repetidamente a Mons. Solari. Y también al Sr. Nuncio de Su Santidad, a la sazón Mons. Antonio Vico. Lo cierto es que lo comprendieron y, por su mediación, y el pressing de mis hijos sobre el Sr. Navarro Reverter y sobre el Presidente del Gobierno, fui trasladado a Segorbe. ¿Subir, subir, lo que se dice subir? ¡Qué quieres que te diga! No lo sé. Yo creo que ni es subir ni es bajar, sino todo lo contrario. Lo cierto es que con fecha 18 de julio de 1913 fui ya preconizado obispo de Segorbe.

—Y, la entrada solemne, ¿cuándo la hiciste?

—La entrada la efectué el 30 de noviembre, fecha en que entonces la Iglesia celebraba del apóstol San Andrés.

—Naturalmente sentirías el dejar Solsona, ¿no?

—Francamente, francamente. ¡Cómo no!

A una distancia de los hechos de casi ochenta años mi padre fundador Luis Amigó me hacía estas confidencias con un cierto aire de morriña que pa qué (dicen que los obispos, en razón de la grandeza de su cargo, más bien experimentan nostalgia o añoranza. La morriña es lo mismo, pro a lo vulgar. A lo pobre, vamos. Así al menos me lo ha explicado un señor canónigo que en esto de obispos y demás zarandajas entiende un buen rato).

Lo cierto es que todavía recuerdan en Solsona la salida del obispo Amigó, el amable obispo de la barba blanca, como dicen con cariño. Así nos lo ha recogido un cronista de la época en el siguiente diálogo:

“Pedro se agita nervioso y triste. Se vuelve y revuelve bajo las arcadas de piedra del viejo palacio de Solsona. Pero el señor obispo no pierde la calma. Irradia su proverbial ecuanimidad. Dice amablemente a su inquieto servidor.

—Pedro, llama a Teresa. Que también de ella deseo despedirme.

Y Pedro sale aprisa por la puerta de dintel frisado. Cruza la calle del Castell. Y sube al número 6 de la calle San Lorenzo. A los cinco minutos está ya de vuelta con su hija Teresa y

Antonia, su esposa. A las protocolarias palabras de despedida siguen los obligados consejos:

—Pedro, encomiéndame al Señor para que sea bien recibido en la nueva diócesis.

—Vuestra Excelencia será apreciado en todas partes, señor Obispo, le replica Pedro.

—¿Tú crees...?

—¡Si no aman a V. Excelencia no pueden amar a nadie!

—Ya lo veremos. Ya lo veremos... Y decía esto con una expresión de humildad que pa qué”.

Y todavía precisa el autor de dicha crónica:

—”¡Ah!, se me olvidaba. Pedro Canals es su fiel portero de palacio... Fiel por su natural bueno y servicial. Y fiel hasta por su nombre, porque, ¿cómo puede no ser fiel un portero de nombre Pedro?

De todos modos sus dudas le quedan a Luis Amigó. Y, ¡vaya si son fundadas! Segorbe lleva ya años de desunión interna. A ello colabora lo insignificante del pueblo, donde todo cotilleo tiene su asiento y, por lo general, finaliza en rencilla. Por una parte están los integristas y carlistas; por otra se encuentran los liberales; y, por otra, el cacique del pueblo. Para colmo los

Terciarios Capuchinos han conseguido el traslado del señor obispo a la sede segorbina haciendo pressing sobre el diputado en cortes, Sr. Navarro Reverter.

—A propósito, Padre Luis, ¿era verdad que reinaba tal división en el pueblo de Segorbe, como dice el cronista?

—Sin duda alguna, sin duda. Que también sobre esto se ha escrito largo y tendido. Que la paz en los pueblos es fruto de la buena conciencia, no del mayor o menor número de sus habitantes. Por otra parte, lo confieso, cometí la imprudencia de traerme de Solsona a Segorbe a D. Marcelino Blasco, como Vicario General, y a mi sobrino D. Romualdo Amigó, como secretario de Cámara y Gobierno. Ciertamente que esto no constituyó mi mayor acierto. ¡Sea todo por el amor de Dios!

—Y, en la nueva diócesis, ¿cuál fue tu ministerio pastoral?, ¿cuál fue tu obra?

—Desde luego lo primero que me propuse fue la reforma del seminario y la pacificación del pueblo. Durante veinte largos años de estancia en Segorbe, como sabes, dediqué mis esfuerzos a crear iglesia, familia y fraternidad. Y todavía pude llevar a cabo tres grandes obras materiales, como fueron el estucado y dorado de

la catedral, la adquisición del antiguo convento de santo Domingo y el entregar a los PP. Carmelitas Calzados el Santuario de la Cueva Santa.

Además centré mi atención en visitar la diócesis, disponer misiones populares y organizar peregrinaciones al Santuario de la Cueva Santa, en la Sierra de Segorbe.

—A propósito, Padre Luis. Dicen que fue memorable la del 12 de abril de 1914. Creo que fue para impetrar de la Señora la gracia de la lluvia, ¿no?

—Cierto, cierto.

—Yo, al menos, así se lo oí contar a la señora Baltasara, a quien tuve la ocasión de encontrar una tarde de otoño en la plazuela del Santuario, frente a la hospedería, rodeada de toda una chiquillería infantil.

Escucha, padre, escucha el relato que hacía la señora Baltasara, tal cual yo se lo oí referir:

“¡Toma que si me acuerdo! Como si fuera hoy, afirmaba la buena señora. Fue el 12 de abril del 14. Precisamente era domingo. Aquel año el otoño había sido seco y el invierno benigno. Y lo mismo el anterior. Los campos estaban agostados. De Altura a la Cueva Santa únicamente

una leve vegetación de palmito, aliagas y boj, y alguna que otra ramita de tomillo perdida en los campos pedregosos. ¿Y agua? Tan sólo en el vallecejo de los almeces echaba un hilillo la fuente. ¡Aquella fuente tan hermosa otrora! ¡Y de la Cueva Santa a Alcuclas...!

Así, con decisión, y un entusiasmo más que juvenil, narraba su historia la señora Baltasara. Y la chiquillería infantil, que le seguía embobada, aún le decía:

—Diga, diga, señora Baltasara.

—De la Cueva Santa a Alcuclas el paisaje, ya de por sí desértico, era un erial tan sólo veteado por alguna que otra matuja de carrasca o lentisco. Era primavera entrada y las viñas ni tenían fuerza para estallar en los primeros renuevos, olorosos, virginales. Mucho menos en zarcillos. Y las piedras de Montmayor y la cabaña de Hato Grande hacía años que no se lavaban. Estaban más requemadas que piedra de ermita. No llovía. ¡Qué mal se pasó, hijos! ¡Qué mal se paso...!

Y una vez más los chiquillos, con sonsonete infantil:

—Siga, siga, señá Baltasara, siga.

—El domingo 12, salió un sol hermoso, limpio (decía la buena señora). Bueno, ni más ni menos

que los anteriores. Altura, y Segorbe todo, subió a la Cueva Santa. Querían bajar al pueblo la Virgen, la imagen más milagrosa de toda la contornada. Subió también el señor obispo. ¡Qué placidez en su semblante! ¡Y, qué bondad en su mirada! Él, mientras nos reuníamos los peregrinos, rezaba el rosario ante los casalicios del mismo. Y de tanto en tanto elevaba su mirada al cielo. Yo que, ¿para qué negarlo?, me gusta hablar, me acerco y le pregunto:

—Señor obispo, y ¿cómo se hace uno santo?

—Tragando mucha saliva, hija, tragando mucha saliva.

—Siga, siga, señá Baltasara, se apresuró a decir un canijo.

—A eso de las tres (prosiguió la amable anciana) se inició la procesión de bajada. Ni una nube. Ni la más ligera brisa. Un sol primaveral... Bueno, como cuando Elías o Isaías o quien fuera. El caso es que antes de llegar a la masía de Ribas, ya la primera nubecilla. A la entrada de Altura, las primeras gotas. ¡Qué de vítores! ¡Qué de alegría! ¡Qué de algarabía de colores y caras gozosas! Mi hermanillo chapoteaba en los charcos con un gozo como nunca hizo desde que nació.

Aquel año, el año del gran milagro, se llenaron las trojes, y las bodegas, y las almazaras

chorrearon aceite hasta San Silvestre. Y, ¿sabéis a quién se debió todo? ¿Lo sabéis?

—A la Virgen de la Cueva Santa, gritó la enjambre de los pequeñuelos, que se apiñaba en torno a la afable señora.

—Sin duda alguna, sin duda.

—Siga, siga, señá Baltasara, decían a coro.

—Pero también al Señor obispo, que era un santo, apostilló la buena señora. Lo decía mi buena madre, que gloria haya, y que me llevaba de la mano: “es un santo, un santo”. Y lo decía también hasta el señor Melquiades, que es voz común que nunca pisó iglesia: “¡pero sino hay más que mirarle a la cara...”

Y así prosiguió su relato la señora Baltasara, mientras el grupito de chiquillos aumentaba rodeándola, no permitiendo se perdiera ni una sola palabra de las que caían de sus labios. Y los más pícaros aún le seguían animando con el mismo sonsonete:

—Siga, señá Baltasara; siga, siga.”

—A propósito, padre Luis. También decían las gentes que eras un espíritu providencialista. Y, sobre todo, que eras un espíritu fino, cultivado, amante de la liturgia y del sacerdocio ministerial. ¿Es esto verdad?

—No está bien que yo lo diga. Pero el sentido providencialista es algo connatural al espíritu capuchino. Como que es consecuencia lógica de vivir el desapropio. Y asimismo el amor a la liturgia y al sacerdocio ministerial. El espíritu reverente y piadoso del Padre San Francisco y, sobre todo, su amor a los señores sacerdotes caló muy hondo en mí.

—Pues mira, mira lo que decía un grupito de viejecitas segorbinas, a la salida de la catedral, en el fresco patio gótico de los naranjos, al finalizar la misa mayor del día de Pascua, de un año cualquiera poco más o menos. Que también yo fui testigo de su animado diálogo. Mira, mira cómo razonaban:

—“¿Ha visto, doña Mercedes? ¡Qué concurrencia! Así da gusto!, decía Roseta.

—A mí es que la misa de Angelis del día de Pascua, celebrada por el señor obispo, es que me llena... un montón, afirmaba D^{ña} Mercedes.

—Pues si le hubiera visto usted el día de Jueves Santo, en el lavatorio de los pies, parecía la humildad de rodillas, replicaba a su vez Roseta.

—¡Lo habrá hecho tantas veces, el pobre, en el convento!

—Sí, claro, que de raza le viene al galgo...

—¡Pero es que es en todas las celebraciones! ¡Qué sencillez! ¡Y qué unción y, al mismo tiempo también, qué naturalidad!

—¡Pues si le viera en el rosario de la auro-ra...!”

También Anita se encontraba en el grupo, pero no osaba hablar, cosa harto rara en una mujer. Sin embargo, asentía a cuanto afirmaba D^a Mercedes y Roseta, pues los años no les daban sabiduría alguna, pero sí un cierto ascendiente sobre las demás señoras.

Indudablemente, Padre Luis, que las gentes sencillas de Segorbe te conocían bien, y perdona por el tuteo. También decían las gentes que eras muy hospitalario, sencillo y popular. A un vejete, que casualmente encontré en la plaza del Agua Limpia, le oí decir en confianza, en tono sentencioso: “El señor obispo era uno de los nuestros”. Y subrayaba lo de uno de los nuestros como si verdaderamente hubieses sido posesión popular.

A propósito, ¿no recuerdas tus frecuentes visitas al noviciado de las Hermanas, en Altura?

—¡Che, che...!

—Alguien me ha contado que solías ir los jueves, y nada más comer. Que ibas andando. Y que te gustaba charlar con los labriegos y arriscado-

res de la campiña. Que al cruce del camino romano de Sagunto te solía esperar Edesio, el leñador. Y, junto a la acequia grande, Visantet, el cestero que remoja mimbrres para hacer cestos.

¡Ah! también me han dicho que te gustaba pegar la hebra con Juan, el mulero, y con Salus, el de la María. A propósito, les he oído ponderar personalmente lo lucido de la fiesta cuando celebraste tus bodas de oro sacerdotales el año 29. Escucha, escucha cómo se expresaban:

—“¡Mira que el hombre era feliz! ¡Cómo un niño en domingo! No lo podía ocultar, comentaba Salus.

—Se encontraba rodeado de todos, como un viejo patriarca, replicaba Juan, el mulero.

—¡Y qué de colgaduras y qué de raciones de olla se repartieron ese día!” Así lo confesaban ellos.

—¡Che, che...!

También me han asegurado que en Segorbe eras muy querido. Y que lo eras, pues... por eso, porque, al decir de Baltasara y Melquiades, eras un santo. Y, según doña Mercedes, porque tenías unción. En sentir de Roseta, porque eras la humildad de rodillas. Para Edesio, el leñador, porque eras bueno. Y para Juan, el mulero, y

Salus, el de la María porque habían comido a tu mesa. Y para todos porque eras prudente y humano, modesto y sencillo, pobre y hospitalario.

Por eso las gentes humildes, las que hablan con el corazón en la mano, se deshacen en elogios hacia ti, el amable obispo de la barba blanca. Elogios que he podido recoger personalmente de sus propios labios. Elogios que me han llegado así, vivos, palpitantes, hasta el día de hoy.

—A propósito. He sentido decir que en tus últimos años, cuando ya te iban faltando las fuerzas, e ibas perdiendo la vista, y ya el hambre se cebaba en tus sacerdotes al privárseles de la subvención estatal, propusiste renunciar al episcopado. ¿Es esto verdad?

—Desde luego, desde luego. Que aquellos fueron años duros y el último recodo del camino de la vida es preciso andar en solitario. Además en aquellos años estaba muy metido que el obispo se desposaba con su diócesis como Cristo con su iglesia. Y el matrimonio sólo se disolvía por muerte de uno de los contrayentes. Lamentablemente siempre solía faltar el obispo, como me sucedió a mí. Ya ves.

—A propósito, Padre Luis, deseo hacerte una última pregunta. ¿Permites?

También se ha dicho y escrito que tenías don de lágrimas, especialmente en los últimos años, ¿es así?

—Bueno, mira, dicen que no es de hombres el llorar; pero yo te digo que sí es de padres. De todos modos no creo que se pueda llamar don a lo que no es sino desahogo de la naturaleza humana. Que si el hombre ha sido creado para ser feliz, difícilmente el llorar puede ser un don de Dios. Vamos, digo yo. Pero, dejémoslo así por hoy. ¿vale?

—Vale.

19. En la ciudad del agua limpia

Como te dije la Divina Providencia fijó mi entrada solemne en Segorbe. ¿Día?, el 30 de noviembre. ¿La hora?, las tres de la tarde. Sería en uno de esos trenes asmáticos de aquella época.

Para estas fechas a mí, Fray Luis de Masamagrell, ya me llamaban Mons. Luis Amigó. Y tenía la obligación de ser puntual. Que la puntualidad es virtud de hidalgos. Así que el último día del mes de noviembre de 1913, y a la hora en que los labriegos de la serranía de Segorbe suelen proceder a la cata de sus colmenas, llegaba yo en tren a la ciudad del agua limpia.

En aquella hora solemne el sol estaba más bajo. Ya no picaba. La huerta enviaba los aromas de sus primeras mandarinas. Y el ambiente era fresco y amable. Era otoñal.

A las tres y nueve minutos, con puntualidad inaudita en trenes españoles, el de Valencia-Zaragoza entraba en agujas. En ese mismo momento la numerosa concurrencia prorrumpió en una clamorosa ovación.

¡Ah!, esperándome estaba (aparte D. Juan Navarro Reverter, cuya presencia para él era de

rigor) mi paisano Pepito, el de la María y sacristán de Masamagrell, a quien yo estreché a mi pecho con el más caluroso abrazo que di a ninguno de los presentes.

A eso de las cuatro el automóvil echó a andar, y nunca mejor dicho por la lentitud y solemnidad de su marcha ascensional. Conforme dejábamos atrás la feraz vega del Palancia para alcanzar la ciudad de fuentes abundosas de aguas transparentes, mi espíritu se trasponía.

A las 4'47 minutos, bajo palio, hacía mi entrada en la catedral basílica. A continuación la capilla de música insinuó el Te Deum. Aquella tarde se cerró con felicitaciones y enhorabuenas. Hubo besamanos y jolgorio. Y música, mucha música. Y a eso de las 7, a los acordes de la Marcha de Infantes, me retiré a mis aposentos.

¡Ah!, ¿que por qué desciendo a estos detalles, dices? Pues mira, porque mi vida en Segorbe estuvo entretejida toda ella de pequeños detalles. Que el detalle insignificante es signo exquisito de grandeza. Por lo demás yo tenía muy claro que no distingue el Señor a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la de sus obras.

Segorbe —tú lo sabes muy bien— era, y es todavía, una pequeña ciudad medieval, que

desciende de los cerros de La Estrella y de San Blas. Sus inviernos son cálidos y soleados y sus veranos frescos y apacibles.

Como diócesis era más bien poca cosa. En alguna época estuvo unida a la de Albarracín. Vamos, que era algo así como una espiñarga olvidada en los Montes Universales que, por Peña Escavia, se descolgaba hacia el mar sin conseguirlo. En mis tiempos ya estaba separada, que la unión entre pobres es más bien frágil y temporera. De todos modos la diócesis únicamente era abundosa en extensión. Que habitantes, lo que se dice habitantes, contaba unos 80.000, atendidos por ciento cuarenta sacerdotes diocesanos y algunos religiosos más.

En mis tiempos la diócesis de Segorbe era de carácter mayoritariamente agrícola y rural. Parecía marcada con el signo de lo eterno. Su grandeza estaba en sus gentes. Y creo que ninguno de sus obispos sufrimos nunca veleidades por hacer, hacer y hacer. Que las esencias suelen encerrarse en tarritos pequeños y nunca fueron patrimonio del obrar. Lo cierto es que en esta pequeña diócesis, rodeado de tan buenas gentes y con este ramillete de piadosos sacerdotes, iba a compartir yo los restantes años de mi existencia terrenal.

Desde luego sin pérdida de tiempo, cuarenta y ocho horas después de mi entrada solemne, ya dirigía yo a los diocesanos mi primera carta pastoral. En ella les escribía las palabras de San Clemente: "No por mis méritos me envió a vosotros el Señor, sino para hacerme partícipe de vuestras coronas." Que nada hace la vida tan amable como el rebajarse uno al nivel de los más humildes. Sí, a continuación también les dije que me proponía trabajar incansablemente por su propia santificación, sin perdonar para ello fatigas ni sacrificios. Pero vamos, esto es lo que se dice siempre en un primer esbozo de programa de intenciones.

En el año 1913 aún me concedió el Señor otro gran motivo de consuelo y satisfacción. Y fue que, a finales de diciembre, tuve la suerte de poder presidir la peregrinación del magisterio católico a Roma. No sé si te lo he dicho ya, pero el día prefijado para la audiencia hube de hacer la presentación de la peregrinación al Santo Padre Pío X. ¡Uf, la de sudores...!

El año 1914 fue para mí también de grandes y fuertes emociones, gratas unas y muy tristes otras. Y fue la primera el 12 de abril con motivo del traslado de la Santísima Virgen de la Cueva Santa a Altura para impetrar de la Señora el beneficio de la lluvia. Ya conoces el relato

colorista de la señora Baltasara. Pero como la providencia ordinaria de Dios suele ser el mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquéllos nos engrían ni éstas nos abatan y enerven, dispuso el Señor que durante el verano de 1914 estallase la gran guerra. Lo que constituye el suceso triste. ¡Sea todo por el amor de Dios.!

Los años de 1914 a 1918 fueron por lo general amargos y turbulentos por cuanto el terrible azote de la guerra flagelaba sin piedad a naciones con las cuales nos unían vínculos de raza y amistad. Yo, como mi padre San Francisco cuando creció mucho la Orden, me sentía como una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica, incapaz de atender tanta necesidad.

Pero el tiempo y la historia avanzaban inexorablemente. Y no era cuestión de entretenerse en discursos paralizantes, como decís hoy. Por eso, en lo material, me di a tres grandes obras, como te dije anteriormente: el estucado y dorado de la catedral, la adquisición de la iglesia del convento de Santo Domingo, y encargar el Santuario de la Cueva Santa a una comunidad religiosa. Y, en lo espiritual, dediqué mi tiempo a la visita pastoral de la diócesis, que iniciaba el 14 de mayo de 1915 por Sot, Soneja y Segorbe, como bien sabes.

En dichas correrías apostólicas frecuentemente transitábamos por caminos de herradura. Y más de un salteador de caminos nos visitó entre pueblo y pueblo, aunque seguramente a otros actos de visita no asistió. Que el hambre aguza el ingenio y difícilmente hace cuestión de dignidades. De lo que digo te puede dar idea el saber que el pueblo de Altura era el feudo más apetecido por los sacerdotes de la diócesis, por cuanto era el más cercano a Segorbe y el más seguro.

¡Ah!, se me olvidaba. De 1914 a 1922 desempeñé el cargo de senador del Reino por nuestra provincia eclesiástica de Valencia. Honor del todo inmerecido y que yo acepté por el gran bien que de ello podía derivar para nuestra diócesis y congregaciones.

En cuanto a mi diario quehacer en Segorbe tenía la normal monotonía de todo lo cotidiano. Las mañanas las solía dedicar a despachar asuntos curiales de ordinaria administración. Y las tardes, en cambio, especialmente las deliciosas tardes de la primavera y otoño segorbinos, las empleaba en visitar enfermos, confesar en la catedral o visitar a mis hijas en su casa noviciado de Altura.

Luego de la obligada visita a la Señora, la Virgen Blanca, en la catedral, solía salir por la

puerta mayor y, acto seguido, me adentraba en ese delicado dédalo de callejuelas sinuosas y empinadas que insensiblemente tiran de uno hacia arriba, hacia lo alto del cerrillo de la Estrella. Y visitaba algún enfermo en el antiguo barrio de la Morería, arrabal recostado sobre dicha loma.

Otras veces dirigía mis pasos hacia la calle-cilla de D. Martín de Aragón, sinuosa y zigzagante, partida por la de Platerías (¡qué nombres tan sonoros!), cruzaba la antigua carretera de Sagunto-Burgos, y descendía por la plaza del Arroz (también llamada de Alfonso XII) a la popularmente conocida como Plaza del Agua Limpia, con sus mascarones de bronce, para tomar el camino de Altura.

A veces cruzaba la puerta romana e iba por la Tebaida a alcanzar el Barranco de Capuchinos. Y por la huerta, por el senderillo viejo de la acequia con ribetes de camino, me llegaba a casa de mis hijas. Esta vereda era muy a propósito para el silencio y la contemplación. Lo cierto es que necesitaba de vez en cuando salir del palacio episcopal. Darme un baño de silencio y de pueblo. Resolear el espíritu. Que uno no puede estar siempre pretendido hacia lo divino. Eso sí, siempre me hacía acompañar por fray Serafín M^o de Ayelo, mi familiar.

Durante los años siguientes (y me refiero generalmente a los de 1917 a 1926) el nuevo código de derecho canónico marcó el ritmo de mi vida en Segorbe, la ciudad del agua limpia. Lo primero que hice fue reformar por segunda vez las Constituciones del Seminario. Había que acomodarlas al código. En pleno siglo XX no eran admisibles ya las distinciones. Tener en el mismo centro seminaristas ricos y pobres, josefinos y de los otros. Tampoco era admisible el llevar el Seminario todavía a lo casero. Total, que hubo que renovarlo en profundidad. Y creo que se consiguió. Le di nuevas Constituciones, nuevo enfoque científico, nuevo director espiritual, nuevos prefectos...

Por otra parte dicté oportunas disposiciones (al menos así se me reconoció entonces) sobre catequesis, predicación sagrada y música sacra. Establecí las conferencias morales y litúrgicas mensuales. Convoqué para la provisión de parroquias. Creé el museo diocesano y organicé el archivo. Y promoví la confesión y comunión frecuentes.

Tuve también el consuelo de ver cómo llegaban a su fin obras que comenzamos bajo el signo de la pobreza pero, confiados a la Divina Providencia, y que gozosamente contemplábamos cómo esta misma Providencia Divina poco a

poco las iba conduciendo hacia su fin. Me refiero, entre otras, al Santuario de la Cueva Santa, cuya cesión nos fue otorgada en fecha 13 de enero de 1922; la conclusión del estucado y dorado de la catedral basílica, a finales de 1923; la consagración de la iglesia de la casa noviciado de mis hijos, en Godella, el 18 de marzo de 1924; o la apertura al culto de la iglesia segorbina de Santa María, en fecha 29 de noviembre de 1925.

También sufrí momentos dolorosos. Que en la vida de caminantes no puede ser de otra manera. Pues, a primeros de 1921, fallecía mi hermano Julio y, apenas iniciado el año 1923 y en el término de ocho días, fallecía asimismo mi hermana Emilia Rosario y mi cuñado Salvador. Y también en el verano del mismo año se inició la dictadura de D. Miguel Primo de Ribera que, apañadita y todo como fue, no dejó de ser una verdadera dictadura para el pueblo.

Pero el año que resultó crucial para mi persona fue el 1926. Comenzó ya entrando un poco lento y receloso. Remolón, vamos. Como entran en la plaza los toros que no son buenos. Y la salida... estaba claro que, al menos para mí, no iba a ser por la puerta grande y a hombros, sino por la de la enfermería. Y a hombros sí, pero de las asistencias. Desde luego yo ya me recelaba algo. Por eso, con fecha 3 de mayo, dicté a mis

hijos e hijas la que sería llamada con razón mi carta-testamento.

“En la convicción de que éstos serán ya los últimos Capítulos a que Nos asistamos...”

Sí, ciertamente todavía asistí a los capítulos generales de mis dos congregaciones. Pero, amigo, el 19 de septiembre este delicado cuerpecillo mío parecía no dar ya más de sí. Parecía haber llegado a su término terrenal. Todo un mes me debatí entre la vida y la muerte. Es como cuando se te parte el eje del carro por medio, pero peor. Más brutal. En aquellos momentos sentí como nunca el anonadamiento cristiano. Y el desapropio franciscano. Uno se siente casi un no ser.

«Gracias a Dios, el Señor se dignó oír vuestras súplicas en nuestro favor y nos restituyó la salud. Sin duda alguna para que, empleando mejor el tiempo en su servicio, aseguremos nuestra salvación eterna. ¡Gracias mil sean dadas al Señor, y a vosotros amados hijos, por cuya mediación nos ha otorgado este beneficio!» Es lo que entonces os escribí con gratitud.

Pero en todo caso estaba claro que en lo sucesivo mis fuerzas no daban ya sino para mondar cacaos, y para poco más. Sí, recuerdo que a raíz de la recuperación las gentes me decían amable-

mente: “¡Qué bien se conserva, señor Obispo. Qué bien se conserva!”, lo que no era sino una manifestación evidente de que estaba mal. De todos modos hube de hacerme los ánimos y seguir adelante. Desde entonces, aunque no se haya dicho, las escasas fuerzas que el Señor tuvo a bien reservarme las empleé, como las emplean los viejos en general, en fanfarrias y poco más. ¡Ah!, sí, y en celebraciones de celebraciones.

A partir de entonces los años sucesivos se fueron haciendo mucho más lentos y sombríos. ¡Uy! perdona, hijo, pero creo que también esto te lo he dicho ya alguna que otra vez. Y es que, cuando se llega a una cierta edad, se repite uno más que chirimía de feriante. ¡Sea por el amor de Dios!

Lo cierto es que en 1931, el 14 de abril, se instituyó la Segunda República. Yo me encontraba con mis hijas en el Santuario de Montiel. Cuando llegó a mis oídos la noticia (creo que fueron ellas quienes me la dieron) lo único que pude musitar fue: ¡Que no se entiendan, Señor!

A partir de dicha fecha, de dicha fatídica fecha, en los años siguientes en España ya no se pudo gozar de paz. No había transcurrido todavía un mes y, el 11 de mayo.. ya sabes, Madrid, Barcelona, Valencia... Bueno, todos

sabemos lo sucedido, pero mejor no meneallo, como diría el clásico. Lo cierto es que yo nunca tuve dudas en que mis hijos, si llegase la ocasión, tendrían pasta de mártires, como a su debido tiempo dieron bien a conocer.

Pero... dejemos aquí el relato, si te parece bien. Que la tristeza es ave de cortos vuelos y no alcanza a anidar en estas alturas. De todos modos el ocaso de la vida, el ocaso de cualquier vida, viene siempre teñido de sangrientos tonos crepusculares, ¿no crees? Es como el último estertor de un meteoro. Es como un prelude cruel. Y, luego cae la noche.

20. ¡Loado seas...!

—No recuerdo bien dónde pero he leído, venerable padre Luis, que el Señor dotó a Francisco de Asís, sobre toda otra cosa, de un corazón magnánimo y de un espíritu piadoso, clemente y compasivo.

—Has leído y, con seguridad, has leído bien. Pues mi Seráfico Padre fue... eso, un espíritu sensible y compasivo, cortado según el mismo corazón de Dios. Que por algo le llamamos evangelio viviente. Por otra parte ya sabes lo que dice Moisés de Yahveh en el libro del Éxodo, que es misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en piedad.

—¿Y no dice también esto el salmista, padre?

—Sí claro, claro que sí. Y quiero recordar que el pensamiento lo retoma en el salmo 101: "El Señor es clemente y compasivo, lento a la ira y rico en amor". Y, seguramente, Dios es clemente porque es eterno, y es piadoso porque es omnipotente. Que la misericordia y la magnanimidad siempre fueron atributos divinos. Por lo demás si Dios es amor, es lógico y natural que también sea benigno. Que tenga entrañas maternas. Vamos, al menos así me lo parece a mí.

—Cierto, cierto, padre. Y creo que has unido perfectamente amor y misericordia. Que en esto es donde Dios se manifiesta, si cabe, más Señor y el hombre se presenta más humano. Que el verdadero amor no está en que amemos a Dios, sino más bien en que El nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Algo así quiere decirnos el apóstol San Juan en su primera carta, ¿no?

—Sí claro. De todos modos —y aunque desde estas alturas se puede divisar clara y distintamente la vereda del pensamiento —no pienso elevarme a las intrincadas regiones de la teología. Que el camino franciscano, la vereda seráfica, discurre más bien por vía cordial y por senderillos un tanto más triviales. Por eso descendamos, si te parece, a Francisco de Asís.

—Por mí, que así sea.

—A propósito, ¿sabes cómo da comienzo San Buenaventura a su vida sobre el Seráfico Patriarca?

—¿Cómo, padre Luis?

—Pues dice el seráfico doctor (lee, lee si no los comienzos de su Leyenda Minor) que Dios había infundido en lo más íntimo del joven Francisco una cierta compasión generosa hacia los pobres

unida a una suave mansedumbre que, creciendo con él desde su infancia, llenó su corazón de grandísima benignidad.

—Lo he leído y lo recuerdo, venerable padre Luis; lo recuerdo muy bien. Porque, a continuación, el autor de la Leyenda se entretiene en comentar que el Seráfico Patriarca, desde entonces, se propuso dar limosna a todo el que se la pidiera, máxime si alegaba el motivo del amor de Dios. ¡Y a fe que así lo cumplió durante toda su vida!

Recuerda si no su actitud ante aquel caballero noble, pero pobre y mal vestido, relatado a renglón seguido. A la vista de aquella pobreza —dice—, se sintió conmovido su compasivo corazón y, despojándose inmediatamente de sus atavíos, vistió con ellos al pobre cumpliendo así, a la vez, una doble obra de misericordia: cubrir la vergüenza de un noble caballero y remediar la necesidad de un pobre.

¿No me dirás que mi padre San Francisco no poseía honda sensibilidad social y corazón piadoso y compasivo?

—Por supuesto, por supuesto. Pero es que, además, nos lo vienen a confirmar sus mismos testimonios personales.

—¿Cuáles, padre?

—Pues los testimonios de sus escritos, que nos deja en los momentos más solemnes de su vida, como puede ser en su Testamento: "El Señor mismo me condujo en medio de los leprosos, dice el Seráfico Padre, y practiqué con ellos la misericordia".

Más solemne se pone todavía cuando entona el Cántico de las Craturas: "Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor!", que es el modo como remata en belleza su Cántico de las Creaturas aquel juglar de Dios antes de recibir a la muerte cantando las misericordias del Señor, su único Bien, sumo Bien y todo Bien.

Perdona, hijo, pero date cuenta de que estamos tapizando nuestro diálogo de citas sobre la misericordia, clemencia y compasión seráficas.

—¡Ah!, pues es verdad, padre. Pero nunca por mayor abundancia fue peor año. Que así lo refiere el refrán castellano.

De todos modos (y perdón por la cita) el Seráfico Padre se manifestaba especialmente sensible y compasivo con las avejillas del cielo. "Si llegare a hablar con el emperador le rogaré —decía— que dicte una disposición por la que todos los pudientes estén obligados a arrojar

trigo y granos por los caminos, para que en la gran solemnidad de la Navidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, tengan comida en abundancia".

¡Ah! pero su espíritu sensible y compasivo subía aún más de tono si del hermano en necesidad se trataba. Tanto que recoge su pensamiento (y permíteme todavía una cita) en la Regla de 1221: "Todo el que acuda a los hermanos, amigo o adversario, ladrón o bandido, escribe, sea acogido benignamente". Ahora bien el amor compasivo de Francisco, su piedad y misericordia casi maternas, su honda sensibilidad adquieren un relieve especial en la Carta a un Ministro:

"En esto quiero conocer que amas al Señor, le dice al Ministro —y perdón una vez más por la cita—, y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor. Y compadécete siempre de los tales".

¡Pregúntale tú si quiere misericordia! ¡Compadécete de los tales...!

—No es fácil, la verdad, no es cosa fácil encontrar texto alguno que contenga una invitación más vehemente a la misericordia paternal. Pero, por si faltare algo, el Seráfico Padre invita a cada uno de los hermanos a que practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera con él, si estuviere en caso semejante, ¿recuerdas?

—No sé si andaré equivocado, padre Luis, pero posiblemente esto explique el carácter misericordioso y compasivo de todas las órdenes y congregaciones franciscanas. Pues de tal palo, tal astilla. Que también esto lo dice el proverbio castellano, ¿no?

—Sí, es verdad. Las órdenes y congregaciones franciscanas han nacido todas, y especialmente las terceras, con un gran deseo por vivir las parábolas de la misericordia. Y si no recuerda la Regla: "No averigüen, ni hablen mal del hermano, antes bien usen con él de misericordia". "Pues para esto han sido llamados los hermanos y las hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados".

—A propósito, me parece recordar, venerable Padre, que las constituciones que tú profesaste

decían algo al respecto, ¿o me equivoco? ¿no será que el espíritu y misión que tú deseaste imprimir en tus congregaciones tiene ya aquí su origen? ¿no será que...se halla ya recogido allí?

—Cierto que nadie es totalmente original. Que siempre los más diminutos riachuelos nacen de los neveros de las más altas montañas ¡Cómo iba a ser yo original —pobre de mí— que escribí las constituciones entre mis treinta y treinta y cinco años! Pero bien cierto es que las congregaciones fundadas por franciscanos presentan todas ellas una gran influencia de nuestra Regla y Vida. Y todas ellas, asimismo, muestran un perfil piadoso y rezuman un espíritu clemente y compasivo, por lo que al fin especial se refiere.

Toma y lee tú mismo. Lee, lee.

—¿Dónde, venerable padre Luis?

—Ahí en el número 121, de las constituciones que yo profesé. En los comienzos del texto. Donde se exponen las razones sobre el modo de corregir el ministro provincial al hermano que pecó.

—¡Ah!, sí. Leo textualmente: "El Ministro Provincial acójalo con dulzura a imitación de Cristo nuestro verdadero Padre y Pastor, del modo que el piadoso padre recibió a su hijo pródigo".

—Sigue, sigue leyendo.

—"Y juntamente con Cristo se esfuerce en llevar con alegría sobre sus hombros la oveja perdida hasta dejarla segura en el redil evangélico".

—Sigue, sigue leyendo todavía. Y perdona mi invitación reiterativa.

—A renglón seguido añaden las constituciones: "Recuerden los prelados que también nuestro Padre San Francisco solía decir que, si queremos levantar al caído, es preciso inclinarnos con piedad, así como lo hizo nuestro piadosísimo Salvador cuando le presentaron la adúltera".

—¿Te has dado cuenta? ¿Sí...?

—¡Cómo no, carísimo padre, cómo no! Son algunas de las bellas parábolas sobre la misericordia divina.

—¡Qué tres ejemplos de la misericordia del Señor Jesús! ¡Qué tres ejemplos...!

Pero sucede, además, que no concluye aquí el texto, como puedes ver. Sigue, sigue leyendo, si te parece, por favor.

—¡Ah!, sí. "Piensen que el dulcísimo Hijo de Dios bajó del cielo a la tierra y murió en cruz por

salvarnos. Y que a los pecadores contritos mostró siempre suma afabilidad".

—¡Ah! y dicho número 121 (míralo, obsérvalo bien) concluye con la más hermosa paráfrasis de la Carta del Seráfico Padre a un Ministro, y a la que anteriormente hemos hecho leve referencia.

¡Eh!, ¿qué te parece? ¡Qué maravilla! Podrá ser, si quieres, que estos textos tengan la pátina del tiempo. Podrán no coincidir plenamente, si así lo deseas, con una mentalidad moderna. Podrán incluso ser, si así prefieres, de no fácil lectura. Pero ¿no me negarás que son bellísimos y que tienen el sabor añejo de los mejores vinos de solera? Que no necesariamente lo nuevo, por moderno, es mejor; ni lo añejo, por antiguo, ya no sirve. Que las verdades son eternas y están llamadas a lucir eternamente bien. Y libritos conventuales, de color avellanado y un tanto moosos, suelen contener aquilatadas esencias. Y, a veces, con una amorosa restauración y pequeños retoques, traslucen magníficamente su porte sólido y su garbo gentil. Que, más que el cómo de las cosas, el porqué se ha de enseñar, como diría el clásico. Y estos libritos a fe que suelen enseñarlo, suelen enseñarlo. Que su permanencia en el tiempo es la mejor garantía de su bondad.

De todos modos perdona, hijo, este mosaico de citas. Pero por esta vez creo que lo exigía el

guión. Por otra parte a mí me resulta demasiado fácil el hacerlo desde aquí. Y a ti no creo que haya resultado difícil su lectura desde ahí, con las constituciones en las manos, ¿verdad?

—Desde luego que no. Pero yo al menos, padre, sigo interesado en el tema. Descendamos aún más a lo nuestro. Esa finalidad misericordiosa "Id en pos de la oveja descarriada", de tu carta testamento, ¿de dónde proviene?

—Lo cierto es que ni yo mismo lo sé. Y, si alguna vez lo he sabido, ahora mismo no lo recuerdo. Son frases que se encontraban en el ambiente. Y, posiblemente, de ahí la tomaría yo. Lo que sí es cierto es que existió una devoción bien capuchina y bien española. Y, si me apuras, bien andaluza a la Divina Pastora o mejor, como se dice hoy, a la Madre del Divino Pastor y Zagala de su rebaño.

Cuando ocurrió lo del cólera de 1885, pasada la epidemia se vio que quedaban muchos niños sin amparo en la huerta levantina por haber muerto sus padres. Y muchos ancianos también. Y yo, movido a compasión, pensé en que podríamos recogerlos. Nació así la casa asilo de Masamagrell, como respuesta piadosa y con una finalidad clemente y compasiva, propia de las Órdenes Terceras, que tanto me ayudaron en el empeño.

Se fue concretando así la finalidad de mis hijas Terciarias Capuchinas como servicio amoroso a los ancianos y a los huérfanos y con una proyección misionera. Sencillamente se proyectaron hacia las obras de misericordia corporales hacia los más necesitados de bienes materiales y de afecto.

—¿Y tus Terciarios Capuchinos o Amigonianos?

—Sí, también fue el año del cólera. Ante tan aflictiva situación, al momento pasó por mi mente, y se me fijó, la idea (no sé si por inspiración divina) de completar la obra con la fundación de una Congregación de Religiosos Terciarios que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos.

Ahora bien, en los años 1887 y 88, ya algo más libre de atenciones, pude dedicarme con mayor asiduidad a escribir las constituciones por las que debía regirse la Congregación y hacer, al efecto, las consultas necesarias.

Efectivamente, también a mis hijos di una finalidad misericordiosa y bien franciscana, como ves. Intencionalmente les destinaba a las obras de misericordia espirituales: enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha menester..., como ya te dije en otra ocasión.

—A tus hijas e hijos espirituales evidentemente les destinaste al ejercicio de las obras de misericordia. Pues que al final de la vida seremos examinados en el amor, según frase feliz de San Juan de la Cruz, ¿verdad?

A mis últimas palabras mi buen padre Luis tan sólo pudo asentir con la cabeza. Pues se retiraba ya de nuestra conversación. Me pareció oírle tararear (cosa harto rara en un obispo) aquel versito del Cántico de las Creaturas del P. San Francisco: "¡Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor!".

Por cierto, que su semblante reflejaba una amable actitud de misericordia y piedad casi infinitas. Y es que el venerable padre Luis, durante su vida terrena, vivió las parábolas de la misericordia en clave franciscana. Más bien diría que con el espíritu de las bienaventuranzas.

Yo, por mi parte, también me alejé lentamente del lugar de nuestro diálogo. En aquel momento solemne abrí la Biblia. Casualmente en la carta a los Colosenses: "Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura y la comprensión".

¡Ah! también me vino a la mente el versículo aquel de San Mateo: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".

21. Últimos años

El último tramo de la vida –te lo digo yo fray Luis de Masamagrell– es el tramo del ocaso en que se avistan ya las amables riberas de la eternidad. Es el tramo final que, como corredores de fondo, hemos de recorrer en solitario. El ritmo de la vida se vuelve lento y pausado. El mismo espíritu se manifiesta apacible y reposado. Es generalmente el tiempo de las últimas voluntades.

Por esta razón me vas a permitir, hijo, que la última etapa de esta mi pobre vida también yo la recorra solo. En solitario. Con la ineludible soledad del corredor de fondo. Cierto que no es la etapa de mi existencia de la que mejores recuerdos conservo, pero sí la más sentimental. Que el último recodo del camino constituye un retorno a esa primera etapa de la vida. ¿Acaso la salvación no es también una recuperación del primer paraíso perdido?

Para 1925 habían fallecido ya todos mis hermanos. El 17 de enero de 1921 falleció Julio. Y el 5 de enero de 1923 se fue mi hermana Emilia. Dos días después acompañé también yo a mi cuñado Salvador hasta su última morada.

Tan sólo me quedaba mi hermana Rosita. ¡Tan ocupada, la pobre, por sacar adelante sus ocho hijos! Lo cierto es que yo me apresuré a manifestar mi última voluntad, por lo que pudiera suceder.

El 23 de abril de 1925 me encontraba yo en Valencia. En casa de mi hermana. El día había amanecido claro y azul. Se había vestido del azul más azul del mundo. Verdaderamente primaveral. Dije misa. Recé de san Jorge, como hacíamos entonces. Y a eso de media mañana, en compañía de mi cuñado Basilio, de Carlos y Salvador Llana, y de don Lorenzo Tomás y Lucas, bajamos a la calle de la Leña. Cruzamos la plazuela de la Almoina. Y nos dirigimos derechos a la casa número uno de la calle de Palau. Era el despacho del abogado don Salvador Redón. Ya nos estaba esperando. Y ante él otorgué testamento.

Al P. Javier M^a de Valencia, a la sazón superior general de mis hijos, dejé el reloj de oro que tiene grabados mis retratos. A mi sobrino José María, el reloj de mi despacho con cuerda para un año. A su hijo mayor el cuadro de metal blanco con mi retrato. A mi cuñado Basilio el pectoral de oro. Y a mi otro sobrino don Salvador Escorigüela, un servicio completo de café... A cada cual dejé un pequeño recuerdo sentimental.

Al año siguiente por mayo, cuando hace la calor, dirigí a mis hijas e hijos espirituales una circular. Se la ha llamado, no sin razón, mi carta-testamento. Y, ciertamente, lo es. En ella les decía, entre otros avisos y consejos:

– “Tened gran estima, queridos hijos e hijas, de vuestra Madre la Congregación.”

– “Debéis ser apoyo y sostén unos de otros...”

– “Debéis procurar también haya entre vosotros una íntima unión...”

– “Que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba san Juan a sus discípulos.”

– “Sed fieles observantes de vuestras Reglas y Constituciones....”

– “Que os mostréis siempre muy agradecidos a la singular merced que el Señor os hizo trayéndoos al puerto de la Religión.”

Dicen que en la carta-testamento me olvidé de inculcaros una tierna devoción a nuestra Madre de los Dolores. Y es la verdad. Que no siempre la memoria es fiel, y los sentimientos frecuentemente se olvidan en el tintero. Que por falta de amor a mi buena Madre ciertamente que no fue. Por cierto que, apenas concluidos

ambos testamentos, me visitó la enfermedad. Fue un requiebro a la soledad.

A propósito, ¿no has leído *requiem por un campesino español*?, ¿no? Pues mira, cuando Paco el del Molino, al volver con el sacerdote de administrar la extremaunción a un enfermo, le pregunta:

—“¿Por qué no va nadie a verlo, Mosén Millán?”

Este le responde:

— “¿Qué importa eso, Paco? El que se muere, rico o pobre, siempre está solo aunque vayan los demás a verlo. La vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué.”

La tarde del 6 de septiembre de 1926 yo me sentía morir. Un fuerte ataque de uremia me conducía al borde de la muerte. Fui a Masamagrell a despedir a mis hijas Terciarias Capuchinas que volvían a Colombia. Y allí me dio. Don Romualdo Amigó, mi familiar, dispuso rápidamente que volviese a palacio, a Segorbe. No podía permitir él que su obispo muriese fuera de la diócesis. Se me administraron, pues, los últimos sacramentos —que por la bondad de Dios no fueron tan últimos—, y la extremaunción, la que tampoco fue tan extrema como en principio se presagiaba, gracias a Dios.

¡Ah! don Alfredo Lorente, médico de la familia episcopal, constantemente estuvo a la vera de mi lecho en momentos tan difíciles. Y mis hijos, y mis hijas, y el Sr. Vicario Episcopal también... Todos. Lo cierto es que, a pesar de tan numerosa y amable compañía, yo me sentía que encaraba ya el último recodo de la vida. Y que lo hacía con la soledad del corredor de fondo. Dijeron entonces que pasé once horas sin conocimiento y que durante un mes continuado me debatí entre la vida y la muerte. No lo sé. Pero... ¡entonces comprendí que “el que muere, rico o pobre, como decía Mosén Millán, siempre está sólo aunque vayan los demás a verlo”!

Lo cierto es que también en esta ocasión tuvo el Señor compasión de mí. ¡Gracias sean dadas por todo al Señor! Y que la prórroga de mi vida sea para emplearla mejor en su servicio.

A mediados de octubre el tiempo comenzó a mejorar. Y también mi delicada salud. Todavía pude gozar de un otoño, seco y soleado, como lo suelen ser los otoños en Segorbe. Pero don Rafael Muñoz, mi confesor, se hacía presente en palacio con mayor frecuencia de la que solía ser habitual en él. Esto me daba a entender que yo no estaba bien. ¡Cómo iba a estar bien si había bordeado ya los 70! ¡No podía estar bien! Uno de esos días, luego de un largo preámbulo, como es

normal cuando se desea introducir un discurso serio, me insinuó que escribiese mis memorias. Esta invitación me confirmó aún más en mi presentimiento y convicciones. Así es que de 1926 a 1929 me fui aligerando de algunas cotidianas ocupaciones. Y me dediqué a escribir *Apuntes sobre mi vida*, mi autobiografía. Era el postrer servicio que podía prestar a mis hijas e hijos espirituales.

El invierno de aquel año, y de los sucesivos, lo pasé asegurando que me encontraba bien. Pero constantemente lo venía a desmentir mi catarro crónico. Este manifestaba que yo estaba mal. Pero todavía llegué a la primavera del año siguiente, y del siguiente, y del otro..., y de otros más. Y en los días soledados de la primavera, cuando las lomas se pueblan de yuntas de labranza, don Alfredo el médico, con su mujer y sus niños, acudían a palacio. E intentaban hacer más llevaderos mis dolores y mis días.

¡Ah! recuerdo que en una de esas visitas vespertinas a Alfredo, niño de cuatro o cinco años, no se le ocurre otra cosa que avalanzarse al estanque de palacio con el intento de coger los peces de colores que en el mismo cuidaba el bueno de fray Serafín M^a de Ayelo.

Que sí, que no; forcejeos. Lo cierto es que con dificultad se le pudo arrancar al niño del gozo

con que chapoteaba en el estanque en busca de pececillos de colores. Y dicen que cuando el niño estaba enbelesado en lo más recio de la contienda, y fray Serafín azorado en un intento supremo por sacarlo del agua, aparecí yo en lo alto de la escalera, acompañado del padre del niño, el doctor D. Alfredo Lorente.

También dicen, aunque yo ahora no lo recuerdo, que profeticé taxativamente:

— “Alfredo, tú eres un futuro alumno de Santa Rita”.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el niño se hizo muchacho. Y el muchacho, joven. Y el joven comenzó a entrar en conflicto con los libros, y con sus padres, cosa harto frecuente en la juventud. Y él mismo con el tiempo pidió su ingreso en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Se le interna. Y comenzó a sentar cabeza, según dijeron luego sus propios padres y educadores.

Allí estuvo hasta poco antes de la guerra civil. Y el joven murió en la contienda, según creo, porque... “la vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué”, según decía Mosén Millán. ¿Casualidad, providencia? No lo sé. Dios lo sabe. Lo cierto es que de ahí me atribuyeron el don de profecía el que yo —la verdad— nunca tuve conciencia de poseer. ¡Sea todo por el amor de Dios!

¡Ah!, recuerdo que en estos últimos años de la vida también me solía visitar D. Baltasar Rull y señora con los niños. Y quiero recordar que a Ramón y María Vicenta, sus hijos, les confirmé en la capilla de palacio.

Era D. Baltasar entonces juez de instrucción y primera instancia. Y con el tiempo, Magistrado del Supremo. Era fino y elegante, pero sencillo. Nunca se le pegó la adusta severidad de la toga de la justicia. Ni siquiera después cuando fue alcalde de Valencia y dedicó a mi humilde persona una bella plaza. Lo cierto es que frecuentemente departía con él sobre leyes y tribunales de menores. Y, especialmente, sobre la forma de hacer más llevadera la estancia de los jóvenes en nuestros correccionales.

Él apreciaba los problemas desde el punto de vista de la ley. Yo en cambio los miraba desde la perspectiva de la piedad y la misericordia. Lo cierto es que nos entendíamos bastante bien. ¿Acaso la justicia no es la antesala de la misericordia?, ¿y la piedad no es justicia administrada con entrañas paternas? Vamos, digo yo.

Sabido es que la vejez mitiga la vehemencia juvenil, y que el esfuerzo constante y sostenido no suele ser patrimonio de los ancianos. Menos aún luego de una penosa enfermedad, como me

sucedía a mí. Por eso mis hijos e hijas, y mis familiares, se esforzaban por distraerme. Padre, ¿por qué no se va al Santuario de la Cueva Santa?, ¿o al Santuario de Montiel? Unos días de descanso le harían bien. Mire, don Rosendo Roig le invita a pasar unos días en su casa de campo en Ador. ¿Por qué no va a pasar con su familia algunos días de vacaciones?, me decían.

La familia Valero-Valenciano también tiene interés en tenerle con ellos en Puebla de Valverde. El clima fresco y seco de Teruel ayudará su quebrantada salud. Y así sucesivamente. Lo cierto es que yo siempre profesé, como sabes, una especial predilección por el silencio cartujano y por ambientes marianos y franciscanos. Y los míos lo sabían muy bien. Por esto acudía en los últimos años frecuentemente a la Cueva Santa y a Montiel, a Ador, y Puebla de Valverde, y Onteniente...

Lo cierto que a estas alturas todos rivalizaban en atenciones hacia mi persona, lo que me hacía preludiar un pronto final. Por esta razón me apresté por entonces a prepararme el ataúd, que tenía en una habitación contigua. Cada día, luego de completas, lo visitaba antes de retirarme a mis habitaciones.

Recuerdo que uno de esos días me visitó el P. Mateo de Valencia. Siempre fue para mí muy

grata la visita de mis hermanos capuchinos. Y cuando me visitaban yo sentía un gozo especial. Recuerdo que, subiendo las recomidas escaleras de palacio, dije al padre Mateo:

– Ven y verás qué maleta más bonita me estoy haciendo.

– ¿A tu edad y aún preparas viajes?, me pregunta el padre asombrado.

– Sí, sí. Ven y verás. Ven y verás, le respondo.

Y le enseño una pequeña estancia donde le muestro el ataúd en madera de palo de hierro, traído de Fernando Poo, y obsequio de mi amigo don Cayetano Roca, empresario en maderas finas. Todavía tuve humor para decirle:

– “Mire, padre Mateo, mire qué bien me lo estoy acolchando para no pasar frío”. Y le enseño la capita de corcho que me acababa de traer el carpintero señor Germán Roig. Naturalmente que entre nosotros capuchinos, que cada día meditábamos la pasión y muerte del Señor, preparar la morada definitiva con una cierta antelación nos resultaba entonces bastante natural.

Los días se iban sucediendo con la lentitud con que lo suelen hacer en la edad proveyta. Tal vez el no apreciar los días jalonados de hechos concretos, como ocurre en la juventud, les suele

dar un perfil de interminables. Lo cierto es que llegó el año 1929. El día de san Juan de dicho año fallecía mi hermana Rosa. Y llegó el 1930. Y asimismo el año 1931. Y con él llegó también la II República. Dijeron que los tiempos no eran buenos. Y era la pura verdad. El ambiente se cubría por momentos de un color bobo y plomizo. Como lo es siempre el polvo de ladrillo. No había ganas de hacer nada. Era ambiente de desilusión.

El verano y el otoño de aquel año fueron muy secos. Como seco se presentaba el ambiente de convivencia nacional. Que Dios no llueve sobre cosa que no es suya. Yo me apresuré a escribir a mis hijas: "cuanto más perseguidos, más se enervorizan los católicos, y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución".

¿También fue una profecía? Yo más bien me inclino a pensar que fue una premonición, fácilmente deducible del ambiente nacional de entonces.

En 1932 D. Marcelino Olaechea, visitador apostólico, visitó nuestro seminario. Con nosotros pasó la tercera semana de enero. Hasta el ambiente exterior era frío. Mucho más lo era el clima político. Pero llegó la primavera, en que despierta toda vida, y también yo quise visitar a

mis hijos por última vez. Luego serían ellos quienes me visitasen a mí. Estuve en Teruel, Amurrio y Pamplona... y me acerqué hasta el pueblecillo navarro de Arizala, en la serranía de Urbasa, para agradecer a su párroco don Anacleto Osés las muchas vocaciones que por su mediación vinieron a engrosar el número de mis hijas e hijos.

Pero al año siguiente, el 1934, como tú escribiste muy bien, cuando llegaron los días del otoño, en la época de las lluvias tardías, partí senderillo arriba. Hacia las hermosas regiones de la Patria Nueva. Hacia la gran patria de los bienaventurados.

Fue el momento más gozoso de mi vida. Fue el retorno a la casa de mi Señor, porque... "la vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué". Ya lo decía Mosén Millán.

¡Sea todo por el amor de Dios!

22. Ocaso del Patriarca

Bueno, hijo, me dice mi buen Padre Luis de Masamagrell, ya hemos caminado juntos hasta el umbral de la puerta. Así que yo me quedo aquí. No puedo pasar. Porque, ¿no querrás que relate también mi propia muerte? Creo que te acompañé ya lo suficiente, con que... ¡hasta luego!

—¡Ah! no, no, no. Eso sí que no, le digo. Que también tú puedes pasar. Claro que puedes pasar. Si Unamuno mata a sus héroes novelescos cuando le apetece, ¿por qué no voy a prolongarte yo en el tiempo cuanto quiera, tanto más cuanto que tú has sido, eres, un ente real? ¿Acaso tu espíritu no se refleja en tus hijas e hijos espirituales? Más aún. Después de tan largo camino como hemos hecho juntos por este libro ¿no me acompañarás hasta el punto final, hasta la contraportada?

Por otra parte, en el orden de la fe, la muerte física no es sino un accidente en el camino de la vida. Que ya te veo sufriendo con los dolores de tus hijas e hijos espirituales, y gozando también con sus triunfos en los espacios infinitos.

¡Ah! no, no, no. Quedarte en el camino de ninguna manera. Nunca lo permitiré. “Que hemos

de hablar aún de muchas cosas, compañero del alma, compañero”, como diría el clásico.

—No insistas, que hasta aquí llegó mi acompañamiento, y no más, ¿vale? Aparte de que me queda una duda, una gran duda: En nuestro periplo no estoy muy seguro si has sido tú quien ha dicho lo que yo quería, o si más bien he sido yo quien me he prestado a referir lo que tú pensabas. De todos modos lo dicho dicho está. ¡Sea todo por el amor de Dios!

—Y, por más que insistí a mi buen Padre Luis, él se negó en redondo a continuar el camino. Se negó a narrar conmigo sus últimos instantes terrenales. Y hasta me adujo un argumento irrefutable, apodíctico. “Mira, me dijo, lo que no puede ser, no puede ser. Y, además, es imposible”. Que ya lo dijo aquel gran genio en el arte de cúsares, que fue El Gallo. O el que fuera, vamos.

Ante tan rotunda argumentación renuncié, pues, a insistir más. Honradamente no juzgué oportuno insistirle. Además porque, ¿qué hijo bien nacido no hace lo indecible por dar cumplimiento a la última voluntad de su padre? Y, a fe mía, que aquella sí era en verdad su última voluntad.

Yo, con harto sentimiento de mi espíritu y de mi alma, pues, hube de acceder. Y bien que lo

sentí. Pues me hubiese gustado que mi buen Padre Luis nos hubiera narrado, cual otro Moisés, sus últimos momentos y su ingreso en la tierra prometida. ¡Qué a gusto hubiera escuchado yo su relato! Que, seguramente, no hay mirada tan penetrante y tan limpia como la de un santo para calibrar los hechos a la luz de la trascendencia. Y posiblemente de mirada tan humana. Ya lo dijo también Unamuno: “La santidad, que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la Humanidad en el espíritu humano”.

Así que a mí me quedó el ingrato cometido de relatar sus últimos momentos terrenales. Y, cual otro desmañado sustituto de Maese Pérez el organista, hube de poner mis manos en el teclado. Pero no, no me acobarda la obra, que pasó a relatar como *El Ocaso del Patriarca*, y en versión poética. Yo, por mi parte, ¡y ahora ya solo, ay pecador de mí!, trataré de llenar mi cometido lo menos desmañadamente que sepa y pueda.

Me resisto a creer que “Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata”, como replica Unamuno a su personaje Augusto Pérez. Yo no puedo creerlo. No. Sería demasiado absurdo. Y hasta demasiado cruel. Más bien me inclino a pensar que el hombre madura poco a poco, lentamente. Que sazona a golpes de sacrificio. Que se

va esponjando bajo la mirada bondadosa de la Providencia, el calor de la gracia y la inmensa piedad de Dios. Y que finaliza su proceso cuando, totalmente maduro, Dios Padre oportunamente lo llama a su gloria.

En el otoño de 1934 fray Luis de Masamagrell se hallaba ya en sazón. Nada más podía ya dar de sí. Era lámpara que se extinguía lenta, imperceptible, plácidamente.

A mediados de agosto se traslada a Masamagrell. Todavía abriga la secreta esperanza de recuperarse en la casa de sus religiosas terciarias capuchinas. Y el 6 de septiembre aún se llega a Valencia la Mayor. Va a casar a su sobrino Luis Boada. Pero, a su retorno, débil ya y enfermo como estaba, se queda en Godella. En la casa noviciado de sus hijos. Nunca más llegará a Segorbe. Nunca ya. Lo había vaticinado al partir.

A estas alturas había perdido casi totalmente la vista. Poco a poco se le fueron debilitando también sus nexos con el mundo exterior. Como en un intento supremo por desasirse del mundo corporeo. Como en un intento supremo por sumarse ya a los aleluyas gozosos del "sábado eterno".

En días sucesivos se recupera algo. Pero sus pies se negarán ya a andar más. ¡Pies desnudos,

peregrinantes, misioneros; pies que tanto camino hicieron; en la Huerta y en la Montaña; en Bayona, en Santander, en Valencia y en Solsona; en Antequera, en Torrente, en Segorbe, en Orihuela...; pies azulosos y redondos, pies... que ya no caminarán más!

El 14 de septiembre, día en que ya entonces la iglesia celebraba la exaltación de la Santa Cruz, le visita Mons. Javier Lauzurica. Conversa con él como con un hermano. Sin prisas, lentamente. “La santidad y la sabiduría se abrazaron”. Y conversa con la serenidad de quien está presto a partir. “Ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”.

—“Pronto, muy pronto —le dice el Venerable Siervo de Dios— acabará todo y podré ir al cielo”.

—“Oh, no, no —le responde con viveza Mons. Lauzurica—. Que aún les es necesario a sus hijos”.

—“Si aún soy necesario, responde fray Luis, no rehusó el trabajo”. Y decía esto despaciosamente, como recreándose, mientras elevaba su mirada hacia un cielo azul que intuye más que ve.

El 24 de septiembre el Venerable Luis Amigó se iba acabando. Lentamente, pero se iba acabando. De nuevo le visita Mons. Lauzurica. Aquella mañana el claustro de la casa noviciado

se iluminó de una luz nueva, indefectible, pascual. Y lo mismo el corredor grande de levante. Era el Señor quien venía a visitar a su siervo. Y era la despedida. El momento en que fray Luis de Masamagrell, de rodillas, pide a todos perdón fue tierno y emocionante. Tan tierno y emocionante como la mirada pura de un adolescente travieso.

Luego de administrarle el Viático Mons. Lauzurica le prodiga palabras de consuelo y fortaleza. Sus espíritus parecen negarse al desgarramiento de la partida. Son momentos cálidos de lucidez infinita y de sinceridad suprema. El venerable enfermo le coge las manos y se las deja. Y se las vuelve a tomar de nuevo una y muchas veces. Y se las torna a besar diciendo:

—“Señor obispo, yo no soy más que un pobre pecador”.

—“Usted es —le responde Mons. Lauzurica— lo que Dios sabe y nosotros también”.

Y vivamente emocionado se retira diciendo:

—“Es un santo. Es un santo”.

El 29 de septiembre, a mediodía, aún tuvo un momento de especial lucidez. El P. Laureano M^a de Burriana se le acercó para decirle:

—“Sus hijos de Colombia, y también de Italia, le acompañan con sus oraciones. ¡Ah!, también le escriben sus religiosas de China”.

El Padre, al sentir Italia y China, sacó las manos para aplaudir. Era feliz, muy feliz, por el progreso de la Obra. Pero, al declinar el día, empeoró aún más. Se le acercaba ya el momento supremo del "todo está cumplido". Del paso de la espera y esperanza al gozo de la visión beatífica. La tarde levantina se volvió de repente cenicienta y fea. El tiempo, desapacible y frío.

Al atardecer del 30 de septiembre unas golondrinas tempraneras, negritas y vivarachas ellas, se posaron en los hilos del teléfono. Entre el palón del naranjal grande y la esquinilla de su habitación. Emigraban hacia las tierras cálidas del sur. Era el anuncio y la llegada de los primeros fríos. Era el vaticinio y presagio de la obli-gada partida.

Antes de la media noche fray Luis de Masamagrell entró en agonía. Lo velaban sus religiosos y religiosas. La hora de las doce a la una fue la más larga e interminable. Luego su ritmo vital se hizo lento y pausado. Y al límite de la una y cuarto el tiempo terminó por parar su rueda. Sus hijas e hijos, circunstancias, se vistieron de noviembre. La noche clara, de silencio. El Venerable Fray Luis de Masamagrell había muerto. Pero había muerto con el inmenso gozo de saber que su obra, la obra de su Señor, se iba extendiendo.

En aquella hora gloriosa de medianoche sobre el jardín perfumado de rosas se posó el último ruiseñor de otoño. Y en el centro se abrió una linda rosa, una rosa roja, del rojo más intenso. Era ya el anuncio del nuevo día y era el amanecer del 1º de octubre de 1934.

Desde entonces, y hasta el día de hoy, siempre ha habido rosas rojas en el jardín. Y el ruiseñor aquel ya nunca ha dejado de gorjear entre la fronda de la enramada. En esa primera hora del día su espíritu seráfico voló a un cielo de azules puros y de ángeles benditos. Desde entonces, y ya siempre en los claustros de la casa madre ha aleteado el espíritu, blanco y bueno, de su fundador, el Venerable Fray Luis de Masamagrell.

Aquel día, y los sucesivos, fueron de dolor para los nobles hijos de la Huerta. Y el 4, día del Seráfico Padre San Francisco, se tuvo en Masamagrell la misa de funeral. Fue religiosa y sencilla como lo fue la vida toda del finado. Se inició a las diez en punto de la mañana. Y antes del mediodía se procedió a la sepultura. Los hijos del pueblo se disputaban las últimas flores. Sus restos fueron colocados en el trasagario de la iglesia de sus hijas terciarias capuchinas. Junto al altarcito de la Madre. Y a su lado izquierdo. Allí sus cenizas reposan, solas, silenciosas, esperando el día de la resurrección.

Pero al caer de la tarde de aquel mismo día, se vio entrar en el templo a tres viejecitas, enjutas, vestidas de luto. Una de ellas era Ana María, la señora de su sobrino José María Amigó; la otra, Amparo Guzmán, segundogénita de su amigo José; y la tercera, una religiosa terciaria capuchina. Y las tres colocaron junto a la tumba, no “una rosa negra, otra roja y otra blanca”, como díz que colocaron sobre la tumba fría de Martín Zalacaín una mañana de invierno tres damas, sino un búcaro lleno de rosas blancas, y unas pocas siemprevivas. Y desde entonces, junto a la tumba, siempre se encuentra de inhojos algún devoto, algún hijo del pueblo. Desde entonces su sepulcro es lugar de peregrinación. Y desde entonces, y ya siempre, sobre la tumba del Venerable Fray Luis de Masamagrell, hay un búcaro rebosante de rosas blancas, frescas, fragantes.

Por su parte sus hijas, las religiosas, tienen buen cuidado de que junto a su sepultura nunca falte la lampara encendida. Y siempre también, en el precioso matroneo de la iglesia de la Sagrada Familia, se encuentra alguna viejecita, avellanada y rezadora, que desgrana las cuentas del rosario o bisbisea el septenario, por la pronta beatificación su buen Padre y Fundador.

Sí, allí espera, bajo el calor de la plegaria de sus devotos, la resurrección. Allí espera este hijo

de la huerta, sencillo, pobrísimo, amantísimo, “que entregó su vida por sus ovejas”. Allí espera la resurrección “el amable obispo de la barba blanca”, “el padre amoroso de los pobres” y “gran apóstol de la juventud extraviada”.

Perdóneseme el que haya descrito los últimos días de mi buen Padre Fundador con tonos amables y tintes poéticos. Pero es que durante 22 capitulitos hemos caminado juntos, con el noble intento de comprendernos. Mi buen Padre por hacerme asequible; mi persona por hacer más comprensible el dato concreto, sus hechos, su espíritu y su pensamiento. Un pensamiento evangélico, sumamente franciscano y mariano, y siempre profundamente religioso y humano.

Es verdad que en sus labios he puesto expresiones tal vez demasiado modernas, pero también es verdad que no siempre el Venerable Luis Amigó escribió con esa miteza y franciscana sencillez con que lo hizo en su Autobiografía. Que el listón de los setenta y cinco años sólo se pasa una vez en la vida. Por lo demás perdóneseme este atrevimiento en aras de presentar un Luis Amigó más cercano y más nuestro. Que el atrevimiento por amor —vamos, creo yo— es más fácilmente perdonable que censurable.

Y hasta aquí he llegado. Que si ya falleció mi señor —¡qué buen caballero era!— no es justo que

le sobreviva su lacayo. Así es que renuncio a probar más la paciencia de mis lectores. Tanto más cuanto que se ha de escribir para gozo, deleite y solaz del espíritu, y no para tormento de las mentes. Así que, con su permiso, pongo aquí punto y final al relato y al libro.

¡Sea todo por el amor de Dios!, como diría mi buen P. Luis de Masamagrell.

Fr. Agripino G.

INDICE CRONOLÓGICO

- 1846 05.01 Don Gaspar Amigó y Chulvi hace relación de sus bienes.
 21.11 Matrimonio de D. Gaspar Amigó y D^a Genoveva Ferrer.
- 1847 01.11 Nace en Valencia Emilia Rosario Amigó Ferrer, hermana de José M^a Amigó.
- 1849 00.00 Nace, en Puzol (Valencia), Genoveva Amigó Ferrer, hermana de José M^a Amigó.
- 1852 00.00 En Alfara de Algimia (Valencia), nace Julio Amigó Ferrer, hermano del Venerable.
- 1854 17.10 Nace José María Amigó Ferrer en Masamagrell (Valencia).
 17.10 José María Amigó recibe el santo bautismo.
 08.12 Su santidad Pío IX proclama del dogma de la Inmaculada.
- 1855 13.01 Blas Ferrer Calvo, abuelo del Venerable, hace testamento.
 22.01 Muere Blas Ferrer Calvo, abuelo materno.
 24.02 E. P. Ambrosio y sus religiosas son expulsados de Montiel.
- 1857 01.03 Nace en Valencia, Josefa Amigó Ferrer, hermana de Jose M^a Amigó.
 18.11 José María Amigo recibe la Confirmación.
- 1860 24.03 Nace en Valencia, Josefa Amigó Ferrer, hermana de Jose M^a Amigó.
- 1862 03.09 Nace en Valencia Rosa Amigó Ferrer, hermana del Venerable.
- 1863 20.06 Fundación de la Hermandad del Smo. Sacramento de Valencia.

- 09.07 Rosa Doset, abuela materna del Venerable, hace testamento.
- 1866 13.05 Julio y José María Amigó reciben su primera comunión.
- Otoño José María ingresa en el Seminario de Valencia.
- 1867 00.00 Carlos Marx publica su obra "El Capital".
- 1868 04.06 Fallece Rosa Doset, abuela materna de José María Amigó.
- 26.09 Estalla la revolución española llamada "La Gloriosa".
- 30.09 La reina Isabel II parte para el exilio.
- 1869 Otoño La familia Amigó Ferrer se va a vivir a Godella, Valencia.
- 08.12 Apertura del Concilio Vaticano I.
- 1870 15.09 José María asiste en Puzol a las fiestas de la Virgen.
- 28.10 Don Gaspar Amigó y Chulvi hace testamento.
- 06.11 Fallece D. Gaspar Amigó Chulvi, padre de José María.
- 1871 02.01 Amadeo de Saboya es proclamado rey de España.
- 04.08 Genoveva Ferrer y Doset hace testamento.
- 10.08 Fallece Genoveva Ferrer y Doset, madre de José María.
- 21.10 Leonor Antoni hace un legado a los Amigó-Ferrer.
- 1872 21.04 Se inicia la tercera guerra carlista.
- 00.00 José María Amigó desea ingresar en la Cartuja.
- 1873 07.02 Amadeo de Saboya renuncia a la corona española.

- 11.02 Es proclamada la I república española.
- 00.03 José María Amigó viste el hábito de Terciario Franciscano.
- 23.11 División de bienes de los Amigó-Ferrer.
- 1874 03.01 Caída de la I república española.
- 25.03 Primer testamento de José María Amigó Ferrer.
- 28.03 José María Amigó se va al noviciado, a Bayona (Francia).
- 12.04 José María Amigó toma el hábito capuchino en Bayona.
- 1875 09.01 Alfonso XII llega a Barcelona como rey de España.
- 18.04 Primera profesión de fray Luis de Masamagrell.
- 1876 27.02 Finaliza la guerra carlista. Los partidarios de Don Carlos huyen a Francia.
- 10.06 Fray Luis de Masamagrell recibe la tonsura y órdenes menores.
- 1877 00.03 Fray Luis vuelve a España con los primeros restauradores.
- 19.03 Apertura del convento capuchino de Antequera (Málaga).
- 30.11 Se abre el convento capuchino de Sanlúcar (Cádiz).
- 1878 20.02 León XIII es elegido Sumo Pontífice.
- 21.04 Profesión solemne de fray Luis de Masamagrell.
- 15.06 Fray Luis de Masamagrell recibe el subdiaconado.
- 02.11 Fray Luis de Masamagrell hace el Voto de Animas.

- 1879 19.01 Llega destinado a Montehano (Santander) fray Luis de Masamagrell.
- 08.03 Fray Luis recibe el diaconado en Santoña (Santander).
- 29.03 El P. Luis es ordenado presbítero en Montehano, Santander.
- 04.04 Primera misa del P. Luis de Masamagrell.
- 12.06 El P. Luis de Masamagrell, nombrado predicador capuchino.
- 04.10 Apertura del convento capuchino de Masamagrell (Valencia).
- 1880 07.10 Fallece el P. Esteban de Adoáin en Sanlúcar (Cádiz).
- 02.11 Fallece el P. Ambrosio de Benaguacil en Masamagrell.
- 1881 16.05 El P. Luis administra el primer bautismo a un expósito.
- 21.05 El P. Luis de Masamagrell recibe el título de Predicador.
- Julio El P. Luis va a Escalada (Burgos) a reponer su salud.
- 02.08 El P. Luis de Masamagrell llega a Valencia.
- 06.08 Nombramiento de Vicemaestro de Novicios del P. Luis.
- 20.10 El P. Luis de Masamagrell nombrado Comisario de la V.O.T.
- 1882 00.00 El P. Luis instaura la V.O.T. en la Región de Valencia.
- 1883 00.00 Sublevaciones republicanas en Badajoz y Seo de Urgel.
- 13.11 El P. Luis de Masamagrell visita la V.O.T. de Godella (Valencia).

- 1884 22.05 El P. Luis organiza una peregrinación a Nuestra Señora del Puig (Valencia).
- 1885 04.02 El Comisariato Capuchino de España se hace Provincia.
- 04.02 El P. Luis es nombrado Definidor Provincial.
- 10.03 El P. Luis guardián del convento de Masamagrell, Valencia.
- 17.03 Instancia al Sr. Arzobispo de Valencia para la aprobación de las Religiosas Terciarias Capuchinas.
- 27.04 Aprobación diocesana de las Constituciones de las Religiosas Terciarias Capuchinas.
- 11.05 El P. Luis funda la Congregación de religiosas Terciarias Capuchinas.
- 22.06 Muere en Masamagrell, del cólera, sor Clara del Grao.
- 29.06 Muere en Masamagrell sor Francisca de las Llagas de Alcalá.
- 17.07 Muere, en Benaguacil, sor Desamparados de Sueras.
- 30.07 Muere en Masamagrell sor Serafina de Benaguacil.
- 09.08 Apertura de la Casa-Asilo de Masamagrell (Valencia).
- 1886 13.10 El Padre Luis organiza una segunda peregrinación a Nuestra Señora del Puig (Valencia).
- 30.10 El P. Luis va a abrir el convento de Ollería (Valencia).
- 1887 02.02 Luis Amigó funda la asociación de Ntra. Sra. de los Buenos Libros.
- 30.06 Aprobación de la ley española de asociaciones.

- 1888 08.03 El P. Luis de Masamagrell dona sus bienes a sus hermanos.
- 22.04 Apertura del convento capuchino de Lecároz (Navarra).
- 17.11 El P. Joaquín de Llevaneras, de improviso, sube a Montiel.
- 20.11 El P. Joaquín de Llevaneras nombra a sor Mercedes de Sobremazas superiora general de las TT. Capuchinas.
- 00.00 Llegada de los primeros misioneros capuchinos a la Guajira (Colombia).
- 1889 20.02 El P. Luis pone las Constituciones de sus Terciarios Capuchinos en manos de la Virgen de los Dolores.
- 08.04 Aprobación diocesana de las Constituciones de los Religiosos Terciarios Capuchinos de Ntra. Sra. de los Dolores.
- 12.04 Fundación de la Congregación de Terciarios Capuchinos.
- 07.07 Fallece Josefa Amigó Ferrer, hermana del Venerable.
- 15.07 Traslado del noviciado de las Hnas. Terciarias Capuchinas a Ollería (Valencia).
- 18.09 El P. Luis es elegido Consultor del Concilio de Valencia.
- 29.10 El P. Luis es elegido Examinador Sinodal.
- 31.10 Los Terciarios Capuchinos se trasladan del Puig a Torrente (Valencia).
- 18.12 División de la provincia capuchina de España en tres.
- 18.12 El P. Luis es elegido definidor provincial.

- 1890 11.03 Primer Capítulo General de las Hermanas TT. Capuchinas.
- 24.06 El P. Luis recibe la profesión de sus primeros religiosos.
- 22.08 Luis Amigó deja el cargo de Lector en Teología.
- 29.10 Toma de posesión de la Escuela de Reforma Santa Rita, Madrid.
- 1891 17.05 El P. Luis concluye su visita canónica al convento de Montesión de Torrente (Valencia).
- 11.06 El P. Luis concluye su visita canónica a la Escuela de Reforma Santa Rita, de Madrid.
- 14.09 Mons. José Romero autoriza a las Hermanas Terciarias Capuchinas a fundar en la Guajira (Colombia).
- 1892 05.04 El P. Luis asiste a las primeras misas de sus Terciarios.
- 19.05 El P. Luis finaliza su visita canónica al convento de Montesión de Torrente (Valencia).
- 03.06 El P. Luis concluye su visita canónica a la Escuela de Reforma Santa Rita, de Madrid.
- 18.12 El P. Luis es reelegido definidor provincial.
- 29.12 El P. Luis es elegido guardián del convento de Ollería, Valencia.
- 1893 05.01 Traslado del coristado capuchino a Ollería (Valencia).
- Otoño Agitación ciudadana en toda España.
- 1894 05.03 Fin de la guerra española en Africa.
- 1895 04.01 El gobierno aprueba la Congregación de religiosos Terciarios Capuchinos.
- 24.02 Se inicia el movimiento separatista cubano.
- 18.12 El Padre Luis es elegido definidor provincial, y guardián de Ollería (Valencia).

- 24.12 El P. Luis es nombrado visitador de la V.O.T.
- 1896 12.04 Apertura de la casa Monasterio de Yuste (Cáceres).
- 21.09 El P. Luis preside el I Capítulo Provincial de sus Terciarios Capuchinos.
- 1897 08.08 Asesinato de Cánovas del Castillo, primer ministro.
- 1898 30.09 División de la provincia capuchina de Toledo en las antiguas de Valencia y Andalucía.
- 10.12 España pierde las últimas posesiones de su imperio.
- 16.12 El P. Luis es elegido primer provincial, luego de la restauración, de la provincia capuchina de Valencia.
- 1899 19.06 El P. José Calasanz de Llevaneras es nombrado Cardenal.
- 24.10 El P. Luis preside el II Capítulo Provincial de sus religiosos Terciarios Capuchinos.
- 03.11 El P. Luis parte para la fundación de la Escuela de Reforma de Dos Hermanas (Sevilla).
- 1900 27.09 El Santo Padre recibe en audiencia a Luis Amigó, y a cien peregrinos.
- 23.10 Don Marcelo Azcárraga, Presidente del Consejo de Ministros.
- 1901 01.04 Luis Amigó hace efectiva la donación de sus bienes.
- 28.06 La Santa Sede emana las "Normas para los Religiosos".
- 28.08 Toma de posesión de la finca de Godella (Valencia).
- 19.09 Decreto de aplicación de la Ley de Asociaciones.

- 1902 10.01 El P. Luis cesa de provincial y es elegido custodio general.
- 25.03 Aprobación pontificia de las Hnas. Terciarias Capuchinas.
- 19.09 Aprobación pontificia de los Religiosos Terciarios Capuchinos.
- 11.11 El P. Luis preside el I Capítulo General de sus Terciarios Capuchinos.
- 1903 14.01 El P. Luis es elegido vicario del convento de la La Magdalena Masamagrell (Valencia).
- 04.08 Pío X es elegido Sumo Pontífice.
- 24.08 Fallece la M. Angela de Pego, Terciaria Capuchina.
- 09.10 La Santa Sede expide rescripto de fundación en la Guajira.
- 1904 05.01 Muere doña Josefa Giménez Sien, dirigida del P. Luis.
- 15.12 E. P. Luis nuevamente es elegido definidor provincial.
- 17.12 El P. Luis es destinado como guardián a Orihuela, Alicante.
- 1905 17.01 La Misión-Guajira (Colombia), Vicariato Apostólico.
- 05.02 Parten las primeras Hnas. Terciarias Capuchinas para la misión de la Guajira (Colombia).
- 19.06 Los Terciarios Capuchinos agregados a la Orden Capuchina a tenor del Decreto Apostólico de 28-08-1903.
- 31.07 Mons. Atanasio Soler Royo nombrado Vicario Apostólico.

- 15.09 Las Terciarias Capuchinas agregadas a la Orden Capuchina a tenor del Decreto Apostólico de 28-08-1903.
- 1906 31.05 Matrimonio Alfonso XIII-Victoria Eugenia de Battenberg.
- 31.05 Atentado a los Reyes. Veinte muertos y cien heridos.
- 1907 18.04 El P. Luis es nombrado obispo de Tagaste, A.A. de Solsona.
- 09.06 El P. Luis es consagrado obispo por Mons. A. Rinaldini.
- 24.06 Primer pontifical de Luis Amigó en Montesión, Torrente (Valencia).
- 28.07 El Venerable Luis Amigó toma posesión de su diócesis.
- 04.08 Luis Amigó hace su entrada en Solsona (Lérida).
- 1908 28.04 Luis Amigó es nombrado hijo predilecto de Masamagrell.
- 01.05 El Venerable Luis Amigó consagra la iglesia parroquial de Masamagrell, Valencia.
- 09.05 Luis Amigó coloca la primera piedra del Seminario de San José, de Godella (Valencia).
- 21.11 Luis Amigó preside el II Capítulo General a sus Terciarios Capuchinos.
- 1909 20.05 Luis Amigó asiste a la canonización de San José Oriol.
- 26.07 Se inicia la Semana Trágica de Barcelona. Quema de conventos.
- 1910 05.07 Aprobación pontificia definitiva de las Constituciones de los Religiosos Terciarios Capuchinos.

- 23.12 Aprobación de la Ley del Candado, que prohibía establecer nuevas órdenes religiosas en España.
- 1911 13.06 Aprobación pontificia definitiva de las Constituciones de las Hermanas Terciarias Capuchinas.
- 1912 24.08 Luis Amigó protesta ante la Ley de Asociaciones.
- 12.11 Asesinato de José Canalejas, presidente del Gobierno.
- 1913 18.07 El Venerable Luis Amigó es preconizado obispo de Segorbe.
- 13.11 Luis Amigó toma posesión de su nueva diócesis.
- 30.11 Luis Amigó hace su entrada solemne en Segorbe (Castellón).
- 17.12 Luis Amigó preside la peregrinación de maestros a Roma.
- 1914 17.04 Luis Amigó preside el III Capítulo General a sus Terciarios.
- 23.04 El Venerable Luis Amigó toma posesión del cargo de Senador.
- 10.08 Luis Amigó da nuevas Constituciones al Seminario.
- 22.09 Luis Amigó inaugura la iglesia de sus TT. Capuchinas en Altura, Castellón.
- 1915 00.00 Se encarecen las subsistencias por la guerra europea.
- 14.05 Luis Amigó inicia la visita pastoral a su diócesis.
- 31.12 Luis Amigó es nombrado hijo adoptivo de Ador (Valencia).
- 1916 20.06 El Venerable Luis Amigó hace testamento segunda vez.

- 30.11 Luis Amigó coloca la primera piedra de la iglesia del Asilo de Masamagrell (Valencia).
- 1917 29.04 Luis Amigó traslada los restos de fray Bonifacio Ferrer de Altura a la Cueva Santa.
- 09.05 Luis Amigó coloca, en el Asilo de Terciarias Capuchinas de Segorbe, la primera piedra de la nueva iglesia.
- 18.05 Peregrinación al Pilar de Zaragoza presidida por el Venerable Luis Amigó.
- 1918 30.03 Luis Amigó bendice la nueva iglesia del Asilo de las Terciarias Capuchinas de Segorbe (Castellón).
- 1919 18.01 Luis Amigó consagra la iglesia del Asilo de Masamagrell, Valencia.
- 16.06 Reelegido Senador del Reino el Venerable Luis Amigó.
- 13.05 Luis Amigó acude al Cerro de los Angeles, Madrid, a consagrar España al Sagrado Corazón.
- 28.06 Fin de la primera guerra mundial. Tratado de Versalles.
- 15.07 Peregrinación de Luis Amigó al Cerro de los Angeles.
- 02.08 Luis Amigó da nuevas Constituciones al Seminario de Segorbe (Castellón).
- 1920 14.07 Luis Amigó preside el IV Capítulo General a sus Terciarios Capuchinos.
- 1921 07.01 Luis Amigó organiza el archivo diocesano de Segorbe, Castellón.
- 17.01 Muere Julio Amigó Ferrer, hermano del Venerable.
- 08.03 Asesinato de Eduardo Dato, Presidente del Gobierno.

- 1922 13.01 Luis Amigó consigue el Santuario de la Cueva Santa, en Altura (Castellón).
- 03.04 Los Carmelitas Calzados toman posesión del Santuario.
- 01.09 Luis Amigó compra el ex convento de Santo Domingo, de Segorbe, para la diócesis.
- 08.09 Luis Amigó corona a Ntra. Sra. de Montiel, Benaguacil.
- 1923 05.01 Fallece Emilia Rosario Amigó Ferrer, hermana del Venerable.
- 07.01 Fallece Salvador Escorigüela, cuñado del Venerable.
- 13.09 Se inicia la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera.
- 1924 18.03 Luis Amigó consagra la iglesia del Seminario de San José, de Godella (Valencia).
- 1925 23.04 Luis Amigó redacta su tercer y último testamento.
- 27.04 Fallece la M. Visitación de Manises, Terciaria Capuchina.
- 29.11 Luis Amigó devuelve al culto la iglesia del ex convento de Santo Domingo, de Segorbe (Castellón).
- 00.00 Luis Amigó crea la asociación "Juventud Antoniana".
- 1926 03.05 Carta-testamento de Mons. Luis Amigó a sus hijos e hijas.
- 14.07 Luis Amigó preside el V Capítulo General a sus Terciarios.
- 24.07 Luis Amigó preside el Capítulo General a sus Terciarias.

- 19.09 Luis Amigó es afectado de gravísima enfermedad de uremia.
- 1927 02.02 Erección canónica de la Congregación de Terciarios Capuchinos en Italia.
- 14.09 La iglesia de la Escuela de Reforma de Dos Hermanas (Sevilla), consagrada por Luis Amigó.
- 29.12 Luis Amigó preside el VI Capítulo General a sus Terciarios.
- 1928 Junio Primera fundación de los Terciarios Capuchinos en Colombia.
- 30.10 Muere el P. José María de Sedaví, TC.
- 1929 04.04 Bodas de oro sacerdotales de Luis Amigó.
- 26.04 Muere Rosa Amigó Ferrer, hermana del Venerable.
- 17.10 Luis Amigó concluye y firma su Autobiografía.
- 03.11 Luis Amigó despidió a sus primeras misioneras para China.
- 1930 28.01 Caída de la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera.
- 08.02 Muere D. José Guzmán Guallar, íntimo amigo de Luis Amigó.
- 14.08 Fallece la M. Margarita de Masamagrell. HTC.
- 1931 14.04 Es proclamada la II República Española. Alfonso XIII sale de España.
- 25.05 Las HH. Terciarias Capuchinas abandonan Montiel-Benaguacil, Valencia.
- 27.11 Aprobación de una Constitución española laica.
- 20.12 Luis Amigó firma la protesta colectiva del episcopado.
- 1932 00.02 Proyecto de Ley de Asociaciones. Escuela laica.

- 01.09 Los Terciarios Capuchinos fundan en Argentina.
- 1933 22.04 La Santa Sede ordena una inspección de los seminarios españoles.
- 29.10 Creación de la F.E.T. y de los J.O.N.S.
- 08.12 Institución del noviciado de los Terciarios Capuchinos en Colombia.
- 1934 06.09 Luis Amigó casa a su sobrino Luis Boada.
- 06.09 Luis Amigó se traslada a la Casa-Noviciado de Godella (Valencia).
- 24.09 Recibe los últimos sacramentos el Venerable Luis Amigó.
- 01.10 Luis Amigó fallece en Godella (Valencia) a la 1 1/4 de la madrugada.
- 04.10 Funeral y entierro de Luis Amigó en Masamagrell, en cuya Casa Asilo de sus hijas TT. Capuchinas reposan sus restos.

ÍNDICE GENERAL

Pórtico	5
1. Permite que me presente	9
2. Ponerse a fraile	19
3. Bayona ó... ¡vuelta a empezar!.....	31
4. Del Cantábrico al Mediterráneo.....	43
5.. La Magdalena.....	55
6. La cosa comenzó en Masamagrell	67
7 Pedacitos de calvario	81
8 Espíritu y vida	93
9. Idea fundacional	105
10. La cuestión amigoniana	117
11. De Ollería a Ministro Provincial	127
12. El Patio de los Micos	139
13. "Como a señores míos".....	151
14. Desapropio y providencia.....	163
15. Mínimo entre los Menores	175
16. Camino del Principado.....	187
17. Mi proyecto de vida	199
18. De Solsona a Segorbe	211
19. En la ciudad del agua limpia.....	225
20. ¡Loado seas...!.....	237
21. Últimos años.....	249
22. Ocaso del Patriarca	261
Cronología	273

LA MAGDALENA, MASAMAGRELL (VALENCIA)

